



LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 ⁽¹⁾

OBJETO de varios y curiosos libros en todos los idiomas de Europa han sido los sucesos que dieron lugar en 1849 á la acción combinada de la diplomacia y de los ejércitos del imperio de Austria, de las monarquías de España y de Nápoles, y de la república de Francia, para reponer en su sólio de Roma y restablecer en su autoridad é independencia al Soberano Pontífice Pio IX, fugitivo de la revolución demagógica y amparado en Gaeta. Algunas de aquellas producciones fueron enriquecidas con documentos interesantes, aunque incompletos. Lícito ha de serme sostener que, á pesar de la facundia de que tan pródigos se mostraron, principalmente los escritores franceses, que, como por bastante tiempo ha acontecido, se erigieron en monopolizadores de esta parte de la historia contemporánea, para revelarla al estudio de los hombres,

(1) Me es muy grato consignar aquí la franca colaboración que en estos trabajos me presta mi excelente amigo el Sr. D. Juan Perez de Guzman, cuyas dotes de laboriosidad y extensa ilustración tan ventajoso concepto le han alcanzado entre nuestros primeros escritores contemporáneos. (*Nota del autor.*)

mejor impregnada en el espíritu de los intereses políticos exclusivos de Francia, que inspirada en la recta investigación de la verdad, la *Revolucion de Roma hasta la restauracion del Papa*, el episodio más importante de la revolucion de 1848 bajo su triple aspecto religioso, y por lo tanto, de índole universal, político, y, como tal, de general interés europeo, y social, ó particular de Italia, no ha merecido aún ocupar plumas tan brillantes como la de Lamartine, que poetizó los sucesos de aquella misma revolucion al repercutir en Francia llevándose el trono de Luis Felipe tras sí, ó la de Mazzini, que sobre las que por aquel tiempo conmovieron á la península itálica, perfeccionó el pedestal de las ideas bajo cuyo imperio se ha dado despues el impulso á los hechos pasmosos que llenan el espacio de los veinte últimos años, en los cuales la revolucion de 1848 ha vencido, en efecto, pero consagrando sobre la unidad de Italia, no la república, sino un trono, desquiciando el porvenir de la Francia en su constitucion interior y en su influencia exterior al privarla de todas sus posibles dinastías, y manteniendo en Roma el trono del Vaticano inerme, sin administracion política, ni organizaciones militares, pero no por eso ménos universalmente venerado.

Aquellos acontecimientos fueron, sin embargo, de tal bulto, y tuvieron pendiente de sí mismos tantos intereses universales, que los cronistas y los literatos no pudieron ménos de sentirse atraídos hácia el vehemente deseo de su narracion. Algunos Gobiernos enviaron personas encargadas de esta mision elevada siempre, y la expedicion militar española, que yo tuve el honor de mandar, llevó consigo, y en culminante puesto de la administracion de aquel ejército, ó entre los oficiales de su estado mayor, ó más tarde como agregados particulares, distinguidas personas cuyo crédito literario ha sido avalorado con justificada estima por Academias y círculos, y por el aura de la opinion, dentro y fuera de España. Estébanez Calderón, Gomez Arteché, Gutierrez de la Vega, formaron, si así puede decirse, la brillante cohorte literaria de la expedicion española á Italia en 1849; aunque los dos primeros únicamente llevaron á ella los deberes exigentes

del servicio en sus respectivas carreras y categorías. Un sólo libro, por lo tanto, de entónces nos ha quedado: el de los *Viajes por Italia con la expedicion española*, de D. José Gutierrez de la Vega; cuyo merecido éxito acredita la suma dificultad que á poco de publicarse ofrecia ya encontrar ejemplares. No puede, á pesar de todo, condensar completamente esta obra el interés histórico de los hechos que como de pasada narra, pues no constituyen éstos el principal propósito en el ameno libro de tan erudito autor. Ningun escritor español me expresó por entónces deseos de que se le proporcionaran medios de ilustracion adecuados á tan plausible objeto, repitiéndose una vez más la indisculpable incuria que se ha censurado siempre en España, de cuyo país, se ha dicho, desde hace siglos, que tan fácil en ella es el realizar grandes acciones, como el darlas al olvido. Cuidaron de llenar este vacío otros autores extranjeros, y en Nápoles y en Roma me fué presentado el baron Alfonso de Balleydier, que en 1851 ya dió á las prensas de París, en dos gruesos volúmenes, su obra de la *Histoire de la revolution de Rome*, que comprendia el cuadro militar y político de esta parte de Italia durante los años de 1846 á 1850. El éxito de esta produccion fué grande en toda Europa, donde tan poderosa era á la sazón la corriente que sostenia en boga la literatura francesa. En 1853 ya se habian agotado tres numerosas ediciones, y el autor, animado por el pasmoso resultado obtenido, no sólo habia procurado robustecer la autoridad de su nombre con otra produccion análoga, la *Histoire des revolutions l'empire de l'Autriche dans 1848 et 1849*, sino que habia llevado su pluma discutidora de las márgenes del Sena á las del Támesis, y desde las del Támesis á las del Danubio, á combatir por las ideas que sostenia, como en carta fechada en París en 3 de Mayo de 1853 me significaba. No obstante, el apreciable baron polemista, seguia en una y otra obra la escuela favorita de los escritores de su patria, cuyo lema durante los dos últimos siglos;—pero sobre todo en los últimos cien años,—há sido realzar el nombre de Francia á fuerza de deprimir á las demás naciones, cualquiera que haya sido el sacrificio de la sinceridad para conseguirlo. Claro está, que cuando tuvo la bondad de en-

viarme el primero de estos dos libros, no quedó satisfecho en modo alguno el culto que yo rindo á la verdad.

No es mi intento analizar tardiamente, ni mucho ménos discutir ahora la obra del baron de Balleydier, única en que con cierta extension se ha hablado de la expedicion militar española á Italia en 1849. Sin embargo, hoy que mi cansada edad divierte el corazon del veterano con los recuerdos sembrados en una larga vida de excesiva actividad, y que el amor á la patria que no se entibia ni por la nieve de los años, ni por las decepciones de los hombres, estimula el afan de la justicia, que es la única corona de la historia; alegrando mis ocios, no me parece fuera de propósito sacar del polvo del descuido ó la prudencia, y exponerlas al público para que las juzgue ántes ó despues de mi muerte, aquellas prendas que yo he librado en pró del patrio prestigio, y que entre el fragor de nuestras civiles discordias y la emulacion de nuestros intereses suspicaces, muchos tuvieron solícito empeño en que permanecieran ignoradas, para que al cabo el tiempo las devorara en el olvido. Todas las opiniones que se vertieron entonces ó se formaron despues sobre aquel suceso de la España de 1849 en Italia, ó se inspiraron en la interesada mala fé de las pasiones políticas, ó se dedujeron de la irreflexiva parcialidad del escritor de quien me ocupo. Yo protesté inmediatamente de su obra, pero la rectificacion de los hechos no podia proceder de un acto privado, ni de una carta que Mr. de Balleydier tenia necesariamente que ocultar por el instinto del propio crédito. La hora de la rectificacion y de la protesta pública ha llegado, y ciertamente, áun despues de los sucesos que han cambiado por cómpleso la faz de los negocios en que en 1849 intervinimos, la resurreccion de esta parte de la historia contemporánea no puede estar exenta de interés, pues cuando los hechos á que nos referimos sean conocidos, como yo ahora los doy á conocer, sobre el testimonio de irrecusables documentos oficiales, se comprenderá que no pudo ser en aquel tiempo más acertada de lo que fué la política española, que gran parte de la situacion actual del Pontificado y de la monarquía, en su aspiracion cada dia más armónica en Italia, se deriva de la actitud que España

adoptó en la hora suprema de aquella tremenda crisis, y que á la creciente influencia que en Europa vuelve á reivindicar España, despues del eclipse de dos siglos, se dió á la vez, y mediante aquel hecho, un impulso poderoso, á pesar de la tenaz obstinacion de Francia en moderar nuestra importancia en la política del continente.

La cortesía que dispensé al baron Alfonso de Balleydier en Roma, nació del título con que me fué recomendado, como próximo pariente del general Baraguay D'Hilliers, de quien ya habia sido yo objeto de obsequiosas atenciones. Con este motivo, á principios de 1850 me pidió el baron algunos apuntes relativos á la parte que la expedicion militar española tomó en el restablecimiento del Gobierno pontificio en los Estados del Papa, y yo encargué á mi jefe de estado mayor, el coronel Buenaga, que se los facilitara. Despues de esto, desde Noviembre de 1850, á Diciembre de 1853, recibí varias cartas del referido escritor; la última de las cuales me fué entregada por Mr. de Montherand, secretario de la embajada de Francia en Madrid. En la primera referida de 12 de Noviembre de 1850, me anunciaba la próxima aparicion de su obra, «en la cual decia, con motivo de las notas de Buenaga: *Elles m'ont servi à rendre à votre belle et vaillante armée la justice qu'elle méritait.*» Despues me interesaba en la suscripcion del Gobierno español, por cierto número de ejemplares, pues creia imposible que, «habiendo sido España la nacion católica á quien pertenecia el mérito de la iniciativa en la restauracion del Pontífice,» dejase de suscribirse, como lo habian hecho las demás potencias interventoras, y hasta los Gabinetes de Parma y Módena. La política de asalarciar aplausos en el extranjero, no era de aquellos tiempos ni de los hombres de mi temple, y así, desechada esta proposicion, otra vez volvió á escribirme el baron Balleydier, pasados dos años, en 14 de Marzo en 1853, preguntándome si habia recibido tres ejemplares de su libro, que habia remitido por medio del marqués de Valdegamas, uno con destino á S. M. la Reina doña Isabel II, otro para el general Lersundi, y otro para mí; y como le contestase negativamente, en 3 de Mayo se lamentó de su pérdida, porque él *les avait fait magnifique-*

ment reliev, y porque *ils auraient eu le mérite d'un plus grand actualité*.—En esta carta, el señor de Balleydier me ponderaba sus servicios hechos á la religion y á la causa de los hombres de bien de Europa, ya atacando en Francia de frente á los hombres y las cosas salidas de las barricadas de Febrero, ya dirigiéndose á Roma y Nápoles á buscar la revolucion para castigarla; óra yendo á Lóndres á desmentir las calumnias levantadas por la prensa británica contra el rey de Nápoles; ora, en fin, pasando á Viena á informarse de la verdad sobre las agitaciones de Austria. «Las recompensas, añadia, que he recibido de todos los soberanos de Europa, me indemnizan de los ataques revolucionarios.» Despues me rogaba interpusiese mi mediacion y respetos para que se le concediese una encomienda de Cárlos III, y al pié se firmaba BARON A. BALLEYDIER, *commandeur et chevalier de 8 ordres distingués*. Por último, por medio del librero Monier, recibí un ejemplar, sin encuadernar, de la *Histoire de la Revolution de Rome*, y por medio de Mr. Montherand, otra carta de 31 de Agosto de 1853.

No me fué posible dilatar el silencio por más tiempo, y en efecto, en 19 de Setiembre siguiente contesté en los términos que se expresan á continuacion:—«Tuve el honor, señor baron, de recibir oportunamente vuestra carta del 3 de Mayo, con un sólo ejemplar de vuestra *Historia de la Revolution de Roma* y otro de la *Historia de la Revolution del Imperio de Austria*, que ha tenido Vd. la bondad de remitirme por medio del Sr. Monier, librero de esta córte. Debo, sin embargo, preveniros, de que los otros dos ejemplares de que me hablais, con destino el uno para S. M. la Reina, y el otro para el general Lersundi, presidente del Consejo de ministros, no han llegado á mi poder ni al del Sr. Monier, á cuya librería he ido yo mismo, para evitar toda duda acerca de esta cuestion. Pasados algunos dias, volví á recibir el 13 de Junio carta vuestra, acompañada de varios números de diferentes periódicos, en los cuales se rinde á vuestro talento literario el justo homenaje que vuestros compatriotas tienen á tanta gloria tributar. Por último, ayer, al volver del campo, Mr. de Montherand se sirvió entregarme otra carta vues-

»tra, fechada en Saint-Gervois les Bains el 31 de Agosto.
»Despues de tan largo silencio, señor baron, permitid á
»mi lealtad tanto como á mi franqueza expresaros el senti-
»miento que me ha hecho experimentar la simple lectura de
»los hechos que tienen alguna relacion con la diplomacia ó el
»ejército de España. Yo no sabria resumir las numerosas
»inexactitudes en que abunda vuestro libro sobre *la revolucion*
»*de Roma*; pero me es imposible dejar de demandaros toda
»vuestra atencion sobre cuanto se relaciona con el ejército
»español en Italia. Los que, ignorando los hechos, busquen
»en vuestra obra los servicios prestados por España en auxi-
»lio de la causa santa del Soberano Pontífice, ciertamente
»no encontrarán la menor huella de nuestra política enérgi-
»ca, previsora y generosa que rivalizó con la que el Gobier-
»no de la república francesa inspiró á sus representantes, y
»mucho ménos se apercibirá de que la gloria entera de aquel
»suceso á España es á quien pertenece. Vos sois justo, pre-
»sentando al ejército español en la más excelente disposi-
»cion y en la más perfecta disciplina; pero este mérito segu-
»ramente es el menor que posee en los dias de combate.
»Aunque en vuestro libro no se le hace desempeñar otro papel
»que el de recibir la bendicion del Santo Padre y el de ofre-
»cerse á las órdenes del general Oudinot, ha de ser permi-
»tido á mi franqueza militar, señor baron, reprocharos el que
»os hayais apresurado á publicar la respuesta que me envia-
»ra el general que mandaba el ejército de la república france-
»sa, cuando no os habeis tomado la molestia de reprodu-
»cir la carta que yo le trasmití por medio del coronel señor
»Buenaga. Pero hay más: suponeis nuestro ejército y el del
»Austria sujetos á la voluntad del general Oudinot, sin com-
»prender que los hechos que atestiguan lo contrario salen
»victoriosos en apoyo de la verdad. El ejército austriaco,
»sin importarle nada de los deseos del general Oudinot, que
»con el tan numeroso de su mando se hallaba detenido de-
»lante de las débiles murallas de Roma, á la verdad no de-
»fendidas con el vigor y la constancia de tropas organizadas
»y aguerridas; ocupó las Legaciones, tomó en un primer
»ataque la plaza de Ancona y desde aquí llevó sus armas

»hacia las vertientes meridionales de los Apeninos. Y si el
»ejército español no tuvo durante este tiempo la fortuna de
»combatir contra enemigos, fué porque la guerra estaba con-
»centrada en Roma, y porque el general Oudinot, así como
»el Gobierno de la república, trataban de vengar el descala-
»bro que les hicieron sufrir las bandas de Garibaldi: ¿como si
»el ejército francés, ennoblecido por tan gloriosos hechos
»como demuestra toda su historia militar, tuviese necesidad
»de vencer un pueblo de frailes ó como si se procurara res-
»taurar en Italia la antigua política de influencia y domina-
»cion tantas veces destruida por la diplomacia y las armas,
»en lugar de seguir las inspiraciones de una política cristia-
»na, liberal y monárquica, tal como fué proclamada en Ma-
»dríd por el Sr. Pidal y defendida en Gaeta por Martinez
»de la Rosa y el duque de Rivas! Desde el primer instante
»de mi llegada á Italia comprendí al golpe todas las dificul-
»tades que deberia suscitar á la gran cuestion del momento
»una conducta ménos prudente y circunspecta que la mia, y
»mis operaciones, en vez de limitarse, como decís, á espe-
»rar los acontecimientos, circunscribiéndome á guardar la
»frontera de Nápoles y á ocupar la Umbría, la Sabina y la
»Campana, se redujeron á obedecer cumplida y lealmente
»las decisiones de las Conferencias de Gaeta. Si ocupando
»únicamente la region que le fué demarcada por el Congre-
»so diplomático, el ejército español no tuvo enemigos con
»que combatir, ni sitio alguno que sostener, ni ocasion en
»que se probara la bravura de nuestros soldados, ¿puede ne-
»gársele el mérito de haber destruido todos los pelotones
»desbandados de Garibaldi, que vuestra capitulacion pacta-
»da con la revolucion de Roma dejó escapar libremente,
»para que prolongaran la guerra, haciendo de ella teatro al
»reino de Nápoles, donde se encontraba el Papà, y estable-
»ciéndose en el territorio pontificio á la vecindad de los
»Abruzzos? A nuestra intervencion, al éxito de nuestra po-
»lítica, á la ocupacion militar del país, segun la designacion
»que le fué comunicada al ejército español, fué debido que
»el inmortal Pio IX lograra la pacificacion de tantas provin-
»cias como le fueron sometidas, si no por la fuerza de las ar-

»mas, ni por el triunfo de éstas,—que nosotros ¡bien lo saben
»los franceses! hartas glorias tenemos que recordar en Ita-
»lia, para tratar de buscarlas contrahechas,—por la conquista
»de los corazones, de las voluntades, de la opinion que des-
»pertamos, merced á una política prudente y liberal, que no
»se aferraba en imponer leyes al jefe del Estado, ni al parti-
»do vencido, ni al partido emancipado, lo que fué la base de
»vuestra política en Roma, proporcionando tantos embarazos
»y contradicciones así á vuestro Gobierno como al Santo
»Padre.

»Muy ingénuamente siento que os haya sido ignorado
»cuanto concierne á España en esta materia; pero me con-
»suela la esperanza de que nuestra justificacion y nuestro
»elogio ha de ser algun dia objeto predilecto de la historia.
»Nosotros hemos sido más generosos con los franceses que
»los franceses justos con España; pero estad seguro, señor
»baron, que esta situacion momentánea no será permanente
»en la opinion de los hombres leales, por más que vuestro
»libro propague mucho los errores en que habeis incurrido.
»A la larga el sentido de lo justo prevalece en la historia, y
»la justicia siempre distribuye equitativamente los dones de
»la ley moral entre los pueblos, así como entre los hombres.
»—Despues de haberos expresado franca y lealmente mi
»opinion tan concienzuda sobre vuestra obra, en la parte re-
»ferente á España, es sobrado inútil acudir á vuestro noble
»carácter para que penetreis la imposibilidad en que me
»hallo de obtener de mi Gobierno una condecoracion de que
»indudablemente podeis ser digno bajo otros mil conceptos,
»aunque jamás por la justicia que seguramente no resplan-
»dece hácia nosotros en ninguna parte de vuestro bien escri-
»to libro. Quedo muy reconocido á las frases lisonjeras que
»para mí personalmente empleais en él, y ellas me honran
»mucho; pero, creedlo sin duda alguna, señor baron, yo
»hubiera preferido que hubierais antepuesto al elogio de la
»persona del general el de mi Gobierno y el de mi país, ha-
»ciéndoles la justicia que merecian.—Recibid, etc.»

No admitiré la nota de tardío, si anteriormente no he pu-
blicado el documento que antecede. Antes de ahora su publi-

cacion no hubiera sido sino un leño más arrimado al incendio de las pasiones. Los sucesos que en los últimos veinte años han tenido lugar en Europa, y sobre todo en Italia y Francia, nos permiten considerar ya los acontecimientos de 1849 bajo el prisma esplendente de la historia, aunque muchos de los actores de aquel drama aún viven por fortuna. Historia y no política es lo que hago, y por ello reclamo el respeto á mi sinceridad.

I.

Para el breve bosquejo de la disposicion en que la Italia se encontraba, á la salida de Pio IX, fugitivo de Roma, en Noviembre de 1848, he de tomar por guía dos ilustres escritores, de los de más justa fama que han florecido en el presente siglo en aquel país; representantes son uno y otro de las escuelas más radicales y contrapuestas; mas ámbos noblemente aparecen en sus escritos históricos imbuidos en el espíritu de la pátria comun, en sus esperanzas halagüeñas, en el afan de su porvenir; tales son Cesare Cantú (1), el historiador de los Pontífices y de los Reyes, y Guiseppe Mizzi-
ni (2), el eterno agitador de la democracia y aún de la plebe en Europa. Estas mismas ideas quedarian incompletas, sin retroceder hácia el origen de aquellas que en el presente siglo han sido el gérmen de las revoluciones emancipadoras de la bella península latina. Preciso es, pues, remontarse á los tiempos de las batallas napoleónicas, toda vez que en las obras de los escritores del siglo pasado no se encuentra ni un lamento contra la dominacion extranjera, merced á los gobiernos de aquella época, que, respetando las formas históricas, dejaban ancho campo á la accion de los cuerpos municipales y provinciales, lo cual hacia que muchos tuvieran

(1) *Historia Universal*, Epoca XVIII, cap. XXXIII.

(2) *República y Monarquía en Italia*; París, 1850.

cierta parte de autoridad y la noble complacencia de trabajar por el bien del país.

Bonaparte fué el primero que despertó en los espíritus la idea de la nacionalidad, que vivía aletargada en los poemas de Dante, en los sueños de Maquiavelo y en la aspiración tradicional de los siglos, ofreciendo á los italianos que en lo sucesivo serían italianos, y no españoles, austriacos, ni franceses. Sin embargo, la obra de su espada no correspondió ciertamente á la promesa de sus lábios: los italianos, divididos, trocados, vendidos, sufrieron la decepción terrible del engaño, y aunque la caída del coloso alegró algún tiempo sus esperanzas en la ambición de una existencia propia, los aliados en Viena repartieron sus despojos entre los antiguos y los nuevos señores, y la Lombardía y el Véneto fueron adjudicados al Austria como conquista y sin condiciones. No era preciso ya aquel sistema de despotismo que extremó el Austria en la administración y gobierno de sus nuevas provincias italianas, para que comenzase á latir más enérgicamente en todos los corazones fervorosos la pasión contra el dominador á título de independencia y por el medio de la libertad. Desde que la bandera de la nacionalidad tomó por lema *independencia contra el extranjero*, el fondo de la unidad estaba hecho: sólo faltaba la fórmula que la realizara y el brazo ejecutor de tan altos destinos. En esto se cifraron las discusiones y las disputas de medio siglo, en que ni aun Hugo Fóscolo, César Balbo, el abate Gioberti, Jacobo Durando y José Mazzini, inteligencias tan elevadas, lograron ponerse enteramente de acuerdo, en tanto que la impaciencia popular estallaba, entre otras manifestaciones de menor importancia y algunos ejemplos de heroicos martirios, como el de los hermanos Bandiera, en agitaciones turbulentas tan profundas como las revoluciones de 1821, de 1831 y de 1846. Era opinión de unos partidos que la primera necesidad de toda nación consistía en su existencia, en su unidad, de donde luego lo demás se derivaría. Suspiraban por gobiernos fuertes, cualesquiera que fuesen, y recordando que Napoleón con la espada, en vez de tantos grupos italianos, pudo muy bien hacer de Italia una sola nación, se fijaban en cualquie-

ra de los príncipes reinantes en la península para ponerlo á la cabeza de toda ella, ora fuese Cárlos Alberto de Saboya, ora Francisco de Módena, ora el mismo Emperador de Austria. Otros clamaban ante todo por la libertad, y habiendo leído en la historia que ésta habia sido protegida siempre por los Papas, oponiendo el régimen democrático universal de la Iglesia al régimen despótico universal del Imperio, soñaban en una república italiana con el Pontífice por cabeza. A la burla incrédula de los que se reían de estas ideas güelfas, considerando á los Papas como el único obstáculo á la prosperidad de Italia, contestaba Gioberti en su *Jesuita moderno*: —«La redencion de Italia es imposible de obtener sin el »concurso de las ideas religiosas. La Península no puede »ser una, libre y fuerte, si Roma, su centro y cabeza moral, »no conquista derechos políticos. Hasta ahora las tentativas »todas se han frustrado porque al ponerlas por obra, se ha »olvidado este importante coeficiente, y siendo Roma la me- »trópoli moral y política de Italia, y la religion la base del »génio nacional, nada podrá resolverse sin una confederacion »de los Príncipes de Italia presidida por el Papa.» Con estas ideas alternaba Gioberti alabanzas á Cárlos Alberto, impulsándole, con deliberado olvido de la dominacion del Austria, á constituirse en centro de la restauracion italiana, mientras que César Balbo, dando forma más positiva á la idea, y planteando más prácticamente la solucion, no sólo abundaba en la de la Confederacion italiana de que el Piamonte fuera la espada y el corazon Roma, sino que para resolver la cuestion acerca de la presencia del extranjero, suspiraba por la apetecida aurora del brillante dia en que arrojando al Austria del territorio de Milan y Venecia, fuera á buscar en Turquía las compensaciones de los dominios emancipados en Italia.

Aunque Hugo Fóscolo habia escrito: «los italianos queremos y debemos querer con toda nuestra alma que el Papa »Soberano, supremo tutor de la religion de Europa, príncipe electivo en Italia, no sólo subsista y reine, sino que reine siempre en Italia y defendido por italianos;» el torrente de las ideas agresivas contra el Pontificado, que se desbor-

daba desde escritos anónimos, sin autoridad, pero que se devoraban por las masas plebeyas y acaloraban las imaginaciones, habia propagado el descontento por los Estados del Papa, que tenia que mantener tropas suizas á sueldo para su custodia y la garantía de la paz en sus dominios. La agitacion de las legaciones en 1831 obligó á Gregorio XVI á estrechar sus vínculos y á mostrarse servilmente complaciente con la política extranjera, y publicó *el Triunfo de la Santa Sede*, celoso de la supremacía pontificia que en la discusion astuta del libro, del periódico y del club se menoscababa. A su muerte, ántes que hubiese lugar á las intrigas diplomáticas, lo reemplazó el sacro colegio con Juan Mastai Ferrati, que tomó el nombre de Pio IX. Aunque desde el primer momento de su exaltacion al trono de los apóstoles repitió este Pontífice en su *Encíclica* todos los lamentos de su predecesor, y, condenando las libertades modernas del pensamiento y el culto de la razon, se mostró celoso sostenedor de los derechos de la Santa Sede, la opinion formó de él un ídolo á su antojo, atribuyéndole ideas, palabras, actos y esperanzas que lisonjaban el deseo de los más. Una constante salva de aplausos recibia cuanto de él emanaba, y así excitóse en su favor una admiracion universal, siendo el grito de ¡viva Pio IX! la voz de todos los corazones espontáneos. Las fiestas con que Roma celebró su advenimiento á la silla de San Pedro no tenían fin. Aquel entusiasmo se propagó á la Romanía, de allí á Europa y al mundo, siendo lo extraño que lo mismo hacian en ferviente coro los protestantes que los católicos, y los hijos de Voltaire veian en el nombre de un Papa el símbolo de todas las mejoras que podian pedir los pueblos y realizar los príncipes. Por eso se cantaban, en medio de sinceridad tan irreflexiva, himnos á Pio IX, que eran casi un insulto para los emperadores y los reyes, y los príncipes de Italia se vieron constreñidos á conceder á sus súbditos libertades y derechos, mediante los cuales mucho se mejoró la condicion de éstos, dándoles participacion en el poder, ó al ménos endulzándoles la obediencia. A la cabeza de este movimiento se pusieron el Rey de Cerdeña y el gran duque de Toscana, y la Italia alborozada vió desde aquel ins-

tante en aquel Cárlos Alberto, cuya vida es una leyenda y cuya memoria resume el poema de la unidad nacional en aquella Península, la espada de la libertad y el faro de los destinos del porvenir.

Las impaciencias ondeantes, entre tanto, desconfiando de todo y de todos, se desfogaban en diatribas periodísticas, en gritos y en tumultos de plaza, tomando la lentitud de las cosas por esterilidad del poder, inhábil para comprender los deseos nacionales. En Roma se aceleraba el movimiento con rapidez excesiva, y al ímpetu del entusiasmo sucedieron las aspiraciones insaciables, los deseos sin nombre, las quejas de la desesperación. Se murmuró de una conspiración fraguada contra la vida del Papa, y se apeló al armamento del pueblo para defenderlo; después se estableció un consejo de cien individuos, de los cuales el Pontífice debía elegir un senado de nueve; luego se fundó un Consejo de Estado presidido por un cardenal, y cuando estuvieron dados estos avances hacia la vida política civil, se trató de una liga aduanera entre Roma, Turín y Florencia, que no era sino el bosquejo de una más poderosa liga política. Entonces Pio IX despertó del letargo de los aplausos, á que no había sido insensible, y comenzó á retroceder. Al nombrar un Patriarca para Jerusalem, en Noviembre de 1847, ya protestó abiertamente contra los que abusasen de su nombre para oponerse á las autoridades. Luego, con ocasion de la apertura del Consejo de Estado, declaró que había hecho y estaba dispuesto á hacer lo que creía conducente al bien de los pueblos, pero sin menoscabar la soberanía de la Santa Sede, ni lanzarse á las utopias que otros locamente reclamaban, apoyándose en sus actos. Pero hasta en estas mismas declaraciones hallaron los espíritus agitadores momentáneas disculpas para el Papa, á quien pintaban obligado á hacerlas bajo la presión extranjera, á fin de seguir convirtiendo por el instante en proyectiles de cañon las bendiciones de Pio IX y ahondar la pasión de la independencia, por la cual se sentía ya por algunos un verdadero frenesí. Entonces el Papa consultó al consistorio si aún le sería dable conceder más derechos políticos á sus súbditos, á semejanza del Rey de las Dos Sicilias,

de los duques de Toscana y Parma y del Rey del Piamonte, que acababan de dotar á sus respectivos pueblos de Constituciones liberales, y habiendo recibido una respuesta afirmativa de todos los cardenales, declaró que dejando á salvo la religion, se prestaría á todas las innovaciones que fueran necesarias, y otorgó tambien á sus pueblos un Código constitucional á 14 de Febrero de 1848. La multitud entónces se mostró ébria de gozo, sobre todo cuando se vió subir á la direccion del poder personas de muy antiguo veneradas en Italia y á otras volver triunfantes de largos y dolorosos ostracismos. Hubo un instante en el cual, bañada la gangrena con agua de rosas, todo el mundo creyó sinceramente en la conquista de la felicidad, mediante aquella beatífica concordia que no habia de durar más que los esplendores de los artificios pirotécnicos con que por todas partes se celebraba. Los mismos mazzinistas acordaron en París no alterar con sus movimientos el pacífico progreso italiano. Tal fué por el momento la óptica ilusoria de las cosas.

Entretanto, la adulta Viena, contra la cual daban de rechazo todos los rencores, observaba con atencion y sonreía con sarcasmo. Tampoco el Austria comprendia de su papel y de su destino más que la fuerza bruta del poder que por el instante mantenía. Metternich secundaba admirablemente la tendencia absolutista que aún es tradicional y característica del Gobierno del Austria, haciendo sinónimos gobernar y comprimir. Usurpando el nombre de entendido y robusto por negarse á todo movimiento, y reduciendo su Gobierno á aduaneros, oficinistas, espías y soldados, dejóse sorprender en uno de aquellos momentos en que con los abusos caen tambien las instituciones. Así, pues, mientras los Estados de la Baja Austria, la Bohemia y la Galitzia demandaban libertades y derechos políticos, y los estudiantes de Viena se animaban con el ejemplo de los de Munich en Baviera, el húngaro Kossuth lanzó una proclama revolucionaria, pidiendo la reforma del imperio. A las dilaciones que la córte opuso á estos clamores, respondió en la capital el grito de la plebe turbulenta, cuyos primeros triunfos fueron la expulsion de Metternich, la libertad de imprenta, el arma-

mento de la guardia nacional y la convocatoria para una constituyente. También festejaron aquella victoria los aplausos frenéticos, los abrazos fraternales, los himnos patrióticos. Sin embargo, el telégrafo trasportó rápidamente á la Lombardía la noticia de los sucesos de la revolución en Austria. Al momento se pidieron armas para robustecer el brazo de los ciudadanos, y fuéronles prometidas; pero al volver las turbas al palacio comunal para recibirlas, acometieron de improviso las tropas, causando en ellas horrorosos estragos. La indignación fué general, precipitando instantáneamente el movimiento comenzado. El entusiasmo se convirtió de súbito en furor. La esperanza se elevó hasta la independencia, y desplegándose la bandera tricolor, se gritó: ¡Viva Pio IX! ¡Abajo los tudescos! Al momento comenzó la batalla. Los milaneses desmintieron la nota de *cobardes* que se les daba, defendiéndose desde improvisados parapetos y barricadas, con escopetas de caza y contra tropas disciplinadas, numerosas y aguerridas, luchando con tesson hasta lograr que Radetzky, inseguro de lo que en Viena sucedería, ordenase la retirada. Milán entónces se encontró libre. Como, Brescia, Bérgamo y Cremona, siguiendo su heroico ejemplo, expulsaron sus guarniciones. La chispa se propagó á Venecia, de donde, despues de tristes escenas de sangre, también salió fugitivo el extranjero. En el Piamonte, y sobre todo en la ciudad de Génova, los patriotas, que simpatizaban con los del Milanesado y el Véneto, pedían á Carlos Alberto de Saboya desnudase aquella espada, en que se cifraban las esperanzas de Italia. Pero Carlos Alberto y César Balbo, su ministro, fluctuaban en inesperadas confusiones, ante el veto de Inglaterra, que por medio de su representante lord Minto, les habia manifestado que la Lombardía fué cedida al Austria por los Tratados que aseguraban á la Cerdeña la posesion de Génova, y que tocar la una era exponerse á perder la otra. No se contaba, ántes se temia el apoyo de la Francia, cuyos partidos avanzados eran un peligro para los tronos de la Península. Con todo, la juventud italiana no se dió por entendida de los compromisos diplomáticos, ni de las consideraciones de Estado, y repitió á

coro el grito que Génova lanzaba á los piés del Rey del Piamonte:—*Con Milán, y si no, no.* Entónces Cárlos Alberto se decidió; arrojó su espada en la balanza de los ministros, y anunció que él con sus hijos se ponía á la cabeza del ejército que habia de llevar á Lombardía sus socorros fraternales. Pio IX bendijo aquella empresa, en la cual veía la mano de Dios. A su ejemplo el duque de Parma prometió ir con sus hijos tambien en auxilio de los lombardos; el Rey Fernando de Nápoles invitó á los suyos á acudir á las llanuras donde se iba á decidir la suerte de la patria comun, y hasta Leopoldo, gran duque austriaco, excitó á los toscanos á no permanecer en ócio vergonzoso, mientras se decidia la causa santa de la independencia italiana.

Fué una victoria excesiva para que aquellos pueblos esclavos supieran aprovecharse bien de ella. Así, pues, los desastres que la siguieron se originaron de la misma exuberancia del triunfo. No hubo unidad de aspiraciones, como hubo unidad de impulso. Unos predicaban la fusion de los pueblos redimidos con el Piamonte; otros clamaron por la república y se unieron en torno del gorro frigio y de la bandera tricolor; otros, por último, alardeaban de esos deseos vagos, sin forma real alguna, que constituyen los sistemas de los sofistas, de los intolerantes y de los declamadores, amigos y enemigos de toda clase de resoluciones. Estos no economizaron para nadie sus censuras. Mas entretanto, el movimiento de fusion tomaba carácter tan alarmante, que los duques de Toscana, Parma y Módena, se aventuraron á toda clase de patrióticas temeridades, para salvar la integridad de sus Estados, y el mismo Papa se vió obligado á expulsar de sus dominios los jesuitas, bien que declarando haberlos considerado siempre como incansables colaboradores en la viña del Señor. Recordando los planes de Gioberti y de otros ilustres publicistas, despidió á consejeros de su confianza, á fin de rodearse de hombres nuevos que pudieran realizarlos; pero Cárlos Alberto, á la invitacion de que fuesen los diputados de los príncipes á Roma para formar *la liga política*, contestó pidiendo soldados para *la liga guerrera*, y el Papa, viendo que se trataba de dar unidad á Italia, pero bajo otros auspicios,

declaró que él rechazaba toda participacion en la revolucion; que no favoreceria jamás á un príncipe italiano en menoscabo de los demás y que despues de haber hecho por los pueblos, lo que los Gobiernos pidieron á sus antecesores Pio VIII y Gregorio XVI, deploraba que aquéllos no hubiesen sabido sostenerse en los límites de la fidelidad, de la obediencia y de la concordia. Pio IX, por último, protestaba de que de las convulsiones de Italia no debia atribuirse la culpa á él, que aborrecia la guerra y repudiaba á los que hablaban de una república italiana presidida por el Papa.

Ante esta declaracion, Roma que le obedecia, á condicion de que él la obedeciese á ella, entró en horrenda fermentacion y comenzó á blasfemar, como sólo en Roma se blasfema. La fuerza popular abandonó al Pontificado. De todos los ánimos se apoderó el demonio de la desconfianza, y se desconfió de todo: del Piamonte, solicitador de fusiones; de Nápoles, ambicioso de conquistas; de Roma, de quien se sospecharon tendencias rapaces sobre la Polesina de Róvigo y los territorios de Módena y Parma; del ministerio romano al verle confiar á Cárlos Alberto todas las fuerzas pontificias; de la escuadra que el Rey Fernando enviaba de Nápoles al Adriático para reforzar la de Cerdeña, y sobre la cual dispararon al paso los sicilianos. Entre tanto, la revolucion avanzaba, y en el nuevo ministerio romano el filósofo Mamiani declaró que Pio IX oraba, bendecia y perdonaba, dejando los negocios políticos á la asamblea, lo cual equivalia á despojarle de toda autoridad temporal. El Papa protestó de nuevo: pero su voz no tenia ya eco como cuando se tomaba por mensajera de pátrias libertades; ántes bien, se le acusó de traicion, á la vez que hácia Cárlos Alberto, á quien se proclamaba *Rey de Italia*, se dirigia la nueva aura de la movable popularidad, cuando él sentia que le temblaba en la mano aquella espada con que habia prometido redimir la patria, y cuando rehechos los austriacos comenzaron á recobrar la ofensiva. Un numeroso ejército descendiendo con Welden y Nugent por los Alpes Cárnicos, ocupó otra vez el territorio veneciano, tomando una á una las ciudades y obligando al ejército pontificio, mandado por un general pia-

montés, á capitular y repasar el Pó. Despues Radetzky des-
embocó por Verona, y lanzándose en masa sobre un
punto de la extensa línea del ejército real, lo arrolló desde
el Adigio al Mincio, de allí al Ohio y despues al Adda. Cin-
cuenta mil hombres se habian movido en retirada desde
Goito; veinticinco mil solamente llegaron á Milan para aban-
donarla al momento y repasar el Tesino. De suerte que
los austriacos reconquistaron en breve todo el territorio
lombardo-véneto, á excepcion de Venecia.

Es indescriptible la irritacion que produjeron las catástro-
fes. Se ultrajó al rey que habia expuesto su vida y la de sus
hijos; sobre todo, cuando Cárlos Alberto propuso un armisti-
cio á los austriacos acampados á orillas del Tesino, y éstos,
bajo hábiles pretextos, pasaron á los ducados é invadieron la
Rumanía. Bolonia fué la última ciudad que se defendió varo-
nilmente, y todavía en aquella defensa se oyó por última vez
el grito de *¡Viva Italia y Pio IX!* No obstante, contra este
habian de concitarse en breve las iras de todos los fanáticos
reprimidos, tomando pié del mismo órden con que se proce-
dió á organizar las mismas instituciones que se habian con-
cedido entre el aplauso general á los súbditos romanos. Sir-
vióse para ello Pio IX de Pelegrin Rossi, emigrado de Car-
rara, el cual, asociando las ciencias enconómicas á las jurí-
dicas, habia adquirido fama de excelente publicista. Desde
Suiza, donde habia vivido largo tiempo, y á la cual propuso
una nueva constitucion, pasó á Francia, donde desempeñó
la cátedra de profesor de derecho constitucional y otras aná-
logas. Cuando Pio IX entró en la senda del progreso, Luis
Felipe encargó á Rossi, que se hallaba en Roma desempe-
ñando las funciones de embajador de Francia, que como prác-
tico dirigiera sus pasos, mientras que como emigrado debia
inspirar confianza á los liberales. Tanta puso en él Pio IX,
que en los últimos conflictos, viendo que se le imponian
personas para él inacceptables, lo puso á la cabeza del minis-
terio, dándole por compañero al general Zucchi, antiguo sol-
dado de Napoleon, insurgente en 1831, y que desde entónces
hasta la revolucion italiana habia estado sepultado en una for-
taleza austriaca. Rossi se dedicó á restaurar la hacienda, á pro-

mover las obras públicas, á preparar una estadística, á formar la liga italiana, de la cual Pio IX habia sido espontáneo iniciador, y á reprimir las facciones tumultuosas, no ménos que la astuta y encubierta reaccion. Para esto desplegó energía, por lo que en breve fué execrado, dirigiéndose contra él todas las invenciones de época tan turbulenta. Rossi siguió, sin embargo, impertérrito su camino, dedicado á encauzar el orden legal, y habiendo convocado las Cámaras, al presentarse á ellas, fué asesinado inhumanamente, ahogando en su sangre los triunfos del blando Pontífice regenerador. Aquella muerte alevosa, no sólo fué celebrada en Roma, sino en muchos puntos de Italia, tanto más cuanto tras ella comenaron en la capital del catolicismo una série de actos de violencia, de desacato y de insumision contra el Pontífice, que hicieron temer nuevas y más trascendentales catástrofes.

La impresion que en el ánimo de Pio IX causó aquel crimen, no se puede relatar: su espíritu, desde aquel dia constantemente fué presa de una invencible tribulacion, y bajo la presion de aquel estado, se rindió á todas las concesiones. Eligió un ministerio que le era antipático; dejó proclamar la Constituyente italiana; pero aún no bastando esto, se le atacó en su propio palacio, en donde casi á sus pies una bala que penetró por una de las ventanas de su palacio del Quirinal, privó de la vida á uno de sus secretarios. Entónces, sintiéndose abandonado de los italianos, pensó en que aún le quedaba un refugio más alto, en su elevada mision universal. Miró en torno de sí, y no halló entre el fragor de los tiros la turba de los que saludaron su advenimiento con tantos frenéticos aplausos. Pensó en que el amor á su cuna de Italia le habia llegado á desvanecer más de lo que convenia á la grande representacion de su alto ministerio, y advirtiéndole que en donde faltaban italianos patriotas no escaseaban fervorosos católicos y españoles, tomó un disfraz, y abandonándose á la confianza del embajador de España, D. Francisco Martinez de la Rosa, salió á escondidas y de incógnito de Roma, solamente acompañado del secretario de la embajada española, D. Vicente Gonzalez Arnao, y en una silla de posta, se dirigió á Gaeta, no haciéndolo desde esta plaza

y puerto á alguna ciudad de España, de lo que mostró deseos, por no haber buque alguno español de guerra donde verificar el pasaje.

II.

Al ocurrir en Roma en los dias 15 y siguientes de Noviembre de 1848 los acontecimientos revolucionarios que dieron por resultado la fuga del Papa Pio IX de la capital de sus Estados en la noche del 24, ¿cuál era la situacion general de Europa y la particular de cada potencia con relacion á Italia, y sobre todo á los dominios temporales, y al poder espiritual del Pontífice? La revolucion minaba todo el Mediodía, y habia penetrado hasta en el corazon del Austria, desarrollando instantáneamente en todas partes para contrarestarla un vivo movimiento de resistencia por parte de los Gobiernos. En Francia logró un rápido triunfo, que costó para siempre el trono á la más augusta y popular de sus dinastías. Italia apareció contaminada toda. En España se dominó enérgicamente el chispazo con la robusta política del Gobierno del duque de Valencia, y en Austria, interpolando la lentitud de las resoluciones de gobierno con las concesiones arrancadas en el primer momento y con el aparato despótico del poder militar que en breve se rehizo. En la cuestion general de Italia el impulso hácia la unidad estaba ya dado demasiado poderosamente para poder retroceder: lo que allí ocurría era un gran temor general á la propaganda republicana y anárquica que del lado de Francia llegaba, fórmulas aún no bien determinadas sobre el problema de la unidad, vacilaciones, desconfianzas y dudas en los que habian tratado de ponerse á la cabeza del movimiento, celos recíprocos de preponderancia, y mútuas perfidias de gobierno á gobierno, creyendo cada cual engañar á su vecino, y siendo á la vez todos los engañados. Francia, que acababa de adquirir tan á poca costa las instituciones republicanas, y que propendia á implantarlas bajo su ambicionada hegemonia sobre todos los pueblos latinos que queria uncir al carro de su voluntad, era para la Italia, y principalmente para Cárlos Alberto, el centinela de los Alpes,

una perpétua amenaza. Mr. de Lamartine, al despedir para Roma á Mr. D'Harcourt, ya le habia encargado dijera á Pio IX: *Saint Père, vous savez que vous devez être président de la republique italienne*; entretanto que en la Saboya tenia que distraer una gran parte de su ejército para contener la temida irrupcion de los franceses el Rey de Cerdeña, por más que en el Parlamento de Turin, el diputado Pareto dijera orgullosamente:—*El ejército francés no entrará en Italia, si no es llamado por nosotros, y como nosotros no le llamaremos, no entrará.*—Inglaterra se constituia, como de costumbre, en aparente é impasible espectadora de los sucesos, lo cual no impedia, que bajo el principio del *statu quo*, impusiera su veto á la Cerdeña para la empresa de Lombardía, amenazándola con ocupar á Génova, y que, bajo el principio de la libertad de su comercio, trasportara de contrabando y vendiera armas á todos los revolucionarios que se las quisieren comprar, por todos los puntos disponibles desde el Mediterráneo hasta el Adriático. Por último, el Austria, despues de haber atendido preferentemente al incendio que le metieron en su propia casa, tomó sobre sí el restablecer enteramente las condiciones de su antigua dominacion é influencia en la Península, para lo cual igualmente le sirvieron de elementos propicios sus ejércitos numerosos y temibles y sus intereses católicos.

Reconcentrada en Roma la revolucion italiana, despues de los desastres de los Estados lombardo-vénetos, y dirigida contra el humilde poder político de Pio IX toda la saña iracunda de los derrotados de todos los fanatismos, ¿hácia qué lado el Santo Padre podia tender la mirada, donde encontrase la tranquilidad de una dulce confianza? Sólo del lado de España, cuyo embajador, el ilustre Martinez de la Rosa, recibió muy de antemano instrucciones del Gobierno del general Narvaez, que conocidas por el Pontífice, le decidieron, de acuerdo con el Rey de Nápoles, á la fuga de la noche del 24 de Noviembre, cuando ya no fué posible resistir por más tiempo los ultrajes inferidos á su autoridad soberana. He indicado ántes, y repito ahora, que en ánimo del Santo Padre estuvo trasladarse á España, lo que hubiera ejecutado á haber podido disponer en Gaeta, en Civita-Vecchia ó en

otro puerto cercano, en el momento de la huida, de un buque de guerra español para verificar el transporte. Sin embargo, si así hubiera sucedido, ¿quién sabe cuáles fueran las consecuencias de semejante determinacion? Aquel hubiera sido el pretesto para la total fermentacion política de Italia, que hubiera sido entregada completamente, y sin salvar ninguno de sus tronos, incluso el de Cerdeña, á los horrores de la demagogia. Esta habria encontrado su auxiliar más decidido del otro lado de los Alpes, pues á la política propagandista propia de las instituciones que en Francia imperaban, se hubiera añadido la irritacion vengativa á que habria dado lugar suceso de tan grande trascendencia. La salvacion de Italia dependió del refugio de Pio IX en Gaeta, país italiano é inmediato á sus Estados, á cuya posesion el Papa no renunciaba de modo alguno, como se entenderia que habia renunciado al aceptar otro albergue de amparo como el de España, tan lejano del teatro de los acontecimientos y desde donde le hubiera sido más difícil y premioso operar sobre la revolucion triunfante en Roma. No obstante, para Francia la fuga del Pontífice, concertada con todo secreto entre el Papa, Antonelli y Martinez de la Rosa, fué objeto de una viva contrariedad; entre otros motivos, porque aquel hecho se realizó con tal sigilo, que su embajador en Roma no logró penetrar el secreto, y cuando llegó á él la noticia no pudo anunciar á su Gobierno á dónde el Papa se habia dirigido. De modo que el Gabinete de París no fué sabedor de nada, hasta que le ilustraron sobre lo acontecido, casi simultáneamente, el embajador de España duque de Sotomayor, y las comunicaciones de su ministro acreditado cerca del Rey Fernando de Nápoles.

Llegada á Madrid la noticia con la celeridad posible, el gobierno del general Narvaez, á quien no cogia el hecho de improviso, trató inmediatamente de enviar á las costas de Italia una expedicion para defender la persona de Su Santidad, y así en 5 de Diciembre previno á su embajador en París lo comunicara con aquel Gobierno. No obstante, el francés no se durmió en las pajas, y sabiéndose en Madrid que se habian transmitido órdenes á Tolon para preparar tambien otra

expedición francesa, semejante á la que dispuso bajo su ministerio el general Cassagnac, la cual no tuvo al cabo efecto, se dirigió con la misma fecha al duque de Sotomayor otra comunicacion del marqués de Pidal, ministro de Estado, en la cual se declaraba que en la prevision de graves sucesos en Roma, segun las opiniones exageradas de aquel país, el Gobierno de España habia dictado algunas medidas encaminadas á proteger en todo evento la libertad del Santo Pontífice, como jefe supremo de la Iglesia; que despues, habiendo sabido que el de la república en Francia se apresuraba á obrar desde los primeros instantes en armonía con estas intenciones, destinando sus buques y soldados á la defensa del Padre comun de los fieles, veia con gusto la concurrencia tan espontánea de miras y de proyectos entre las dos naciones, y la posibilidad de una inteligencia comun, que desde luego proponia, para obrar en lo sucesivo de concierto, tanto más, cuanto que España no pretendia mezclarse en las cuestiones políticas de ningun Estado extranjero, sino asegurar la independencia de la Iglesia y la veneracion de la persona del Pontífice (1). Nueva contrariedad sufrió con esta proposicion el Gobierno de Luis Napoleon, que ocupaba entónces la presidencia de la república; sin embargo, se contestó á Sotoma-

(1) Hé aquí el despacho original del ministro de Estado al embajador español en París: "Madrid 5 de Diciembre de 1848.—EXCELENTÍSIMO SEÑOR: Supongo á V. E. informado de los lamentables sucesos ocurridos en la córte pontificia en los dias 15 y siguientes del mes pasado, los que han decidido al Papa á abandonar aquella capital, en la noche del 24.—El Gobierno de Su Magestad habia previsto hace muchos meses que pudieran ocurrir sucesos graves en la capital del mundo cristiano, en vista del giro que iban tomando las opiniones exageradas en aquel país, y, en su consecuencia, habia dictado algunas medidas y dado instrucciones á su embajador, encaminadas á proteger en todo evento la libertad del Sumo Pontífice, como jefe supremo de la Iglesia. Poseído el Gobierno de S. M. de estos sentimientos, no ha podido ménos de ver con suma satisfaccion que el de esa república haya obrado en estas circunstancias con una completa armonía de miras é intenciones, destinando sus buques y sus soldados á la defensa del Padre comun de los fieles. Esta concurrencia espontánea en las miras y proyectos de los dos Gobiernos es tanto más de celebrar, cuanto que si se hubiera obrado de otro modo se pudiera haber dado lugar á

yor en 28 de Diciembre, que, aunque desde la salida de Roma la Francia consideraba ya á salvo la persona del Soberano Pontífice, sin embargo, el Gobierno francés «estaba muy dispuesto á obrar en esta cuestion de acuerdo con la España, »y que contaria con ella en todo caso.» Es oportuno hacer constar aquí, que la política de Francia, desde la salida de Pio IX de Roma, ofreció dos aspectos muy distintos, segun el modo como podia influir en los intereses particulares de Luis Napoleon. Cuando éste necesitó apoyarse en las masas democráticas para ascender á la presidencia de la república, ó sostener en ella el aura popular, su conducta favorecia de todo punto las tendencias revolucionarias triunfantes en Roma; cuando pensaba en su porvenir y en la restauracion del imperio, y que este suceso no podia prepararse sin la cooperacion de las influyentes clases conservadoras, y principalmente, sin el clero francés, mostraba hácia el Papa aquel interés que nunca en él pudo traducirse en ninguna cuestion, en un sentimiento firme de ingénua sinceridad. Durante el curso de los sucesos que relato, ya se verá como estas dos cartas juegan constantemente en la mano de los directores á la sazón de la política francesa.

A pesar de todo, España manifestaba una diligencia y una

creer que los Gobiernos que se fundan en principios de una bien entendida libertad no tenian las necesarias simpatías en favor de la religion; y que ésta sólo podia hallar proteccion y defensa en gobiernos de otra naturaleza. Una vez, pues, que los dos Gobiernos han visto del mismo modo esta cuestion, y han procedido con tanta uniformidad, desearia el de S. M. ponerse de acuerdo, para en lo sucesivo, con el de la república, y obrar de concierto en cuanto pudiese contribuir á asegurar la libertad del jefe de la Iglesia, y el respeto debido á su sagrada persona. No pretende la España mezclarse en las cuestiones políticas de ningun Estado extranjero; pero entiende que la independendencia del jefe de la Iglesia y la veneracion á su persona no es un interés exclusivo de los Estados pontificios, ni debe considerarse como una cuestion política interior de aquel país. Es, por tanto, la voluntad de S. M. que, acercándose V. E. á ese señor ministro de Relaciones Exteriores, procure hacerle sentir toda la importancia de estas consideraciones, con el fin de inclinarle á que los dos Gabinetes marchen de acuerdo en este grave negocio, al que no dudo dará ese Gobierno tan preferente atencion como el de la Reina nuestra señora. Dios, etc.—*Pedro José Pidal.*»

energía de la que pocos ejemplos semejantes ofrece la historia contemporánea. En 21 de Diciembre estaba ya dispuesta la division naval que, á las órdenes del embajador de Su Magestad cerca de la Santa Sede, habia de pasar á las aguas de Gaeta, para que diera mayor prestigio é importancia á su representacion diplomática, y velara en todo evento por la seguridad del Papa. Mandaba aquella division el brigadier don José María Bustillos, uno de aquellos marineros españoles de inteligencia clarísima, de hábitos caballerescos, de valor intrépido, que tan perfectamente sabian representar en su persona las gloriosas tradiciones de la marina española. Llevaba bajo su mando una flotilla de siete buques, que eran, la fragata *Cortes*, las corbetas *Villa de Bilbao* y *General Mazarredo*, el bergantin *Volador*, los vapores *Lepanto* y *Leon*, y el pailebot *Vidasoa*. En cuanto á sus instrucciones, eran muy sencillas:—«La seguridad de la sagrada persona del Papa, »decian, es el principal objeto que ha tenido presente el Gobierno de S. M. al enviar estas fuerzas á la costa de Italia. »—Si el Sumo Pontífice juzgase conveniente trasladarse de »Gaeta á cualquier otra parte, los buques españoles estarán »á su disposición, si Su Santidad los eligiese, y muy principalmente si dispusiese venirse á algun punto de los dominios de S. M.—El Gobierno de España no puede imaginar, »que en ningun caso, ni por ningunas fuerzas, sean atacados »los buques españoles que custodiasen á Su Santidad; pero »si, contra toda probabilidad, este conflicto llegara á verificarse, el Gobierno de S. M. se lisongea de que sabrán repeler »la fuerza con la fuerza, y que la conducta será digna de militares españoles.—Respecto á los auxilios materiales que »pudieran ofrecer los buques españoles á los defensores de Su »Santidad, en sus propios Estados, no puedo ménos de recomendar á V. E. la mayor circunspeccion; porque siendo éste »un punto que el Gobierno de S. M. desea resolver, de acuerdo con las demás potencias católicas, seria inconsecuente »que España lo decidiera de hecho por sí sola.—Sólo en el »caso de que las fuerzas navales de otros Estados desembarcaran tropas en los dominios del Papa, con anuencia de éste »y por órden de sus respectivos Gobiernos, podria V. E. per-

»mitir que las de S. M. tomasen parte en semejantes operaciones.—En tales circunstancias, debería siempre procederse de comun acuerdo y conformidad entre los agentes diplomáticos cerca de Su Santidad.—Mediante á que el Padre Santo se encuentra en los Estados del Rey de las Dos Sicilias, será conveniente que en el puerto de Nápoles se estacione algun buque de la division naval de S. M., con el fin de que pueda prestar el auxilio necesario, y defender las personas é intereses de los súbditos españoles.»—Las instrucciones terminaban aconsejando la mayor armonía entre nuestras fuerzas navales y las de las demás naciones.

Esta disposicion se comunicó *in extenso* al embajador de España en Nápoles y ábreviada á los ministros acreditados en Turin y Florencia (1). El Rey Fernando recibió la noticia con aplauso: en el de Cerdeña parecia no haber hecho impresion (2). Pero no se limitaba, entretanto, á esto sólo la accion del Gabinete de Madrid por aquel tiempo sobre los asuntos de Italia. La actitud de Francia, ni inspiraba confianza en Gaeta, ni en Madrid. Además la respuesta del Gobierno de Luis Napoleon, no exenta de la frase picante, de que *en todo caso se contaría con España* para obrar en Roma, descubria suficientemente que en París no se dejaban correr los sucesos á la aventura, sino que por uno ú otro medio, se procuraba tener parte en ellos, y no pudiendo ser enteramente

(1). Hé aquí la forma de estas últimas comunicaciones: PRIMERA SECRETARÍA DE ESTADO. —El ministro de Estado á los ministros de S. M. en Turin y Florencia.—Madrid 21 Diciembre de 1848.—EXCMO. SR.—El Gobierno de S. M. ha dispuesto que la division naval del Mediterráneo, compuesta de siete buques de guerra al mando del brigadier Bustillos, se traslade á las costas de Italia con el único objeto de proteger, en cualquier evento, la sagrada persona del jefe de la Iglesia, y la libertad en el ejercicio de su autoridad espiritual. Lo que comunico á V. E. de orden de S. M. para que con este conocimiento pueda dar las explicaciones convenientes en el caso de que la fueren requeridas.—Dios etc., (firmado) *Pedro José Pidal*.

(2) "Debiendo advertir que Mr. Gioberti, al oír el anuncio de esta medida, no dió muestra alguna de que le hiciese sensacion notable de ninguna especie." *Desp. diplom. de Beltran de Lis á Pidal*: 13 de Enero de 1849.

leal para los intereses católicos esta participacion clandestina, el Gobierno de la Reina Isabel cometió otro acto, que al par que ayudaba á desarrollar su pensamiento, volvía á poner en jaque el juego de las Tullerías. Tal fué la circular diplomática que por medio de sus representantes en las principales potencias católicas del continente, hizo llegar á los respectivos Gabinetes, proponiendo y apelando á la reunion de un congreso religioso-político europeo, con el objeto de que con su acuerdo en mancomun se ejerciera por todas las naciones católicas á la vez la intervencion que conviniera en las cuestiones de los Estados Pontificios, á fin de restablecer en su sόlio y hacer respetar en su autoridad la sagrada y venerable persona del Soberano Pontífice Pío IX. Hé aquí los términos en que estaba redactado documento tan importante:

«El ministro de Estado á los representantes de S. M. en
 »París, Viena, Lisboa, Turin, Florencia, Nápoles y Munich.
 »—Madrid 21 Diciembre de 1848.—Excmo. Sr.:—El esta-
 »do lamentable en que se encuentra el jefe de la Iglesia, pró-
 »fugo de sus Estados, y reducido á ocupar el asilo de una
 »potencia extranjera, obligó al Gobierno de S. M. á pensar
 »detenidamente sobre los medios de evitar los graves males
 »que amenazan á la cristiandad si no se pone término á las
 »tribulaciones que afligen al Sumo Pontífice.—El Gobierno
 »de S. M., que habia previsto con mucha anticipacion la po-
 »sibilidad de tales conflictos, ha podido, al realizarse estos,
 »ofrecer al Padre Santo por medio de su embajador el más
 »cordial apoyo de la España, y está dispuesto á prestar al
 »Papa todo aquél que se estime necesario para que la cabe-
 »za visible de la Iglesia sea restituida al estado de libertad
 »é independencia, de dignidad y de decoro, que reclama im-
 »periosamente el ejercicio de sus sagradas funciones.—Por
 »esta razon, apenas llegó á su noticia que el Papa se habia
 »visto precisado á huir de Roma, se dirigió al Gobierno
 »francés que acababa de manifestarse tan dispuesto á favo-
 »recer la libertad de Su Santidad, invitándole á que los dos
 »Gabinetes marchasen de acuerdo en cuanto pudiese tener
 »relacion con la dignidad del jefe de la Iglesia, como un

»negocio de interés común para los dos pueblos.—Pero esta
»negociacion, que sólo se dirigia á prevenir los inconvenien-
»tes que se pudiesen suscitar con motivo de las disposicio-
»nes del momento que juzgasen oportuno adoptar ambos
»Gobiernos, se puede hoy considerar insuficiente en vista
»del giro que van tomando los negocios en la capital de los
»Estados Pontificios.—No se trata ya de salvar la libertad
»del Papa, amenazada por los extravíos de sus propios súb-
»ditos: ésta, que podia considerarse como la cuestion del
»momento, está en cierta manera terminada por la salida
»de Su Santidad de Roma; pero tras esta cuestion se pre-
»senta otra de no menor importancia, y en la que están
»igualmente interesados todos los Gobiernos católicos: la de
»asegurar de una manera estable y permanente la suprema
»autoridad del Pontífice, poniéndose á cubierto, no sólo de
»toda violencia real y efectiva, sino hasta de las apariencias
»de coaccion, que tan funestas pueden ser para la causa de
»la Iglesia como para la paz de los pueblos.—V. E. conoce
»muy bien cuán celosos han sido siempre los Gobiernos de
»todas las naciones católicas de asegurar al jefe de la Iglesia
»una posicion verdaderamente independiente.—La organiza-
»cion misma de los Estados Pontificios, que han respetado
»tantos siglos, ha sido una prueba irrefragable de esta ver-
»dad; pero los pueblos católicos se constituyeron siempre co-
»mo garantes de la soberanía temporal del Papa, para que
»en la suprema autoridad espiritual que ejerce sobre todos
»los pueblos católicos no se pudiera ni áun sospechar la in-
»fluencia de poderes extraños.—Esta situacion, nacida de la
»naturaleza misma de las relaciones que median entre el Vi-
»cario de Jesucristo y los pueblos católicos, y que ha sido
»acatada hasta por Gobiernos de distintas creencias, es de un
»interés tan vital para toda la cristiandad, que no puede que-
»dar á merced de una parte tan pequeña del mundo católico,
»como son los Estados Pontificios.—La España no preten-
»de mezclarse en la política interior de aquellos Estados, pe-
»ro juzga que ni ella, ni los demás pueblos católicos, deben
»consentir que la libertad del jefe de la Iglesia universal, y
»el decoro debido á su sagrada persona, queden á discrecion

»de la ciudad de Roma, y que mientras todas las naciones
»católicas se apresuran á ofrecer al Papa el homenaje de su
»profunda veneracion y respeto, una sola ciudad de Italia
»se atreva á ultrajar su dignidad, reduciendo al Pontífice á
»un estado tal de dependencia, que pudiera un dia terminar
»por el abuso de su misma autoridad religiosa.—Estas con-
»sideraciones pesan tanto en el ánimo del Gobierno de Su
»Magestad, que le han decidido á invitar á las demás nacio-
»nes católicas á ponerse de acuerdo sobre el modo de evitar
»los males que necesariamente se han de seguir, si las cosas
»continuaran en el lamentable estado en que hoy se encuen-
»tran.—El interés que mueve á España en este negocio no
»es exclusivamente español, sino de todas las naciones cató-
»licas, en las cuales el estado incierto y precario del Padre
»Santo no puede ménos de introducir la perturbacion en las
»conciencias y el desórden consiguiente en los pueblos: por
»tanto, si estas potencias se encontraran animadas de los
»mismos sentimientos, como es de esperar, seria de suma
»importancia que todas obrasen de acuerdo, y que se hiciera
»patente al mundo que el objeto de estas conferencias era
»puramente religioso.—Para que tan laudables fines puedan
»llegar á verificarse, ha dispuesto el Gobierno de S. M. diri-
»girse á los de Francia, Austria, Portugal, Baviera, Cerdeña,
»Toscana y Nápoles, por medio de sus representantes en las
»córtes respectivas, invitándoles á que nombren sus plenipo-
»tenciarios y designen al mismo tiempo el punto que juzguen
»más conveniente para la reunion.—Con el objeto de evitar
»las dilaciones que pudieran ocurrir con motivo de la desig-
»nacion del lugar de las conferencias, el Gobierno de S. M. se
»anticipa á indicar esta córte ó cualquiera de las ciudades
»españolas del litoral del Mediterráneo, tanto por lo propor-
»cionado y cómodo de su posicion, como por la tranquilidad
»de que se disfruta en la Península, y porque tratándose de un
»negocio puramente católico, la España no debe parecer lu-
»gar poco á propósito para estas conferencias. Esto, que debe
»sólo considerarse como una mera indicacion, no quiere de-
»cir que el Gobierno español no esté dispuesto á enviar su
»plenipotenciario á cualquier otro punto que las potencias

»interesadas juzgasen oportuno designar. Por tanto, encargo
 »á V. E., de orden de la Reina, nuestra señora, de la misma
 »manera que lo hago á los demás representantes de S. M.
 »en las córtes indicadas, que acercándose á ese Gobierno,
 »procure inclinarle á adoptar la medida que se propone en
 »este despacho, del que podrá V. E. dejar copia á ese señor
 »ministro de Negocios Extranjeros, asegurándole, en nombre
 »de S. M., que el pensamiento puramente religioso que ha
 »impulsado á la España á dar este paso, no sólo no envuel-
 »ve ninguna idea de intervencion en la política interior de
 »los Estados Pontificios, sino que la conferencia diplomática
 »que se desea celebrar, deberá ocuparse, única y exclusiva-
 »mente, de asegurar la libertad é independencia del Papa,
 »sin involucrar esta cuestion tan grave y trascendental con
 »otras de órden muy diferente, ni hacerla depender de las
 »que actualmente se agitan, lo mismo en la Italia meridio-
 »nal que en la septentrional.—Dios, etc. (firmado) *Pedro*
José Pidal.»

Cómo fué recibida la proposicion de España acerca de la celebracion de este Congreso diplomático, á qué intrigas dió lugar de parte de Francia, de qué instrumentos se sirvió el Gobierno de este país para desarrollarlas y qué resultado tuvieron al cabo, ántes de la apelacion á la intervencion armada, asunto es de curioso y detenido estudio, y que conviene tratar en capítulo aparte.

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA,

Marqués de Mendigorria.





UNA ESCUELA PRÁCTICA DE MINERÍA (1)

BARRUELO DE SANTULLAN.

IV.

LA POBLACION DE BARRUELO.—LOS CUARTELES.—LOS MINEROS.—LOS SERVICIOS.—LAS FIESTAS.



QUELLA olvidada y pobre aldea escondida en la montaña, con su pequeña iglesia de Santo Tomás y sus seis ú ocho casas rústicas, ha llegado á ser hoy uno de los pueblos más importantes de la comarca montañesa,* desarrollándose amparada por la colosal industria minera, á que ha dado nombre. Su crecimiento ha sido fabuloso y la trasformacion sorprendente, pues parece como que, al golpe de los picos en el carbon, ha surgido de la tierra, por maravilloso arte, una poblacion montada á la moderna, como esas que en pocos meses se forman en el Gran Oeste norte-americano, evocadas tambien por el valiente espíritu creador de los mineros. De seis viviendas que tenia hace pocos años, cuenta hoy con seiscientas; de cuarenta habitantes, con cuatro mil.

(1) Véase la pág. 176 de este tomo.

La población fundada á la márgen derecha del Rubagon tiene tambien en este espacio su principal desarrollo. Sin terreno llano apenas para asentarse, ha sido necesario robar á la ladera del monte, palmo á palmo, el área en que las nuevas construcciones se han elevado. Mira en sus fachadas generales al Poniente, está abrigada de los vientos del Norte y tiene su única salida despejada hácia el Mediodía, siguiendo el curso del rio. Su altura sobre el nivel del mar es de 1.013 metros; es decir, está casi á la misma que Verbios, San Cebrian de Mudá y Villanueva de Bañes; 200 metros más bajo que Salcedillo, 187 más que Brañosera, 192 más que Valle; 25 más alto que Cervera, 137 más que Aguilar de Campóo, 183 más que Reinosa y 285 más que Palencia.

Además de las fábricas y centros industriales que se han descrito, contruidos de hermosa piedra sillar de Barruelo y Quintanilla y de ladrillo, obras ejecutadas tambien en su mayor parte por los hermanos contratistas Sres. Zulaica y Menterola, la población ofrece muy curiosos edificios que visitar. Figura en primer término la direccion ó casa del ingeniero jefe de Barruelo, situada entre el secadero, los almacenes y las fraguas inmediatas al pozo Bárbara, delante de una pequeña plazuela. Está cercada de huerta-jardin y rodeada al Norte por las dependencias de las oficinas, telégrafo y cuartel de empleados, y forma un pequeño edificio aislado, con galería-invernadero, cuajado de delicadas plantas al Poniente, galería de abrigo al Mediodía y entrada al Oriente. En la planta baja se ven: el comedor, antesala y las cocinas, y en el superior, que tiene galería descubierta sobre las anteriores, están los dormitorios, salas y servicios: todo ello reducido, pero sumamente cómodo, elegante y confortable. La pared unida al desmonte está cubierta de enredaderas y no faltan en el jardin, el sencillo cenador, los parterres festoneados de flores y el algibe con aves acuáticas. Inmediato á la direccion, y pasada la carpintería, se extiende el cuartel de Santo Tomás, formado por un extenso edificio de dos pisos, de blanca fachada y roja galería, como todos ellos, con multitud de viviendas. En el ángulo de la misma plazuela, al lado de los almacenes, están las oficinas del servicio *exte-*

rior. Un piso más arriba de la ladera, al que hay que ascender por fuertes rampas, se alzan los extensos cuarteles nuevo y viejo de San Luis, cuyas viviendas ocupan en ambos pisos y en orden sucesivo, el jefe del interior, el del exterior, el de máquinas, el de contabilidad, el farmacéutico con su despacho, el médico, el cura y el practicante; en las demás viviendas tienen sus habitaciones los mineros de diversas categorías. Frente á este cuartel, en el plano inmediato inferior, está el que ocupa el economato ó almacén de víveres, que se venden á los mineros al precio de los mercados de procedencia y que cada mes despacha géneros por valor de 125.000 rs. En el piso superior del economato está la casa-cuartel de la Guardia civil. Cada vivienda independiente consta, como se ha dicho ya respecto á las de Valle, de cuatro piezas: cocina, sala y dos cuartos dormitorios. Más arriba de este cuartel, y sobre el camino de Orbó y Quintanilla, aún se alzan algunas buenas casas y tiendas, entre ellas la de la viuda del antiguo contratista y alcalde D. Alonso Noval. Antes de subir á la esplanada del Consistorio están las escuelas de instrucción primaria de la compañía, además de las cuales sostiene el pueblo otras de ambos sexos. Es una visita interesante la de la escuela; allí se ven los niños de los mineros, que en número de más de ochenta asisten á recibir, casi gratuitamente, los incomparables beneficios de la enseñanza; allí se les contempla en filas, con sus rubias cabezitas y sus blusas azules, con su cariñosa mirada y su ademán respetuoso, formando contraste con el color de los edificios, de la gente y del suelo del pueblo, que son negros más ó menos intensos por necesidad; allí, en fin, mientras sus padres trabajan en las profundidades de la tierra para satisfacer las sagradas necesidades del presente, aprenden ellos los elementos de la enseñanza elemental y superior que constituye la risueña esperanza del porvenir. Un profesor muy celoso y entusiasta, servidor ya antiguo de la compañía, don José Sierra, trabaja con ellos con el mismo ardor que un minero en la galería, animado por la constancia de la recompensa y por la satisfacción de haber educado ya muy distinguidos jóvenes. En otro departamento separado está la escue-

la de las niñas, muy concurrida y bien dispuesta también.

La casa consistorial, de severa y elegante construcción, domina desde una meseta toda la extensión del pueblo. Tiene delante una plazuela que ha de adornarse en breve, con una fuente, corridos asientos y algunos árboles. El edificio es de dos cuerpos, y constituyen el primero un hermoso portal con tres arcos, y las entradas de la cárcel municipal á la derecha y la de la habitación del portero á la izquierda, y el segundo un amplio salón de actos públicos con tres balcones y pinturas en la paredes y en el techo, y dos excelentes despachos laterales. En el plano inferior al consistorio hay una manzana de casas, entre ellas las dos notables y muy concurridas de la señora viuda de Zubizarreta, y á la izquierda de la plazuela otras varias particulares con establecimientos de bebidas y pequeñas industrias.

Detrás están situados el hospital, su cuartel y el cuartel de Santa Bárbara, y entre el espacio que queda en la cuesta, entre el sendero de Orbó, el camino del monte y el sendero de Valberzoso, hay algunas viviendas de poca importancia. Desde el paso del consistorio se baja hácia la hondonada, donde estaba el primitivo Barruelo, del que aún se conservan varias casas, muy distintas por su aspecto de las modernas, y la pequeña iglesia románica del siglo XII, que tiene dos ventanas características en su cuadrado y reducido ábside, decorado con rudas figuras esculpidas en sus canecillos, que conserva su bóveda de gruesos aristones prismáticos en el altar y algunas columnas con capiteles historiados de rústica labor. El altar mayor es del pésimo gusto del XVII, y sus imágenes pobres y raquíticas. Las crecientes necesidades del pueblo han hecho que este templo adquiriera mayor extensión, habiéndosele ampliado con una nave lisa lateral y con varios altares. En el mayor está la imagen del patrono del pueblo, y en uno nuevo se venera la patrona de los mineros, Santa Bárbara. Más allá de la iglesia, y sobre el tranvía de la mina Antoniana, se eleva la magnífica casa y establecimiento comercial del animoso y antiguo contratista minero vascongado D. José de Ayestarán, una de las personas de más estimación y crédito de esta comarca. Allí puede decirse que

termina el pueblo por el Norte, y volviendo hácia el punto de partida, se encuentra á la derecha del tranvía la nueva y hermosa casa y confitería del laborioso y reputado contratista de obras, D. Joaquin de Manterola, euskalduna tambien, que como se ha indicado, ha construido en compañía del señor Zulaica de Alar, las mejores y más importantes instalaciones con que se envanece la industrial Barruelo. Son tambien notables en el pueblo las casas de los Sres. Moragas, Fueyo, Vallin y Muñiz.

Los mineros afanosos, económicos y previsores, utilizan las horas que les sobran del trabajo para ir construyendo viviendas particulares, con los materiales que les adelanta la compañía, y así se han formado y prosperan desarrollándose: el barrio de Triana, al otro lado del Rubagon, debajo del tranvía; y el del Perchel, sobre el camino de Orbó, á la entrada del pueblo. Tambien hay algunas viviendas al principio del camino del Valle y en distintos pueblos de las laderas.

El aspecto ordinario de la poblacion es naturalmente monótono y triste, porque como cada cual está dedicado á su trabajo, y como no hay desocupados ni curiosos, sólo se ven en la parte baja obreros que trabajan sin cesar, y en la parte alta alguno que otro transeunte que va á sus ocupaciones. Delante de los lavaderos los operarios empujan los wagones llenos ó vacíos, trayéndolos de las casetas de las básculas, ó conduciéndolos al secadero y á las fábricas; en el muelle otros arreglan y cargan los trenes; otros avanzan por las escombreras para verter los esquistos, y otros apilan maderas y apeas en diversos puntos. De multitud de chimeneas se escapan blancas nubes de vapor y espesas columnas de humo; lanza el cilindro del lavadero su intermitente y colosal resoplido; óyese el ritmo incesante de los árboles férreos que giran, de los ejes de los volantes que rozan, de las bielas que avanzan y retroceden, de los engranajes que se combinan y de los moldes que golpean; suena á lo alto la trompeta del plano inclinado, repítese despues el resbalar de los wagones y vibra en el muelle el agudo silbato del tren que va á partir. De noche este cuadro, con los mismos ruidos, se hace más

interesante, porque destacan en el fondo oscuro de la sierra al pie de las múltiples lucecitas del pueblo, los altos braseros, fogatas con que se alumbra el trayecto de las fábricas y lavaderos, el resplandor de las fraguas, los candiles de los mineros, el encendido penacho que á veces fulgura en algunas chimeneas, los faroles de la vía, las encendidas bocas del horno Appolt y las sinuosas líneas de la espontánea combustion, que forman las piritas al descomponerse sobre las negras escombreras.

El trabajo no cesa en Barruelo ni de día ni de noche, ni en los días comunes, ni en los festivos. Sólo hay dos ó tres fechas notables en el año en que hace alto la labor. Los mineros están doce horas debajo de la tierra y tienen otras doce de descanso. A las seis de la mañana, por ejemplo, las cuadrillas, los capataces y los vigilantes entran en las minas y llevan sus almuerzos ó refrigerios, que han de tomar en el interior, durante el tiempo del descanso medio. Cada seccion de una capa tiene su contratista explotador y éste un número determinado de operarios de todas labores, que se suceden como queda dicho, y que procurando sacar al tiempo diario la mayor cantidad de trabajo posible, llegan á ganar: 20 reales los piqueros ó arrancadores, 16 los wagoneros y 9 los ramperos ó arrastradores. Los operarios del servicio exterior ganan de 7 á 8 reales y las mujeres 4 ó 5; los obreros achacosos para las ocupaciones duras, y los inutilizados se emplean en otras más sencillas, siempre que hayan observado buena conducta. Los mineros son en general asturianos, leoneses y montañeses y tambien hay cuadrillas de vascos, que se ocupan en la apertura de las galerías transversales y otros trabajos de fuerza y maestría, y que llegan á ganar 24 reales. La compañía tiene numerosos vigilantes que recorren las galerías, que se enteran del avance y modo de hacer los trabajos y que dan cuenta diaria de su servicio al jefe inmediato. Alternan en su servicio las cuadrillas, trabajando, unas de día en una semana y de noche en la siguiente, para lo que, los que hacen las labores durante el día del sábado trabajan toda la noche del mismo día tambien, y así los que habian de entrar en la mañana del domingo no

lo hacen hasta la noche del mismo; de este modo todos disfrutan por períodos iguales de las deseadas horas de la noche para descansar y de las restauradoras del día para distraerse. La condición del minero es cada vez ménos penosa, puesto que las exigencias de nuestros tiempos, los recursos de las grandes compañías y los adelantos de la ciencia y de la industria les ponen en posesión de muchas reformas y mejoras de que ántes carecían. Por espacio de cinco siglos, desde el XIII al XVIII, los mineros ingleses vivieron, en realidad, como verdaderos esclavos. Hoy, á pesar de lo penoso de sus labores, tienen á su disposición, en lo que se refiere á utilizar el producto de su trabajo, cuantos elementos de auxilio, educación y progreso existen én las ciudades y en las casas de los artesanos de las comarcas más adelantadas. En Barruelo hay constituida desde 1854, en que dirigia estas minas el inteligente ingeniero Sr. Gracia Cantalapedra, una *Caja de Socorros* cuyos estatutos se reformaron y completaron en 1871. Segun ellos, y sólo por el pago del 3 por 100 de las cantidades, que por mano de obra perciben los contratistas y mineros trabajando, y por el uno y medio sobre todos los haberes de los empleados, tienen derecho, unos y otros: á la asistencia facultativa y á los medicamentos necesarios en las enfermedades que no sean resultado de riñas y *malas costumbres*; á una indemnización pecuniaria durante el tiempo que estén imposibilitados para trabajar, entregada en géneros ó subsistencias tomadas de la tienda de la Sociedad, siempre que el enfermo no haya de salir á baños ó á algun otro pueblo; á que se socorra á las viudas, huérfanos é inutilizados por el servicio de las minas; á la asistencia en el hospital; á la educación de sus hijos en las escuelas y al pago de los entierros. En el consejo de administración de Caja intervienen directamente los contratistas y obreros, y son sócios, como se ha indicado, todos los empleados, contratistas y trabajadores de las minas y fábricas, sin excepción alguna.

Además de los fondos referidos y de algunos otros eventuales, la Compañía del Norte contribuye pagando los facultativos, sacerdotes, maestros y otros gastos. De este modo, por los imponderables beneficios de la asociación, con

una administracion sencilla, pública y severa, por muy poco dinero, los trabajadores encuentran cubiertas gran parte de las más graves atenciones de la vida, y tienen que sentirse estimulados naturalmente á las diarias faenas, á la paz y á la práctica de las buenas costumbres. Ellos pagan de su cuenta el alquiler de las viviendas, que varía de 20 á 30 reales mensuales.

Rudos y fuertes en sus labores son dados al buen humor y á la expansion en sus dias y horas de sosiego. En los domingos, por ejemplo, los que han trabajado toda la noche anterior y han reposado por la mañana, bailan en el gran corro, que al son de la pandera se formá en la plazuela de la Hojalatería ó de Fueyo. Además de las muchachas del pueblo hay bastantes montañesas al servicio de las casas regulares, con las cuales suelen casarse en general los mineros jóvenes. La Compañía paga el sostenimiento de una banda musical, que dirige un sosegado maestro veterano, y hay tambien otra orquesta de instrumentos de cuerda. Como se reunen tantos asturianos, no es extraño oír aquellas monótonas cantinelas de la tierra, en las calles de Barruelo, ni los característicos ujujús, que lanzan en recuerdo de su país. No deja de ser, pues, animado el aspecto del pueblo en los dias de fiesta. Dícense en ellos dos misas, por el mismo cura: una á las siete y otra á las nueve, y bajan á oírlas desde las minas altas numerosos grupos de familias. Tambien muchos niños de Elechar y Mercedes suelen acudir diariamente á la escuela, recorriendo para ello algunos kilómetros de bajada y subida, por aquellas breñas, que son para las resistentes criaturas de los mineros, caminos tan fáciles, tan conocidos y tan llenos de distracciones, como las calles de las ciudades para otros. En Valle hay un empleado y una jóven que instruyen respectivamente á los niños de aquel apartado cuartel, realizando una obra de caridad, digna de todo encomio.

Durante el buen tiempo, la gente acomodada y la jóven obrera, pasean, ó á lo largo de la vía férrea, ó por el tranvía de la mina Antoniana, hasta los retirados y hermosos prados de la Pedrosa.

Pero cuando este importante centro minero presenta un aspecto en nada semejante al de su vida ordinaria, cuando ofrece un cuadro original, curioso é inolvidable, es en el famoso día de la *fiesta de Santa Bárbara*, el 4 de Diciembre. Desde la víspera aparecen decorados los edificios industriales, la dirección, el consistorio y las bocas minas con verde ramaje, banderas, gallardetes, símbolos é inscripciones. Al anochecer se suspenden los trabajos; la banda musical y una de las gaitas más afamadas de la tierra de Campos, atruenan el aire con sus armonías; la animación y la alegría cunden por todas las viviendas, y la juventud en masa se reúne en la plazuela de la Dirección, á bailar y bailar horas seguidas, mientras los cohetes estallan en el espacio, y mientras los convidados contemplan el bullicioso cuadro desde el palco improvisado, que se alza y adorna al efecto sobre la pared de los almacenes. El señor ingeniero director ha convidado á las autoridades, á algunos amigos especiales de Palencia, al juez y curia de Cervera, capital del distrito, y á las personas distinguidas de la comarca montañesa. Al amanecer del día de la fiesta, tocan la alborada las músicas y suena el estampido de las bombas y voladores. En cambio las chimeneas de vapor se han callado y los trenes no ruedan por los tranvías. A las nueve se celebra la solemne función en la reducida iglesia, que hasta fuera de las puertas se llena de asistentes. Como han acudido todos los curas de la comarca, la misa es de primera clase y pasan de una docena los sacerdotes que se ven en el presbiterio. Un predicador, que siempre se escoge, por el cura párroco, de entre los más afamados de la montaña, hace el obligado panegírico de la vírgen y mártir Bárbara, idolatrada patrona de mineros, artilleros y demás consumidores de pólvora. El templo ofrece un especial aspecto. Debajo de la bóveda semi-ogival, y al lado de las románicas ventanas y capiteles que atestiguan el fervor artístico y religioso del mundo del siglo XII, pende una araña elegante, formada por varias lámparas mineras de Davy, que pregonan las conquistas, los progresos y el espíritu científico y poderoso de nuestro tiempo; contraste elocuentísimo, cuyas deducciones ocupan

sin querer la mente del observador, que yo hice allí también sin poderlo remediar, y cuyo bosquejo, en forma de ligeros apuntes, publicaré en otra ocasión.

Termina la misa, paséase en concurrida procesion por todo el pueblo la imágen de la santa, entre los acordes de la música, el ruido de los cohetes y los saludos del público. Van delante del cortejo los representantes de los distintos gremios de mineros y operarios con una docena de grandes banderas, en cuyas puntas se vé el símbolo de los trabajos: el wagon, los picos y barrenos, la escuadra, la sierra y el martillo, las cribas del lavadero, el horno y la chimenea y demás atributos, recortados y pintados en chapa de hierro. Detrás de la imágen y del clero marchan el ingeniero director, las autoridades y los convidados, todos con achas de cera encendidas, y cierran la procesion multitud de devotas. A las once la compañía obsequia á los contratistas, vigilantes y capataces con vinos, pastas y cigarros en el anchuroso local de carpintería. El señor director reúne despues en su mesa para el almuerzo al clero y á los convidados, que por regla general son en número de veinte á treinta, quienes, pocos momentos ántes, han tirado algunos centenares de cigarros puros al pueblo, desde el palco de la plazuela, como regalo de la direccion. Entretenidos espectáculos y músicas distraen á los mineros durante la tarde y las primeras horas de la noche, y celébranse en ésta dos animados bailes, uno en la carpintería y otro en los salones del consistorio, acudiendo al último las elegantes damas del pueblo y multitud de convidados de Cervera, Aguilar y otros puntos. Por ser costumbre secular en todas partes, no hay fiesta importante que no tenga como complemento su *segundo dia*, llamado en Barruelo de *Santa Barbarina*, en el cuál se repiten con tanta alegría y bullicio como en el primero, los convites y los bailes. La direccion se esmera en obsequiar á sus numerosos visitantes, manteniendo en constante actividad á los cocineros; asimismo, el vecindario entero, hospitalario y desinteresado como buen pueblo de la montaña, abrumba á los forasteros con sus atenciones, sus obsequios y sus sinceras muestras de placentero cariño. La animacion es grande durante los

dos días y el espectáculo que ofrece el baile de la plazuela de la dirección, es sobre todo inolvidable. Centenares de obreros jóvenes con sus boinas encarnadas, sus limpios y sencillos trajes, rebosando alegría como reflejo de la salud de su cuerpo y de su espíritu, bailan en el acostumbrado corro castellano al frente de otras tantas barruelanas y montañesas que con sus pañuelos de colores, sus animados movimientos y su alegría completan el agradable, revuelto é indescriptible cuadro, en el que lo mismo se agitan las parejas al compás de sus duras é insufribles melodías campesinas, que brotan de la gaita chillona, del espantoso redoblante y del bombo mecánico, que al de la metálica armonía de la banda de obreros, así toque una danza sosegada, ó un wals vertiginoso ó ejecute un tercetto de *Ernani* ó el quinteto en *sol menor* de Mozart. Y á pesar de haber en las fiestas más de mil obreros, aunque se anima tanta gente joven y de tan distintas procedencias, aunque se rinde cumplido culto al delicioso zumo de las orillas del Duero, aunque bullen tantos amores en el concurso, ¡dato elocuente que pregona la bondad y honradez de los mineros! no se cuentan un sólo desorden que corregir, ni un disgusto que lamentar. Las puertas de la cárcel están abiertas en Barruelo, porque no hay ningún desgraciado dentro de ella.

V.

CONCLUSION.

Los progresos descritos, que se refieren tanto á la explotación como á la fabricación y al pueblo, son proporcionales á los grandes productos que, aumentando de año en año, han venido á cambiar, en muy pocos por cierto, la vida é importancia que ofrecía este renombrado centro minero. Desde 1875 por ejemplo, desde que la compañía de los ferrocarriles del Norte necesitó tener surtidas sus grandes líneas, sus 1.800 kilómetros de recorrido, y se movieron por su cuenta los trenes de Madrid á Irun, de Bilbao á Castejon, de

Palencia á Santander, de Alsásua, Pamplona, Zaragoza y Barcelona, alimentándose con los carbones de Barruelo de Santullan, la produccion creció de un modo enorme desde 70.000 toneladas anuales á 140.000. Con 30 millones de reales empleados en poderosas máquinas y con el mismo personal que ántes, se han duplicado pues los productos, en términos que sólo estas minas rinden hoy mucho más que todas las de otras comarcas reunidas. Para que se comprenda el capital que se emplea en la obtencion de la hulla bruta, puesta en las fábricas de Barruelo, fíjese el lector en estos datos:

POR TONELADA.	<i>Reales Cents.</i>
Gastos de extraccion (mano de obra, entivacion, conservacion, labores preparatorias, trasportes y arastres)	28,50
Gastos generales (administracion, alquileres, seguros, contribuciones, etc.)	4,10
Cánon que se paga por las minas de la antigua propiedad de los Sres. Collantes	7,50
TOTAL	40,10

Hay que advertir que el precio anterior comprende todos los gastos originados para el transporte del carbon, de las maderas y otros materiales sobre una superficie de 1.607 hectáreas. El precio medio en la boca mina sale generalmente á 27 rs. tonelada. Gástanse por consiguiente al año en la explotacion más de 5 millones y medio de reales, que en su mayor parte quedan en el país.

Esta época de extraordinario progreso, en que la compañía ha sabido emplear tan grandes elementos para realizarlo, está simbolizada en la inteligente y severa jefatura del señor ingeniero de minas director Mr. Felix Parent. A sus grandes cualidades de inteligencia y de carácter debe Barruelo su prosperidad material y social. Con sus concretas explicaciones y con sus especiales datos he podido redactar gran parte

de este rápido bosquejo, la estadística sobre todo. Secúndale dignamente en sus difíciles trabajos un personal tan digno como incansable, y entre él merecen consignarse los nombres de D. Rafael Rubiera, jefe del servicio interior, Mr. Jorge Durand, jefe del exterior, D. Ramon Alonso, jefe de máquinas, y D. Eduardo Amorós, jefe de contabilidad. Las minas la compañía tienen en Palencia un celoso y entendido representante en el Sr. D. Simon de la Cruz.

Bajo tan estimada y respetable dirección, ha llegado Barruelo á los halagüenos días de su no terminada prosperidad, de su creciente desarrollo y fortuna. Anúnciase ya, que van á construirse nuevos cuarteles, un espacioso hospital y grandes obras interiores. De desear seria tambien, que el municipio invirtiera sus ahorros ó su crédito en mejorar el estado de las calles, empedrándolas, en establecer un pequeño gasómetro para el alumbrado de ellas, y en construir un pequeño almacén ó depósito de mercancías á un lado del muelle; adelantos todos facilísimos, dadas las condiciones de la localidad y de indiscutible urgencia, vista la importancia que va adquiriendo la poblacion.

Es Barruelo un espejo en el que pueden mirarse todos los hombres importantes de nuestra montaña, todos cuantos amen á la provincia, para identificarse en el pensamiento de ayudar con decision á cuantas empresas, nacionales ó extranjeras, vengan con elementos capaces de fomentar la produccion de este suelo. Probablemente, la misma compañía del Norte instalará, ántes de poco, minas, fábricas y vías semejantes á las de Barruelo, á corta distancia de Guardo, á la vertiente leonesa, en la cuenca del Cea, en Valderrueda, dando tambien extraordinaria vida á esta parte de la comarca montañesa. ¿Quién ha dicho que en breve no entrarán en activa explotacion tambien los criaderos, no sólo de carbon, sino de cobre y de otros metales, extendidos entre uno y otro punto de la cordillera? De esperar es, en efecto, que los milagros industriales de la minería no se detengan en la cuenca del Rubagon, y que, á ejemplo de lo que ha sucedido en otras regiones del extranjero, les esté reservado el papel de iniciadores de una vasta trasformacion en la manera de ser del

país. La aldea de Saint-Etienne, en el departamento francés del Loire, era ántes un pueblo de pobres obreros, que á principios de este siglo, merced á su industria, llegó á tener 20.000 habitantes, y que hoy, por sus grandes minas de hulla, cuenta con más de 100.000, además de ser ya la capital de la comarca; el valle triste y despoblado del Creuzot no tenía hace un siglo más que una pobre casa agrícola, llamada la Charbonniere, y hoy sustenta una poblacion de 30.000 habitantes y las fábricas industriales más afamadas de la vecina república; el pobre departamento del Gar, y la modesta ciudad de Alais, que ántes no sonaban en el mundo, se ven hoy ricos y populosos, prósperos y grandes por sus minas, y en fin, multitud de poblaciones asentadas en estas regiones, que tienen ahora nombre é importancia, no existian siquiera hace algunos años. Mayores aún que estas maravillas, y que las de Bélgica é Inglaterra, son las que ha presenciado y presencia la América del Norte. En los colosales yacimientos de carbon antracita del Estado de Pensilvania, por ejemplo, que sólo en 1872 produjeron 30 millones de toneladas de combustible, en aquellas afamadas cuencas carboníferas que riegan el Schuylkill, el Lchigh y el Lackawanna, los mineros han fundado las populosas ciudades de Bottsville, Tamacua, Danville, Allentown, Scraton, Wilkesbarre, mansiones todas de obreros, fundidores, forjadores y maquinistas, y á su impulso se han fundado tambien Williamsport, con sus inmensas sierras de maderaje, y Harrisburg, que es la segunda poblacion del Estado en la fabricacion del acero. En la cuenca del rio Alleghany, cuyas minas de hulla crasa dieron en dicho año 10 millones de toneladas, se alza la incomparable metrópoli industrial de Pittsburg con 200.000 habitantes, cuya ciudad era hace un siglo una pobre barraca ó fuerte militar fronterizo. Sus yacimientos carboníferos presentan una extension de 875 millas, cubren un área mayor que la España y Portugal reunidas, y están basados como los yacimientos ingleses, en esa especie de piedra de molino granuda (*millstone grit*), llamada entre los viejos mineros británicos: *Farewell rock* ó «peña del Adios,» en recuerdo de que, cuando se penetra hasta ella, ya no hay esperanza alguna de volver á en-

contrar carbon. ¿Qué riquezas y qué progresos significan en la historia de nuestro siglo estas explotaciones? No hay frases con qué describirlas ni ponderarlas.

Pues bien; nuestra patria, aunque en más modesta escala, tiene muchos tesoros subterráneos de ese género, que aún están intactos. Contentémonos con desear para la provincia de Palencia, en cuanto á este breve estudio se refiere, la extension del laboreo y de la poderosa trasformacion que Barruelo ofrece. Sea una escuela práctica que anime á cada cual á pensar en estos benéficos progresos de la riqueza pública, segun la medida de sus fuerzas, á los que puedan poco, uniéndose para sostener la propaganda del espíritu de las explotaciones mineras, y á los que pueden mucho, buscando quien se asocie á ellos, para que lleguen á constituirse ricas empresas que saquen de la tierra carbones y metales, cada dia más solicitados. La minería, la ganadería y la repoblacion de los montes han de regenerar la vida de la montaña, han de resucitar á sus pueblos y han de asegurar su porvenir, así como el desarrollo de la viticultura, la mejora de la vini-cultura y el prudente cultivo de los cereales pueden y deben regenerar la parte llana y baja del país. Que en una y otra region ofrece el suelo excepcionales condiciones para estos trabajos, es indudable; á los hombres amantes de la tierra en que viven, estudiosos y de firme voluntad, corresponde, pues, el insistir en tan dignos propósitos, el animar á los débiles, á los positivistas é indiferentes y el procurar, por todos los caminos, aun dadas las especiales circunstancias del pasado y del presente, que nuestras riquezas naturales se empiecen á utilizar con decision lo más pronto que sea posible.

RICARDO BECERRO DE BENGEOA.





LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

DE LA

MECÁNICA QUÍMICA. (I)

V.

PRIMEROS PRINCIPIOS.

ASA tendencia general del método experimental en las ciencias naturales y biológicas, que lleva á referirlas todas á un sólo principio, estableciendo comunidad de medida para todos sus fenómenos, se refleja perfectamente en las determinaciones numéricas de la Termoquímica.

Sus principios y sus métodos, que en nuestro anterior artículo hemos expuesto, van á ocuparnos todavía un breve espacio, porque es necesario ponerlos muy en claro y entender bien cómo de ellos han de derivarse los primeros principios de la Mecánica química.

(1) Véase la pág. 273 del tomo XXIX.

La primordial noción modificada por las relaciones establecidas entre la afinidad y el calor, ha sido aquel concepto más fundamental de la Química que se refería á la determinación y medida de la fuerza de combinación; ya sabemos cómo en este punto se ha rectificado, mejor diremos, se ha establecido, el concepto puramente mecánico de la afinidad. Aquella fuerza sustantiva, de naturaleza eléctrica, según Berzelius, ha venido á ser resultante de carácter puramente mecánico. Suponed un sistema de fuerzas cuyo objeto es mantener el equilibrio de un cuerpo cualquiera; evidentemente estas fuerzas tendrán una resultante que á ellas equivalga; si esta resultante se modifica por cualquier medio, es necesario que las componentes se hayan modificado también y que el equilibrio, si no ha de cambiar más que en un momento, se acuse, después de este momento, por cambio de estado. La afinidad no es otra cosa. Imaginad los elementos de un cuerpo cualquiera, del fósforo, por ejemplo; la resultante de las fuerzas que los unen es la afinidad, si estas fuerzas se modifican por cualquier causa, la resultante también debe modificarse, y de esta modificación sobreviene el cambio de estado, que hemos llamado combinación; muchas veces, como en los cuerpos alotrópicos é isoméricos, la masa no experimenta modificación esencial, permanece la misma en cantidad; pero sus propiedades, aquello que en los cuerpos se refiere á la energía, necesariamente cambia, porque es siempre el resultado que, por decirlo así, se vé, de la pérdida ó absorción de fuerza viva que ha causado el cambio de estado.

Queda reducida la combinación, al considerar la afinidad de esta manera, sólo á cambio de estado, á fenómeno puramente mecánico, causado por ese desprendimiento ó absorción de fuerza viva de que tantas veces hemos hablado. Se comprende muy bien cómo después de esta noción es posible establecer una medida de las energías químicas, siguiendo procedimiento análogo al empleado para medir las energías mecánicas. Es hoy indudable, después de establecidos los principios de la Termodinámica, que toda fuerza tiene por medida el trabajo que produce, y que este trabajo

puede transformarse íntegro en otro equivalente. Si por esfuerzo muscular se levanta una masa desde el suelo á cierta altura, la energía empleada en esta operación ha dado á la masa la propiedad de caer; cae, pues, si la dejamos, y en su caída restituye parte de la energía empleada en levantarla, y el resto de esta energía lo encontramos convertido en otro trabajo, en la elevación de temperatura de la masa; un móvil que se detiene repentinamente, el proyectil que choca con un blanco, un líquido que sufre presión, no pierden ni el movimiento que tenían, ni aniquilan la presión que soportan, transforman en calor estas fuerzas. Ahora bien; si pues toda energía que en apariencia cesa de obrar, si pues toda presión que se ejerce sobre una masa cualquiera se convierten en calor, ¿no es lícito adoptar esta medida calor para todas las acciones mecánicas?

En todas las máquinas que la industria emplea, en la misma máquina humana, es apreciable la energía directamente en unidades de calor; los caballos de fuerza de una máquina de vapor, tienen su expresión en la cantidad de calor desarrollada por el carbon que la máquina consume; en toda acción mecánica, propiamente tal, la unidad dinámica *kilogrametro* es convertible directamente en la unidad térmica *caloria*. Y es muy fácil la razón de esta conversión de unidades dinámicas en unidades térmicas. En la máquina puede calcularse directamente, y muchas veces con el empleo de aparatos, el efecto dinámico de la energía empleada; descontando únicamente las pérdidas por rozamiento, la cantidad de trabajo producida por una máquina de vapor, es equivalente al calor producido por el carbon que consume. La equivalencia de trabajos es un hecho, por cierto de grandísima utilidad para la mecánica, y un dato más para establecer la unidad de las fuerzas naturales; mas esta equivalencia, que se mide directa y exactamente en las máquinas, ¿es tan fácilmente apreciable en los cambios de estado químicos?

Los trabajos químicos y sus transformaciones no pueden ser apreciados de una manera directa; bastará que nos fijemos en el mecanismo general de las reacciones, para ver demostrada esta imposibilidad. No basta, para medir un efec-

to mecánico cualquiera, tener en cuenta su conversión íntegra, por ejemplo, en calor, sino que para tener medida exacta de la fuerza que lo produce, es preciso determinar si ha sido menester un esfuerzo inicial, ó si no ha necesitado el esfuerzo preliminar; en una palabra, si ha sido ó no preciso vencer alguna resistencia por esfuerzo extraño al sistema que se considera. Y esto es precisamente, tratándose del principio del mecanismo de las reacciones, la primera dificultad que ocurre.

Consideremos, para verlo claramente, un sistema de cuerpos en contacto, y supongámoslo en equilibrio, es decir, sin acción alguna; sean estos cuerpos el cloro y el hidrógeno; una causa extraña, ó energía exterior, como es, en este caso, la acción de la luz, provoca la reacción; otras veces no es aún esta energía luz, á la que pudiera en el caso presente atribuírsele un aumento de energía, la que provoca la reacción, son cuerpos perfectamente inertes y sin acción sobre los que se combinan, como el musgo de platino, ó circunstancias especiales del estado de alguno de los cuerpos que reaccionan, como el estado naciente.

¿De qué manera hemos de averiguar la energía que ese esfuerzo inicial, que esa intervención de un cuerpo extraño ha traído á la combinación? ¿La luz ó el musgo de platino no quedan lo mismo, sin alteración de ningún género, ántes y después de la reacción que han provocado? Y si consideramos aún las reacciones que tienen lugar sin este esfuerzo extraño al sistema de cuerpos que en ellas entran, ¿cuál es el estado inicial de los cuerpos que reaccionan, de cuyo estado inicial hemos de partir? Fácil sería contestar á estas preguntas si aún las combinaciones se verificasen siempre con sólo los cuerpos que en ellas entran, si fuesen directas; mas como la síntesis química, y la diaria y común experiencia nos demuestra lo contrario, es preciso renunciar á la medida directa del estado inicial.

Sucede ciertamente circunstancia especialísima con los cuerpos estudiados bajo el punto de vista químico. Las investigaciones analíticas, por caminos más ó menos largos y penosos, nos dan siempre la composición elemental de los cuer-

pos, y así nos dice, por ejemplo, que el cianuro de mercurio se compone de cianógeno y mercurio, y sin embargo, cuando ponemos en contacto estos dos cuerpos, por más que empleemos enérgicos agentes exteriores, nunca podemos llegar á realizar su combinacion; de aquí que se diga que la síntesis química, á partir de los elementos, en muy pocos casos puede realizarse, y de aquí tambien la necesidad de apelar á medios indirectos y más largos para determinar el estado inicial de los elementos de las reacciones.

Aun aparte de las consideraciones del estado inicial, la complicacion misma del fenómeno químico ofrece dificultad inmensa para la medida de las trasformaciones de trabajos. A primera vista parece hasta fácil determinar la relacion numérica que existe entre el principio y el fin de una reaccion; pero un poco más de atencion sobre lo que es el cambio de estado químico, bien pronto hace ver la magnitud de las dificultades. Por de pronto se hace notar cierta especie de dualidad en esta trasformacion de la fuerza que actúa en la combinacion; de una parte, cuando ésta se lleva á cabo, se producen multitud de actos ó cambios de estado puramente físicos; de otra, trabajo esencialmente químico, y por tal razon se presenta esta primera cuestion que resolver: ¿los trabajos físicos y químicos, cumplidos en cualquiera reaccion, se deben á la trasformacion de un trabajo de la misma categoría, ó bien intervienen en ella energías diferentes que causan los dos órdenes de trasformaciones? Recordemos, á este propósito, lo que hemos dicho al tratar de la intervencion del calor en las reacciones; el calor que en ellas se desprende tiene por causa la destruccion y trasformacion del movimiento de los componentes en el acto de unirse; mas de este calor, se refiere á energías puramente físicas todo el desprendido en los cambios de estado físicos tambien; pero los trabajos químicos, aquellas acciones que tienden á modificar y de hecho modifican la constitucion elemental de los cuerpos, no pueden atribuirse sólo á energías puramente físicas; es necesario darles además, por fuente y origen, las trasformaciones de movimiento, los cambios de colocacion molecular, y en fin, las pérdidas de fuerza viva que acaecen cuando moléculas hete-

rogéneas se precipitan unas sobre otras, para dar lugar á la formacion de nuevos compuestos. Segun esto, hay que tener presentes absolutamente todas las modificaciones, cualesquiera que sea su género y naturaleza, que durante la combinacion tienen lugar, determinando, en cada momento de ésta, los fenómenos acaecidos, para de este modo medir y apreciar con exactitud la evolucion de la energía inicial, los cambios que sufre, los trabajos en que se convierte, y el resultado final de todas estas trasformaciones podrá ser entonces conocido, porque del valor de la suma de todos estos trabajos y de todas estas metamórfosis, se ha de deducir la clase á que pertenece la reaccion que se estudie.

Admitimos, por lo tanto, que si la medida de la equivalencia de los trabajos en las reacciones químicas no es posible directamente como en las máquinas de vapor, puede llegarse á ella en virtud de procedimientos indirectos, como hemos visto al tratar de la intervencion del calor en las combinaciones. Mas puede ocurrir una dificultad; á pesar de todos nuestros razonamientos, puede alguien preguntarse si efectivamente las reacciones químicas deben ser racionalmente atribuidas á cambios de estado, á trasformaciones de trabajos.

Muy pocas palabras debemos decir ya sobre el particular. Si la unidad dinámica del Universo ha de establecerse, si se quiere que todas las acciones debidas á las fuerzas naturales entren en la categoría de las acciones mecánicas, fuerza es admitir, dentro de esta misma categoría, á los fenómenos químicos. Se quiere, porque los hechos á ello conducen, que sólo diferencias de cantidad se establezcan entre todos los fenómenos de la Naturaleza; pues si en esta unidad han de entrar los fenómenos químicos, preciso es considerarlos como efectos de trasformacion de fuerzas. Además, la experiencia prueba y demuestra evidentemente que esto es así. En todas las reacciones hasta hoy conocidas y estudiadas, el cambio de propiedades de los cuerpos va acompañado de desprendimiento ó absorcion de fuerza viva, medible como calor; luego esto supone, segun los principios de la Termodinámica y de la equivalencia de trabajos, trasformacion de trabajo que causa tal cambio; importa muy poco que esta

transformación, á causa de la pequeñez de las masas, sea invisible y de difícil medida; basta que realmente exista para colocar á los fenómenos químicos dentro de la categoría de los cambios de estado por transformación de trabajos. Que de esta manera, lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño, se enlaza en generalísimo principio, en una ley, que es como síntesis que abraza y contiene toda la transformación de la eterna é inmutable fuerza. Nada importa que en esta transformación haya un momento en que se determine la sutil vibración que produce el color, que ese color se convierta en perfume, y que despues vaya de cambio en cambio hasta tocar el sagrado recinto del pensamiento, siempre la misma ley de equivalencia, constantemente la misma medida, serán la expresión de la sencilla unidad que preside á número tan infinito de transformaciones.

La Química ha llegado á colocarse dentro de la Mecánica. No se discuten ya las sustituciones de unos cuerpos por otros, no se trata tampoco de buscar en las propiedades de los compuestos la colocación de los elementos que los forman; el objeto de las investigaciones en la Química en la actualidad pertenece á orden más racional; establecido el método general de determinación calorimétrica de la fuerza de combinación, podemos elevarnos á los principios de orden racional que forman la verdadera ciencia, los problemas que actualmente debemos resolver no se refieren ya al hecho puro y simple, tienen objeto más alto, fin más trascendental. Satisfecha ya la ciencia de las investigaciones puramente analíticas, se remonta á más altas concepciones, demandando solución á estos dos problemas: ¿qué condiciones presiden á la formación de los cuerpos (combinación) y á su descomposición? ¿Cuáles son los principios que pueden servir de base para resolver sobre la predicción de las reacciones y sus fenómenos? El primer problema comprende la Dinámica y el segundo la Estática química. Antes de su exámen, preciso será que estudiemos con alguna detención los primeros principios que es necesario tener en cuenta ántes de plantear los dos problemas anteriores, que á su resolución sirven de base.

Es indudable que toda ciencia ántes de constituirse como tal, ántes de llegar á aquellos primeros principios que la contienen, necesita acumular y enlazar hechos observados de la Naturaleza y adquiridos por la experimentacion, que vienen á ser los materiales con que el edificio científico se forma; de aquí que podamos considerar en toda ciencia dos épocas ó períodos: el primero, que llamaremos *fenomenal*, tiene por objeto el descubrimiento y comprobacion de los hechos; y el segundo, al cual diremos *racional*, se ocupa de establecer leyes y principios generales que comprendan á todos los hechos, conteniéndolos en pura virtualidad y explicándolos con arreglo á fórmulas invariables, y además deben tener tal carácter de universalidad estas leyes y principios generales, que quepan áun dentro de ellos todos cuantos hechos descubran en adelante la observacion y la experiencia.

Este procedimiento se advierte perfectamente en la Química; su parte analítica tiende á descubrir y determinar, con escrupuloso cuidado, la composicion de los cuerpos; la síntesis viené luego, y por sus métodos especiales tiende á reunir y formar los compuestos que el análisis habia desenvuelto hasta sus más simples elementos; despues se aplican los métodos generales de la Termoquímica y llega á poseerse seguro método de medir el trabajo de la afinidad. Desde este punto comienza la parte racional de la Química, sólidamente fundada en hechos con gran precision determinados. La Mecánica Química comprende esta parte racional de la ciencia; en ella están contenidos esos primeros principios, esas leyes universales que abrazan todo el cambio de estado que llamamos afinidad, referido siempre á unidades dinámicas perfectamente establecidas, á medidas comunes á los fenómenos mecánicos y físicos, realizando de este modo, para aquello que más desligado se creia de las acciones dinámicas, el principio de la equivalencia de trabajos previsto y enunciado al constituirse la Termodinámica.

Los primeros principios de la Mecánica Química, que se derivan de los ya establecidos despues del estudio general de la Termoquímica y de sus medidas, hemos dicho que son especie de preliminar necesario para la resolucion de los

dos problemas generales que hemos apuntado; estos principios, que se denominan, el primero, *principio de los trabajos moleculares*; el segundo, *principio de la equivalencia calorífica de los trabajos químicos*, ó tambien *principio del estado inicial y del estado final*, y el tercero, *principio del trabajo máximo*, se enuncian como sigue:

PRINCIPIO DE LOS TRABAJOS MOLECULARES.

La cantidad de calor desprendida en cualquiera reaccion mide la suma de los trabajos químicos y físicos verificados en esta reaccion. Tal principio dá la medida de las afinidades químicas.

PRINCIPIO DEL EQUIVALENTE CALORÍFICO DE LOS TRABAJOS QUÍMICOS.

Si un sistema de cuerpos simples ó compuestos, tomados en condiciones determinadas, experimenta cambios físicos ó químicos capaces de llevarle á nuevo estado, sin producir ningun efecto mecánico exterior al sistema, la cantidad de calor desprendida ó absorbida por estos cambios depende únicamente del estado inicial y final del sistema y es la misma cualesquiera que sean la naturaleza y la série de los estados intermediarios. Así el calor desprendido en una trasformacion química queda constante como la suma de los pesos de los elementos.

PRINCIPIO DEL TRABAJO MÁXIMO.

Todo cambio químico, verificado sin la intervencion de energía extraña, tiende á la produccion del cuerpo ó sistema de cuerpos que desprenda más calor. Este principio permite la prevision de los fenómenos químicos. Corolario: toda reaccion, susceptible de verificarse sin el concurso de un trabajo preliminar y fuera de la intervencion de una energía extraña á la de los cuerpos presentes en el sistema, se produce necesariamente si desprende calor.

Los dos primeros principios son necesarios para el problema de la Dinámica química, el tercero es el fundamento de la Estática química; dejaremos este último para entónces, y

vamos á entrar de lleno en el exámen y demostracion de los dos primeros.

El principio de los trabajos moleculares no se demuestra *á priori*; mas no por eso ha de admitirse como un dato hipotético, en cuanto si su demostracion inmediata no es posible, está fundado precisamente sobre la concordancia que con los hechos observados presentan todas sus consecuencias. Del principio que examinamos resulta más clara todavía la nocion mecánica de la combinacion; porque así como el trabajo de una fuerza, produciendo el cambio de un sólido en líquido, equivale perfectamente á la suma de trabajos necesarios para efectuar el cambio en sentido inverso y hacer del líquido sólido, así cuando á un sistema de cuerpos que ha reaccionado y producido combinacion, quiere llevarse á su primitivo estado, la suma de los trabajos necesarios para esta operacion es equivalente á la cantidad de calor desprendida en la primera reaccion, y este calor, á su vez, mide perfectamente todo el trabajo molecular de la reaccion. De estas consideraciones, que nos han de llevar á la medida de las afinidades, resulta mayor claridad para aquellas concepciones dinámicas del fenómeno químico que se desprenden del estudio de las relaciones del calor con la afinidad; si asimilamos las combinaciones de todo género á cambios de estado, vemos ahora que como estos fenómenos son causados únicamente por gasto ó desprendimiento de fuerza viva trasformada y medible como calor. Y siendo esto así, admitiendo, como no podemos ménos de hacerlo, estrechas relaciones, numéricamente determinables, por medio de aparatos y procedimientos exactos, y deduciendo de estas relaciones la medida de las afinidades, ¿no resulta claro el principio de los trabajos moleculares? ¿No se ve que el calor desprendido ó absorbido en las reacciones químicas no es accidente despreciable, sino que, por el contrario, representa trasformacion de trabajo que ese mismo calor puede medir? Si aún pareciere poco claro el principio que se examina, si todavía pudiera dudarse de la legitimidad del criterio mecánico con que hoy se juzga de los hechos de la Química, creo que una última observacion despejará todas

las dudas. Nadie negará, porque es hecho indudable, que en las reacciones químicas hay algo más que superposición de átomos, que las combinaciones no son únicamente fenómeno de contacto, sino que en ellas ha de intervenir necesariamente cierta energía, una fuerza, ya sea exterior, ya residiendo en los cuerpos que reaccionan; ahora bien, ¿cabe suponer que esta fuerza sea cosa sustantivamente diversa de esa energía única que causa todos los fenómenos naturales? Si esto se opina, será preciso volver á las hipotéticas concepciones de la afinidad y entónces reproduciremos todas las objeciones que á ellas se han hecho; mas á no opinar de este modo, á no sacrificar la interpretación racional y lógica de los hechos á quiméricos ensueños de la fantasía, no cabe más que admitir que la combinación, y en general todas las reacciones químicas, son el trabajo de una fuerza, trabajo medible como calor; pues que en acción térmica se convierte. La ciencia ha llegado á punto en que la concepción mecánica del fenómeno químico se ha puesto fuera de toda duda; porque ó este hecho no entra en la concepción general que atribuye los fenómenos naturales á puras modalidades de movimiento, ó ha de ser cambio de estado que reconoce por causa el trabajo debido á las fuerzas moleculares, trabajo que como calor puede medirse. Y si las reacciones químicas son esto, si entran y caben en los principios de la Termodinámica, que enseñan que el calor en que se transforma una fuerza mide perfectamente el trabajo de ella, ¿no resulta evidente el principio que cuestionamos? Además que si áun mirada la cuestión bajo este punto de vista teórico y bajo la relación de semejanza del fenómeno químico con el cambio de estado, apareciese dudoso el principio de los trabajos moleculares, la experiencia viene en nuestro apoyo, demostrándolo, con su terrible lógica, los hechos.

A ser cierto que la medida de los trabajos moleculares es el calor desprendido ó absorbido en cada reacción, la cantidad de calor dada ó desprendida de una combinación, restituirá á los cuerpos que la forman á su primitivo estado, al punto inicial de que se ha partido, con la particularidad que en más ó en ménos, positiva ó negativa, esta cantidad de ca-

lor debe ser igual á la que media los trabajos moleculares de la primera reaccion. No necesito hacer ver cómo esto es cierto. Los experimentos de la disociacion lo demuestran perfectamente; supongamos dos cuerpos A B cuyos trabajos moleculares, uniéndose para formar el compuesto C , se miden por la absorcion de calor que representamos por E ; si el principio de los trabajos moleculares es perfectamente cierto, quitando al cuerpo C la cantidad de calor E , se le restituirá á su primitivo estado; esto es, se disociará en sus elementos A y B , y como en todos, absolutamente en todos los casos se ha obtenido este resultado general, de aquí el que pueda afirmarse el principio de los trabajos moleculares como perfectamente cierto.

Y que este principio dá la medida de las afinidades químicas, tambien resulta probado de las mismas consideraciones mecánicas que el estudio de la combinacion nos ha sugerido. La afinidad, como todas las fuerzas, ha de medirse en sus efectos; porque únicamente el efecto de la fuerza, que no es otra cosa que el trabajo que lleva á cabo, es lo que puede darnos el valor de su intensidad; el efecto de la afinidad es la combinacion, es esa suma de trabajos moleculares medible como calor; luego si este calor mide estos trabajos que son el efecto de aquella fuerza, necesariamente ésta queda medida, segun todos los principios de la Mecánica.

Mas los trabajos moleculares son de dos especies, físicos unos, químicos otros, y esta distincion es preciso tenerla muy en cuenta para no llevar errores á su medida. Para demostrar esta distincion de trabajos moleculares vamos á ensayar definirlos con arreglo á la experiencia.

En cualquiera de las escuelas atomísticas, que durante tanto tiempo dominaron en la Química, para conocer una reaccion se decia que bastaba haber determinado la naturaleza y el peso relativo de los cuerpos que en ella entraban; la combinacion tenia lugar, y á su terminacion se determinaban el peso y la naturaleza del compuesto resultante; esto era todo.

En la Química actual se exige más; es preciso, además de determinar la naturaleza y los pesos de los cuerpos, conocer

su estado actual, los efectos mecánicos exteriores y la temperatura exacta á que se opera la reaccion.

Un ejemplo puede hacer más claras estas ideas. Supongamos dos gases A B que se combinan, sin reduccion de volúmen, y forman otro gas N ; representando por p y p' los pesos de los gases tendremos que $p A + p' B = N$, esto es, cierto peso de un cuerpo, más otro peso de otro cuerpo, se unen y forman un tercero que guarda con ellos ciertas relaciones de composicion y peso; esta era la combinacion dentro de las antiguas teorías de la Química. En la concepcion mecánica de esta ciencia el mismo ejemplo se diria: los pesos p y p' de los cuerpos A y B se unen formando el cuerpo N con desprendimiento ó absorcion de x calorías, representando x el calor que mide la fuerza de combinacion, multiplicado por el equivalente mecánico del calor, si el trabajo físico es nulo. Así, si tomamos el cloro y el hidrógeno, tenemos que 35^{gr},5 del primer gas se unen á 1 gramo del segundo para formar ácido clorhídrico, desprendiendo 22 calorías; mas como no hay contraccion de volúmen, ni trabajo físico de ninguna especie, este número $22 \times E$ representa el trabajo total de la combinacion, siendo E el equivalente mecánico del calor.

Desde luego se comprenden dos cosas con la inspeccion de el ejemplo anterior. Es la primera que no siempre el producto de las calorías desprendidas por el equivalente mecánico del calor es la expresion exacta del trabajo molecular químico, sino que cuando sobrevienen cambios físicos (cambios de estado ó de condensacion), entónces es necesario descontar el calor invertido en estos trabajos, de lo cual se deduce, y esta es la otra cosa sobre que queriamos llamar la atencion, que las circunstancias especiales en que la combinacion se verifica tienen ciertas influencias sobre su resultado; lo cual se comprende muy bien, si se tiene en cuenta que la variacion de aquellas circunstancias depende casi siempre de trabajos físicos.

Examinaremos, en general, estas condiciones que hacen variar el trabajo de la combinacion, pudiendo reducirlas á la constancia del volúmen y de presion, á la explosion y á los cambios de estado.

Para que las combinaciones respondiesen siempre á las condiciones, del tipo del ácido clorhídrico que hemos presentado, se necesitaria que las combinaciones gaseosas se operasen á volúmen constante y bajo tal presion que, aunque el producto resultante fuera líquido ó sólido, permaneciese al estado de gas; en este caso la cantidad de calor desprendida seria independiente de la presion inicial, ó lo que es igual, siempre que el producto conservase el estado gaseoso, en una capacidad dada, podrian los gases componentes comprimirse sin variacion de ningun género en la cantidad de calor desprendido, lo cual lleva á admitir, en principio, que para los cuerpos gaseosos que más se acercan á los gases perfectos, el calor desprendido no depende de la temperatura á la cual se efectúa la combinacion.

Mas si consideramos constante la presion, entónces el calor desprendido varía con la temperatura de los gases, si hay cambio de volúmen; pero la variacion es muy débil para temperaturas que se diferencian poco, y así como en el caso anterior, para los gases perfectos la temperatura de la combinacion no influia en el calor desprendido, tampoco ahora tiene influencia la presion, á ménos que no sea tan considerable que sea capaz de hacer líquidos á los productos de la reaccion.

Si la combinacion se efectúa con explosion, entónces hay pérdida ó desaparicion de cierta cantidad de calor que se invierte en producir todos los efectos mecánicos exteriores, que á la explosion que siempre acompañan; mas el calor desprendido es menor que en la anterior circunstancia.

Operándose la combinacion con cambio de estado físico, esto es, con conversion del producto gaseoso en líquido ó sólido, entónces el calor desprendido comprende, no sólo el calor que corresponde al trabajo químico, sino tambien el que se debe al trabajo del cambio de estado.

Berthelot pone como ejemplo, en el cual pueden verse todas estas influencias, la combinacion del hidrógeno con el oxígeno para formar agua. «Supongamos, dice, que 8 gramos del segundo gas se uniesen á 1 gramo del primero para formar agua; para que llenara las condiciones que se reunen en

la formación del ácido clorhídrico, se necesitaria que la presión fuese de $0^m,004$ á la temperatura de 0° , y en estas condiciones, en las que el agua á volúmen constante seria gaseosa, el calor desprendido alcanzaron á $+28^{\text{cal}},92$.»

«En el caso de operar á presión constante, 3 volúmenes de los gases primitivos se reducirían á 2, lo cual acusa un trabajo de fuerzas exteriores tales como la presión atmosférica. El calor desprendido en la formación de 8 gramos de agua gaseosa, á presión constante, es menor que en el caso precedente. A la presión de $0^m,004$ y temperatura de 0° , es igual á $29^{\text{cal}},5$. A la presión atmosférica y temperatura de 100° vale $+29^{\text{cal}},3$, y á 200° y la misma presión $+29^{\text{cal}},4$.»

«Cuando hay cambio de estado, el calor desprendido alcanza á $+34^{\text{cal}},5$; pero se compone del trabajo químico propiamente dicho, operado á volúmen constante, mas el trabajo físico que corresponde á la reducción de 3 volúmenes á 2, y luego la condensación del agua, que representa á $0^\circ +5$ calorías. Si el agua formada lo fuese á cero, entónces el calor desprendido se elevaria á $+35^{\text{cal}},2$, porque al número anterior habria que añadir $+0^{\text{cal}},7$ correspondientes á la solidificación del agua.»

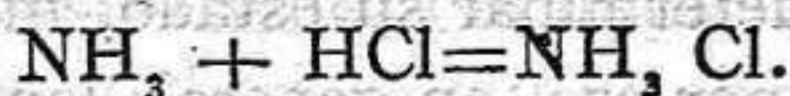
Después de haber visto estas especiales condiciones en que las reacciones se efectúan, y que modifican de manera tan notable las cantidades del calor en ellas desprendido, podrá preguntarse, si acaso los procedimientos de medida son suficientes, no sólo para medir, sino para apreciar la diferencia de los trabajos físicos y químicos, revelando qué cantidad de calor corresponde á cada uno. Respecto á este particular, hemos de tener muy presente que son contados los casos en los que la medida directa del calor es posible, referida sola á los trabajos químicos, y la razón de esto se encuentra en que son muy pocas tambien las ocasiones en que no se produce trabajo físico alguno, aparte de que, aunque los elementos de un compuesto cualquiera sean gaseosos, no siempre pueden tomarse en estado de gas, ni en tal estado siempre se obtienen los cuerpos producto de la reacción; por eso, para llegar á las medidas calorimétricas exactas, hay que definir y determinar todas las condiciones que, como los cambios de

estado, la presión y la temperatura, hacen variar el calor desprendido en la combinación.

Muchas veces sucede también que, aunque los cuerpos que reaccionan se encuentran al mismo estado que el compuesto que ha de resultar de su unión, no hay reacción alguna; de modo, que el estado común de todos los cuerpos se opone al contacto necesario á toda acción química; buen ejemplo de esto son las acciones de los ácidos anhídros sobre las bases también anhídras, entre cuyos cuerpos no se verifica cambio alguno si no varía el estado de alguno de ellos. De aquí se deduce que es preciso recurrir á un artificio muy simple para medir la cantidad de calor desprendida en cualquiera reacción.

Se comprende muy bien que, al apelar á medios indirectos, realmente no se aprecia la medida de la afinidad sino después de gran trabajo de experiencias efectivas, de las que la tal medida viene á ser deducción enteramente lógica. Y si esto es así, si es preciso establecer larga serie de experiencias para cada caso, serie que veremos luego de qué manera se determina, claro está que el primer trabajo que hay que emprender consiste en referir todas las reacciones á estados perfectamente comparables, porque no importa que para un cuerpo ó una serie de cuerpos, el calor desprendido en su formación sea directamente medible; con esto conseguiríamos muy poco, serian solamente datos perfectamente aislados, y es necesario, si todos los cuerpos de que tratamos reaccionan al mismo estado, que éste sea comparable á los cuerpos semejantes, capaces de formar combinaciones análogas. En general, la mayor parte de las combinaciones pueden obtenerse en los estados sólido, líquido ó en disolución y gaseoso, según que los cuerpos que reaccionen se hallen en alguno de tales estados; pero en el estado del compuesto podemos observar perfectamente la influencia del cambio de estado con respecto al calor desprendido; pues que su cantidad varía según los componentes se hayan tomado en uno ó en otro estado, ó según también el producto resultante de la combinación sea sólido, líquido ó gaseoso. El ácido clorhídrico y el amoníaco pueden reaccionar en cada uno de los tres estados y su combinación,

el clorhidrato de amoniaco puede ser obtenido sólido ó disuelto, lo cual da lugar á diez y seis condiciones, en las que puede tener lugar esta reaccion teórica:



y cada una de estas condiciones corresponde á desprendimiento de calor variable entre estos dos límites:

+ 45.5 calorías, si los componentes son gaseosos y el compuesto sólido.

+ 12.4 calorías, si todos los cuerpos están disueltos.

Berthelot señala tambien otra reaccion, la del ácido sulfúrico hidratado y el hidrato de potasa, que forman el sulfato potásico, cuya reaccion puede considerarse de treinta y seis maneras diversas, desprendiéndose cantidad de calor que varía entre + 40^{cal},7 y + 15^{cal},7, segun el modo como se efectúa la reaccion. En general, lo que se dice de estas reacciones puede aplicarse perfectamente á la mayor parte de las de la Química; los diversos métodos de obtener los cuerpos, á partir de los mismos elementos, responde á esta variedad tan grande de efectuarse las reacciones, porque muchas veces no se comprende el papel de ciertos elementos que en ellas entran, elementos de los que ántes no se hacia caso alguno, diciendo que obraban por presencia y cuyo papel aparece hoy muy claro, gracias á estas nociones mecánicas del fenómeno químico y de su manera de realizarse.

En efecto, se comprende por lo dicho la importancia de los trabajos físicos en las reacciones. Se sabe como á mayor fuerza viva gastada, á mayor trabajo, corresponde necesariamente más calor; pues bien, esos cuerpos extraños á las reacciones, unas veces, disolventes otras y que siempre ejercen en ellas papel importante, no hacen otra cosa que servir para esos trabajos físicos. La variabilidad del estado de los cuerpos que reaccionan influye tambien de una manera análoga; pues de ese estado depende perfectamente el trabajo físico que en ellos puede desarrollarse; por eso las combinaciones entre gases son más fáciles; pues que la mezcla íntima, condicion necesaria para toda reaccion química, puede con gran facilidad hacerse. Y en cuanto al estado del cuerpo

resultante de la reacción, se comprende también con facilidad suma la influencia que en la cantidad de calor desprendido haya de tener, puesto que cuanto menos fuerza viva se haya invertido en determinar su estado, menos calor se habrá de desprender; por eso, en general, las combinaciones en las que el cuerpo se obtiene al estado sólido, desprenden menos calor.

Se puede notar también en estos razonamientos toda la importancia que para el estudio de las reacciones tiene la consideración del estado físico de los cuerpos y de las circunstancias ó fenómenos exteriores bajo los cuales la combinación se verifica, porque de los trabajos físicos depende en cierto modo la medida del trabajo total de la afinidad. Que de esta manera se enlazan los hechos más diversos en apariencia, en comun origen, por medida única.

Mas si reflexionamos sobre estas variaciones del calor de combinación y sus medidas, si fijamos nuestra atención en esas circunstancias especiales que determinan las diversas interpretaciones de la manera ó del mecanismo especial de los trabajos que se llevan á cabo en la formación de un mismo compuesto, reconociendo la necesidad de referir todas las reacciones á estados comparables, podemos formular el problema que dá origen al segundo principio de la Mecánica química: ¿cuál de las interpretaciones ha de elegirse ó qué número, de los obtenidos en las diversas circunstancias en que cualquier reacción tiene lugar, ha de tomarse para término de comparación?

La distinción entre los trabajos físicos y químicos que se llevan á cabo en las reacciones y la medida de estos últimos en la combinación, se ven ya más claros, no porque tales cuestiones hayan tenido resolución directa, sino porque se han desvanecido algunas de las dificultades que al principio se ofrecían. Sabíamos ya, por nuestros anteriores estudios, lo que correspondía á los trabajos físicos; pero no nos habíamos elevado hasta el principio de su distinción de los trabajos químicos. Ahora que hemos indicado las circunstancias que modifican la cantidad de calor desprendido en las reacciones, podemos ver claramente lo que á los trabajos

físicos corresponde, y así es que les señalamos, en el calor total desprendido, todo cuanto valga lo que se refiere á cambios de presión, de volúmen y de estado (sólido, líquido ó gaseoso) y á efectos y trabajos exteriores, correspondientes á la explosión con que dos cuerpos puedan unirse; es decir, á trabajos físicos corresponden todos aquellos efectos que se determinan, á partir del estado inicial, mientras la combinación se efectúa y el cambio de estado físico del cuerpo resultante y además todo lo que haga variar las circunstancias en que los cuerpos se hayan colocado para combinarse. Puede también notarse cómo la medida del trabajo químico, aunque indirecta, es resultado de serie de experiencias efectivas encaminadas á este objeto. Valuar la fuerza de combinación es tanto como medir el efecto dinámico de cualquiera energía; mas téngase presente que por ahora en esta medida—y lo mismo que decimos de la medida de los trabajos químicos puede aplicarse á su distinción de los trabajos físicos—no tenemos conocido uno de los términos, el más principal, sin duda, porque se refiere al estado inicial. Por eso necesitamos tener en cuenta otro principio cuya intervención es necesaria para resolver nuestro problema; este principio no es otro que el de la equivalencia calorífica de las transformaciones químicas.

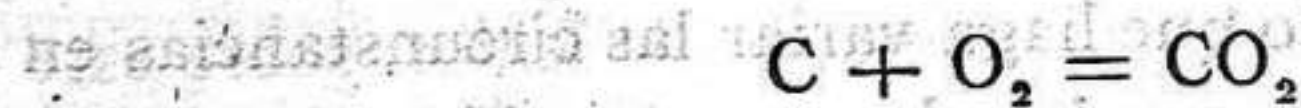
Tal principio, cuyo enunciado no es preciso repetir, se refiere á demostrar la constancia del calor desprendido por la unión de dos ó varios cuerpos simples ó compuestos, cualesquiera que sean las transformaciones intermedias por que pasen, siempre que los estados inicial y final sean los mismos. Siguiendo nuestro sistema de ejemplos, supongamos dos cuerpos, A y B , que deben unirse para formar el compuesto M ; á partir de su estado inicial, podemos hacer que se combinen directamente ó formando compuesto intermediario, y supongamos para esto que $B = b + b'$ y que entre el compuesto M de A y B hoy otro Ab , al cual, añadido b' resulta el cuerpo M . Podemos primero suponer la reacción directa hecha de una vez:

$A + B = M$ con desprendimiento de $+ N$ calorías.
ó de un modo indirecto como sigue:

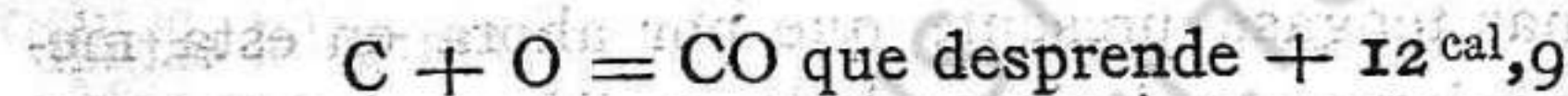
$A + B (b b') = Ab$ con desprendimiento de $+ n$ calorías.
y luego siguiendo la reaccion:

$Ab + b' = M$ con desprendimiento de $+ n$ calorías

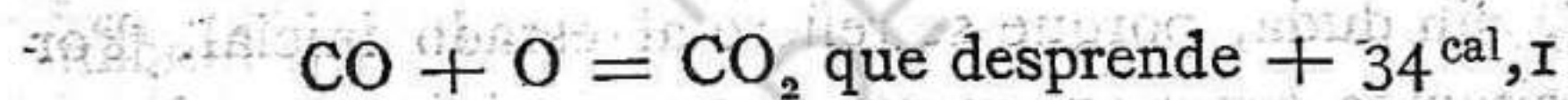
la suma $n + n = N$ demuestra perfectamente el principio.
Tomemos el ejemplo numérico citado por Berthelot para ver
más clara la demostracion. Sea la combinacion ácido carbón-
nico, resultado de la union del oxígeno con el carbono; pode-
mos efectuarla directamente:



y desprendimiento de $+ 47$ calorías para 6 gramos de car-
bono (diamante) y 16 gramos de oxígeno. Tambien puede
obtenerse ácido carbónico formando primero óxido de carbo-
no en esta forma:



y luego, cambiando el óxido de carbono en ácido carbónico,
por esta reaccion:



la suma de estos dos números $+ 34,1 + 12,9 = + 47,0$
demuestra que los estados intermedios de los cuerpos no in-
fluyen en el calor total desprendido en la combinacion.

Desde luego se desprende que el principio en cuestion es
evidente para todas las combinaciones en que tiene lugar
la trasformacion directa, es decir, en aquellas reacciones
en que los elementos $ABC...N$ se reunen formando un com-
puesto H pasando por los estados intermedios $Ab Bc Cd...Nn$
en cuyas combinaciones se obtiene el calor total que mide
los trabajos químicos por simple suma de calores des-
prendidos en reacciones directas más ó menos complicadas;
mas cuando ni las reacciones son tan sencillas, ni pueden
efectuarse en el calorímetro, entónces es necesario apelar á
otro sistema más complicado y ántes intentar una demostra-
cion *á priori* del principio que examinamos. Para comprender
bien esta idea, fijémonos en una expresion general de reac-
ciones: sean $A B C$ tres cuerpos; el primero, A , mas una can-
tidad a de otro cuerpo, puede trasformarse en O ; el segundo,

B, mas la cantidad necesaria de otro cuerpo *b*, origina la nueva sustancia *P*, y, por último, *C*, mas *c*, da origen al cuerpo *Q*; pero estas metamorfosis, ni son para nosotros perceptibles, ni sabemos nada de lo que pasa durante la reaccion, ni ésta puede tener lugar en el aparato de que disponemos. ¿De qué modo, en este caso, vendremos en conocimiento del calor desprendido ó absorbido en la combinacion?

Yo desearia fijar mucho la atencion del lector sobre este problema, porque en su resolucion estriba toda la importancia de los métodos y determinaciones calorimétricas. Casi todas las reacciones orgánicas tienen lugar en las circunstancias señaladas por el problema; porque estas reacciones se cumplen sin que puedan apreciarse los cambios intermedios, sin que pueda tampoco determinarse el estado final ni el inicial muchas veces; y hé aquí la razon por que han pasado para todos desapercibidas y nadie se ha cuidado, no sólo de apreciar, sino ni aún de ver si eran apreciables y medibles las energías invertidas en ellas; Berthelot, fundándose en datos experimentales perfectamente conocidos y en el enunciado del principio de la equivalencia calorífica de los trabajos químicos, ha llegado á tales medidas, por procedimientos indirectos que ya hemos indicado en nuestro anterior artículo, y de los cuales trataremos luego en particular.

El ilustre autor de la *Mecánica química* funda la demostracion del principio general que examinamos en el anterior principio de los trabajos moleculares y en la *Mecánica racional*. Un poco que se concentre nuestra atencion sobre el principio que estudiamos, bien pronto nos hace notar que el tal principio no es otra cosa que una sencilla aplicacion del principio de las fuerzas vivas; en efecto: supongamos conocidos el estado final y el estado inicial de un sistema, y representemos estos datos por:

$$\sum \frac{m v_0^2}{2} \text{ y } \sum \frac{m v_1^2}{2}$$

claro está que la suma de trabajos $\sum C$ efectuados para llegar del primer estado al segundo, ha de ser invariable, cuales-

quiera que sea la naturaleza de estos trabajos. Pensad en una locomotora que ha de recorrer una distancia de 100 kilómetros, en un tiempo determinado, la velocidad que lleve del primer kilómetro al último podrá variar cuanto se quiera, con tal que en el tiempo determinado recorra el trayecto marcado. Además, sabemos que el estado final, mas la suma de trabajos efectuados para llegar á él, ha de ser igual al estado inicial:

$$\sum \frac{m v_1^2}{2} + \sum C = \sum \frac{m v_0^2}{2}$$

Pues bien: el principio de la equivalencia calórica de los trabajos químicos no es otra cosa; partid de los elementos *A* y *B*; éstos, á virtud de varias trasformaciones, ó de una sóla, vendrán á parar á un estado *C*, cumpliendo una serie de trabajos igual á *x*; si añadimos al estado *C* los trabajos *x*, seguramente obtendremos el estado inicial *A B*; luego, si como para las fuerzas vivas un estado es igual al anterior, mas el trabajo empleado desde el primero al segundo, el principio de que hablamos resulta demostrado, aplicando á la Química un principio universal de la Mecánica, admitiendo únicamente que hay equivalencia entre el trabajo molecular y el calor de las reacciones químicas, y como, lejos de oponerse á esto, vienen en su apoyo todas las nociones admitidas hasta el dia en la ciencia, resulta perfectamente cierto que los cambios verificados en los estados intermedios no afectan á la cantidad de calor desprendido en cualquiera reaccion siempre que se determinen su estado inicial y su estado final.

Ahora podemos, entrando un poco más en la significacion de este principio, examinar lo que significa dentro de la Química, tanto el paso del estado inicial al final, como el de éste á aquél. Lo primero comprende el problema de la síntesis química, lo segundo el problema del análisis; claro está que ni uno ni otro problema pueden resolverse con tanta facilidad como en nuestros ejemplos los hemos presentado. La síntesis química no parte casi nunca de los elementos, y aún muy escasas veces de combinaciones binarias, por la dificultad que existe, en primer término, de llevar á los

cuerpos al estado que como más elemental se ha determinado en Química, y luego, porque aún suponiendo todos los cuerpos al estado elemental, sucede que no se combinan en tal estado, y de aquí la necesidad de desprenderlos, en estados particulares, de combinaciones dadas. Ni tampoco el análisis procede por métodos directos; para hallar los elementos de un cuerpo, para sumar al estado final todos los trabajos intermedios y volver al punto de partida ó estado inicial, no se rompen los lazos que estos trabajos han formado; y que nosotros llamamos afinidad, del modo tan fácil y sencillo que puede pensarse con la inspeccion de algunas descomposiciones químicas; es preciso aquí tambien apelar á medios indirectos y complicados, es necesario construir otra série de combinaciones, de las que, á virtud de largas eliminaciones y sustituciones, pueda deducirse el estado inicial que el problema pide.

Si no fuese aún bastante lo que llevamos dicho en apoyo del segundo principio de la Mecánica química, invocaremos en nuestro apoyo todos los datos experimentales de la Termoquímica, de los cuales no es más que el resúmen ó la ley, y podriamos verlo demostrado tantas veces, y de tan diversas maneras, que no puede quedar el menor asomo de duda sobre su legitimidad.

Mirándole ya como demostrado, debemos pasar al exámen de sus consecuencias más importantes, de las cuales la más trascendental es el método de cálculo y experiencia para determinar el calor desprendido en la formacion de los cuerpos que la Química estudia. Vamos, pues, á trazar las líneas generales de ese procedimiento que han permitido sujetar á medida la fuerza de combinacion, enlazando con ella la Mecánica y la Química.

La primera dificultad y la más trascendental, consiste en el modo de verificarse las combinaciones y las descomposiciones, y esta dificultad hace necesaria la formacion de dos *ciclos de reacciones*, partiendo de cierto sistema inicial de elementos ó de cuerpos compuestos hasta un mismo sistema final. Estos dos ciclos difieren mucho, uno se forma, comprendiendo en él la formacion ó descomposicion, en reaccion,

practicable en el calorímetro, de la sustancia cuyo calor de formación se busca; el otro comprende cuerpos cuyo calor de formación se conoce. Si luego se suman las cantidades de calor desprendidas en estos dos ciclos, una de las sumas tiene como incógnita la cantidad buscada, restándola de la otra suma se obtiene el valor deseado. Veamos algunos ejemplos.

Propongamos determinar el calor de formación desprendido por el sulfato bórico, empleando la barita y el ácido sulfúrico al estado anhidro, que no puede medirse directamente. Comenzaremos por disolver el ácido sulfúrico en agua en el calorímetro, lo cual dá:

para $\text{SO}_3 = 40$ gramos: $+18^{\text{cal}},70$

haciendo lo propio con la barita tendremos:

para $\text{BaO} = 76\text{gr},5$: $+13^{\text{cal}},9$

después se hacen reaccionar los dos líquidos y el sulfato de barita SO_4Ba se precipita desprendiendo $+18^{\text{cal}},4$. La suma de los tres números: $+18,7 + 13,9 + 18,4 = 51^{\text{cal}},0$ es el calor total desprendido por la unión del ácido anhidro con la base también anhidra según esta reacción.

$\text{SO}_3 + \text{BaO} = \text{SO}_4\text{Ba}$, desprendiendo $+51^{\text{cal}},0$. (Berthelot.)

Veamos otro ejemplo más difícil: pongamos el caso del ácido cianhídrico C_2NH que dá la más completa idea de la aplicación del método. Para determinar su calor de formación se parte de la medida del calor desprendido por la reacción del ácido clorhídrico concentrado sobre el ácido cianhídrico, el cual se convierte en ácido fórmico y clorhidrato de amoníaco, se diluye el líquido con agua á fin de debilitar el exceso de ácido clorhídrico y redissolver el clorhidrato de amoníaco. El calor desprendido se obtiene en definitiva por la reacción siguiente:

C_2NH puro y líquido $+ \text{HCl}$ diluido $+ 2\text{H}_2\text{O}_2 = \text{C}_2\text{H}_2\text{O}_4$ (ácido fórmico) diluido $+ \text{NH}_3\text{HCl}$ disuelto, desprendiendo $+11^{\text{cal}},15$.

Para deducir de aquí el calor de formación del ácido cianhídrico se establecen los dos ciclos de reacciones entre los dos sistemas siguientes:

Sistema inicial: $C_2 + H_3 + N + O_6 + HCl$ diluido + agua.

Sistema final: $C_2O_4 + NH_3HCl$ disuelto + H_2O_2 + agua.

PRIMER CICLO.

$C_2 + H + N = C_2HN$ puro y líquido.....	X
$2(H_2 + O_2) = 2H_2O_2$ desprendiendo.....	+ 138 ^{cal} , ^o
$C_2HN + HCl + 2H_2O_2 = C_2H_2O_4$ diluido + NH_3, HCl diluido.	+ 11 ,15
$C_2H_2O_4$ diluido + cambio en $C_2H_2O_4$ puro.....	— 0 ,10
$C_2H_2O_4 + O_2 = C_2O_4$ gas + H_2O_2	+ 69 ,9
<i>Suma</i>	x + 218 ,95

SEGUNDO CICLO.

$C_2 + O_4 = C_2O_4$	+ 94 ^{cal} , ^o
$H_2 + O_2 = H_2O_2$	+ 69 ,0
$N + H_3 +$ agua = NH_3 disuelto.....	+ 35 ,15
NH_3 disuelto + HCl diluido = NH_3, HCl diluido.....	+ 12 ,4
<i>Suma</i>	+ 210 ,55

$X + 218,95 = + 210,55; \quad x = - 8cal,4. \quad (\text{Berthelot.})$

Hay pues absorcion de calor cuando se unen el carbono, el hidrógeno y el nitrógeno para formar ácido cianhídrico líquido, y esta absorcion vale en calorías — 8,4.

Examinemos, siquiera sea muy corto tiempo, algo más de cerca, la marcha del procedimiento general. Se trata siempre de referir el valor de x á la combinacion tomando como estado inicial sus elementos; para esto se establece primero, como punto de partida, una reaccion del cuerpo cuyo calor de formacion queremos determinar; luégo, á partir de esta reaccion, se señalan los estados inicial y final del sistema para poder construir los ciclos de reacciones; el primer elemento de estos es la combinacion á partir de los elementos ó sea la incógnita que se busca, despues de ella viene una série de reacciones, que pueden relacionarse con la primitiva y cuyos calores pueden determinarse experimentalmente; el valor de la incógnita mas la suma de los calores determinados en las otras reacciones que constituyen el primer ciclo constituirá el calor total de éste. El segundo ciclo, formado de reacciones entre cuerpos cuyo calor de combinacion se conoce, es el número que representa la suma de estos calores, cuya suma

debe ser igual á la suma del primer ciclo, mas la incógnita, de consiguiente ésta debe ser igual á la diferencia de las sumas de los dos ciclos.

Tal es, en resúmen, el método general que ha permitido á Berthelot y Tomsen la medida de los calores de combinacion y descomposicion de multitud de sustancias que la Química estudia, método difícil, por cuanto la formación de los ciclos de reacciones no se determina por leyes fijas é invariables, sino que para cada cuerpo, para cada sustancia, es preciso buscar con cuidado extremo esa primera reaccion de la sustancia ya formada, que reuna las condiciones requeridas por la experiencia, en una palabra, que pueda efectuarse á nuestra vista, sujetándose á los procedimientos de medida que en la actualidad conocemos, y luego, una vez ya dentro de los ciclos, ha de ponerse particular cuidado en las reacciones que se eligen. De estas dificultades y de los conocimientos anteriores que la práctica exige, nace el abandono en que hasta ahora se han tenido estos procedimientos.

Del principio de que hemos deducido el método general para la medida de los calores de formacion se deducen otras series de consecuencias que Berthelot agrupa de este modo:

- 1.º Teoremas generales sobre las reacciones.
- 2.º y 3.º » sobre la formacion de las sales sólidas y disueltas.
- 4.º » sobre la formacion de los compuestos orgánicos.
- 5.º » sobre el calor puesto en juego en los seres vivos.
- 6.º » sobre la variacion del calor de combinacion con la temperatura.

Si fuera nuestro ánimo entrar en el detalle de la Mecánica Química, desarrollariamos, en más minucioso estudio, todos los teoremas á que estos grupos se refieren; mas nuestro objeto es únicamente presentar, de modo fácil y comprensible, los resultados generales de este gran movimiento que en la Química se lleva á cabo, gracias á las ideas mecánicas

que se han formulado sobre la combinacion; si el lector quiere más detalles puede consultar la magnífica obra de Mecánica Química de Berthelot. Sola una observacion de este mismo autor dará idea del carácter de tales teoremas, y pondrá fin á esta parte de nuestro trabajo: «observemos, dice, que se trata aquí únicamente de teoremas rigurosos deducidos por razonamientos de los principios generales y no de leyes empíricas que pueden ser reconocidas por la observacion de ciertos grupos de compuestos ó de reacciones.»

Esta sólo observacion demuestra toda la importancia y trascendencia de los primeros principios que hemos estudiado; principios á los cuales se debe esa série de leyes generales matemáticamente deducidas que forman la parte racional de la Química, establecida hace tan pocos años.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Se continuará.)





EL PRIVILEGIO DE LA UNION ⁽¹⁾

CAPÍTULO XXXV.

DE CÓMO CANTONCILLO SABIA MÁS QUE EL REY, PUESTO QUE
LE ENGAÑABA.

I.



CANTONCILLO entretanto estaba oculto en la
sombra.

Entre ella brillaban sus ojos con la luz fosfo-
rescente de los animales de la raza felina.

Su mirada estaba fija con no sabemos qué encarnizamien-
to voraz en Brianda.

El rey la habia dejado junto á Cantoncillo, para ir á ayu-
dar á doña Beatriz á que saliese del tonel.

Brianda reparó en Cantoncillo.

Ahogó un grito y se hizo atrás en un movimiento de
terror.

—¡Eh, diablo!—dijo Cantoncillo.—¿Y quién te salvará si
no te salvo yo?

(1) Véase la pág. 210 de este tomo.

Y adelantando hácia don Pedro, que habia acabado de sacar del tonel á doña Beatriz, le dijo:

—Déjame que cuide de esta noble dama, para que tú cuides de doña Brianda.

Y sin decir más, asió á doña Beatriz por la cintura, la levantó del suelo, se la echó sobre los hombros, y como si hubiera sido el peso más ligero, á pesar de que doña Beatriz era buena moza y gruesa, dió á correr con ella, ganó las escaleras del corredor y las subió rápidamente.

Doña Beatriz, aterrada, se habia desmayado.

—Mejor,—dijo Cantoncillo:—así estoy más desembarazado, y no se espantará del viaje que vamos á hacer casi por los aires.

II.

Cantoncillo, cargado con doña Beatriz, que estaba inerte, atravesó la ancha cocina, que habia quedado desierta.

Cada cual, espantado de la presencia del rey, habia ido á esconderse en su agujero.

—Mejor,—dijo Cantoncillo,—así no tenemos testigos.

Y se fué á una de las grandes ventanas de la cocina que estaban cerradas.

Dejó á doña Beatriz, que no daba señales de volver en sí, sobre el pavimento, abrió las maderas y las vidrieras de la ventana, y miró hácia fuera.

Esperó un relámpago, que no tardó en sobrevenir.

El viento torbillonado penetró envuelto en lluvia por la ancha ventana.

Cuando lució un relámpago, Cantoncillo, de una mirada rápida y poderosa abarcó lo que debajo de la ventana habia.

Era un pequeño huerto que terminaba al frente en un adarve formado por un muro almenado.

—¡Ah! ¡yo recordaba bien!—dijo Cantoncillo:—aquí bajo esta ventana, hay un muro áspero, y me ayudarán además la yedra y la madreselva. Y es necesario no perder tiempo, si hemos de librarnos del estorbo de esta doña Beatriz.

III.

La alzó de nuevo y la aseguró bien por la cintura con su brazo izquierdo.

Luego montó en el balaustre de la ventana.

Se deslizó, apoyando los pies en las asperezas del muro.

Se asió á la yedra y á la madreselva centenarias, fuertemente arraigadas en las junturas de las piedras, y valiéndose de ellas como de una escala, se dejó caer al suelo.

Estaba encharcado.

En un ángulo que formaba el muro con un cubo, buscó Cantoncillo una pequeña puerta y la halló.

Se conocía que estaba práctico en el conocimiento del castillo.

Aquella puerta era la entrada de una mina que, descendiendo suavemente por una rampa, se torcia y pasaba por debajo de la cava ó foso, y se prolongaba hasta media luega, yendo á salir á una profunda gruta, cuya entrada estaba en una eminencia junto á la orilla izquierda del Ebro.

Aquellas minas servían, ya para abastecer las fortalezas cercadas, ya para que por ellas entrasen refuerzos, ya para escapar en un apuro.

Estas minas las habían importado los árabes.

No había antigua fortaleza que no tuviera una ó más de ellas.

Sus salidas al campo eran secretas.

Sólo las conocía el señor y alguno de sus servidores de más confianza.

Cantoncillo había pasado algunos meses con el rey en el castillo de Luesia, y lo había escudriñado todo.

IV.

La puerta estaba cerrada y además forrada de chapa de hierro.

Dejó, en el hueco que formaba la puerta en el muro, Cantoncillo á doña Beatriz.

Aquel hueco era profundo, y allí podía dejarla al abrigo de la lluvia.

Después, y abandonándola sin meterse á considerar cuál sería el terror de doña Beatriz al volver en sí y encontrarse sola en aquel lugar, volvió á trepar á la ventana, sirviéndole, como para el descenso, de apoyo las asperezas del muro y la yedra y la madreselva.

V.

La cocina continuaba desierta.

La gran chimenea, abandonada, apenas si lucía.

El viento que penetraba por la ventana abierta había apagado las luces.

Apenas si el débil fuego que aún quedaba en la chimenea dejaba percibir los objetos.

Allá en el fondo se marcaba, como un punto más oscuro, la puertecilla tras la cual empezaba la escala que descendía hasta la bodega.

En toda su operación de abrir la ventana, de descender, de dejar á doña Beatriz en el profundo hueco del muro por la estrecha puerta de la mina, apenas si había invertido cuatro ó cinco minutos.

Con tal fuerza y tal rapidez lo había hecho.

VI.

¿Habían subido ya el rey y Brianda?

Cantoncillo pensó que no habrían tenido tiempo.

La escalera era muy profunda y muy empinada.

Cantoncillo se acercó á la escalera.

Por su cañon subió hasta él, como por un conducto acústico, el rumor de dos voces.

Una de hombre y otra de mujer.

Pero este rumor era de todo punto indeterminado.

No se entendían las palabras.

Cantoncillo se deslizó silenciosamente por las escaleras.

Un raton no habría causado ménos ruido.

No bajaba de escalon en escalon.

Asido al mástil de la espiral, se deslizaba como una culebra.

VII.

Cuando estuvo al pie de la escalera, oyó ya distintamente lo que Brianda, altiva, irritada, decia al rey.

—Vos, señor, os olvidais de todo temor de Dios, de toda razon, de toda prudencia, cuando estais á solas conmigo, que por mi desdicha os he causado una pasion vergonzosa, y no mirais más que á las liviandades de vuestra alma. Os cambiáis en otro, y vuestra soberbia, que os ha valido el nombre del Ceremonioso, se convierte en la más abyecta de las degradaciones. Os haceis indigno de vos mismo. Hacedos atrás, recordaros, ved quién sois vos y quién soy yo, ó sólo tendreis un cadáver.

—Oidme,—exclamó desesperado don Pedro,—yo, para vos, no soy el rey, no soy el poderoso; soy una víctima ruin que sufre, que agoniza, que llora, ¿qué os ha dado Dios, que de tal manera me enloqueceis?

—La voluntad y la fuerza que ántes tuve para resistiros y que aún vive en mí. Oidlo, me causabais horror y me lo causais: vos no sois un hombre; no sois otra cosa que una fiera carnívora que os gozais en la destruccion y que no gemís, que no llorais, sino cuando por vuestros torpes apetitos, que llamais amor, os empeñais por una mujer. ¡Id allá, rey don Pedro! Aunque yo no os odiase con toda mi alma me seria imposible amaros. No mirais el decoro, y en vuestra ánsia veo yo vuestra ferocidad, todo lo repugnante que en vos ha puesto la terrible mano de Dios. Y en esta ocasion me parece más repugnante que nunca, porque tal vez mi padre ha muerto, y si no ha muerto está en la agonía, y en vez de llevar á su hija dolorida junto á su anciano padre, vos pretendéis profanar su solar manchando su honra.

—Olvidad á ese hombre,—dijo el rey:—ese hombre era un miserable; ese hombre no era vuestro padre.

—¡Ah! ¡llegais al colmo del horror!—exclamó Brianda;—

¡añadís á vuestra vergonzosa impiedad, á vuestra tiranía contra una mujer la infamia de la mentira!

—Sobre vos teneis la prueba de la verdad que os digo, en los papeles que sobre vos guardais y que guardó consigo mi antiguo médico Abi-Jonatham.

—¿Y quién os ha dicho que yo guardo sobre mí unos papeles que guardaba sobre sí Abi-Jonatham?

—Yo lo sé todo,—dijo el rey con la voz trémula, concentrada y horrible,—y lo que no sé lo adivino.

—Os habeis engañado,—dijo Brianda;—yo no tengo sobre mí papel alguno.

—Sí, los teneis. El perro que os ha venteado por esos papeles que guardan aún el olor del cuerpo de Abi-Jonatham, no se separa de vos; teneis esos papeles, que no sólo prueban de quién sois verdaderamente hija, sino que guardan noticias de traiciones que me han hecho enemigos cobardes y ambiciosos.

—Os digo que os han engañado y que os engañan.

—Vos sois hija de doña Beatriz de Aytona y de mi tío el infante don Jaime,—dijo el rey, que ya no reparaba en nada:—vos sois mi prima hermana, una princesa de mi sangre, y desde que lo sé os adoro más, y he llegado á la locura.

—¡Oh Dios mio! ¡ampárame!—exclamó Brianda viendo al rey desencajado, lívido, con la boca entreabierto y espumante y la expresion de la hiena hambrienta, con la mirada vaga como por consecuencia de una locura terrible.

VIII.

Sucedió un ruido de lucha.

—¡Ah, miserable infame!—exclamó Brianda.

Sonó al mismo tiempo un irritado gruñido de Belfegor.

El rey lanzó un grito.

Se oyó un nuevo ruido.

El del farol que se rompía.

Casi simultáneamente un tremendo aullido del perro.

El farol colocado en el suelo por el rey y por Brianda, se habia roto y se habia apagado.

Cantoncillo sintió pasar junto á sí rozándole una forma leve.

La asíó.

Era Brianda.

La cogió.

Brianda lanzó un grito y se debatió.

—¡Callad! ¡callad!—dijo Cantoncillo al oído á Brianda,—
¡dejad que os salve!

Brianda, que como habia vivido mucho tiempo en la córte conocia tanto á Cantoncillo, recordó su voz y guardó silencio.

IX.

La bodega habia quedado completamente á oscuras.

No se oia más que los alaridos lastimeros de Belfegor que se iban apagando, y el sordo rugir de cólera del rey que iba de acá para allá á tientas, tropezando acá y allá, y dejando caer algun barril que reventaba produciendo un sonido extraño, y difundiendo un fuerte olor á vino, que se sobreponia á un marcado y nauseabundo olor de sangre que poco ántes se habia sentido.

X.

Cantoncillo logró dar con la entrada de las escaleras, y cargado con Brianda las subió como las habia bajado, á la manera silenciosa y rápida de la culebra.

Llegó á la cocina.

Corrió á la ventana.

Por ella descendió al huertecillo con Brianda.

Encontraron á doña Beatriz, que habia vuelto en sí y estaba aterrada y asombrada.

—Tranquilizaos cuanto podais, mis damas,—dijo Cantoncillo:—estais en salvo. Esperad, voy á procuraros luz, y algo para mí con que abrir esta puerta.

Cantoncillo volvió á subir á la cocina.

Arrancó una de las barras de hierro de la chimenea.

Buscó un farol y lo encendió.

Descendió.

—¡Ah! yo no sé con qué pagarte,—dijo Brianda.

—¡Pagarme! ¡Pagarme!—dijo Cantoncillo.

Y miró de una manera ansiosa á Brianda.

—Yo te he querido amparar como si hubieses sido mi hija, —exclamó:—pero quiero más á mi Pedro; tiene ya bastantes culpas sobre su alma, y seria capaz por tí de matar á su mujer para quedarse viudo y hacerte reina. Le has vuelto loco.

XI.

Entretanto y sin perder tiempo, Cantoncillo levantaba con la barra la puerta.

La alzaprímaba y al fin los mohosos goznes rechinaron.

Un nuevo y vigoroso impulso franqueó la puerta.

—Tomad, hijas mias,—dijo Cantoncillo:—no perdamos el tiempo: seguid la mina sin temor y sin impaciencia. Por ella vais seguras. Llegareis á una cueva que da sobre el Ebro. Esperad allí escondidas: allí os buscaré yo ú os buscarán de parte mia.

—¡Ah! ¡Dios te bendiga Cantoncillo!—dijo Brianda.

—A mí ya no me alcanzan bendiciones,—dijo con acento impío el bufon:—hace mucho tiempo que por él he dado mi alma al diablo. Pero, id, id, no os detengais.

Entraron ámbas por la oscura puerta, y Cantoncillo volvió á cerrarla, dejándola como si no se hubiera forzado.

Arrojó con una fuerza maravillosa la pesada barra por encima del adarve al foso.

Luego entró en la cocina por la ventana.

Cerró las vidrieras y las maderas.

Encendió otro farol, y bajó á la bodega.

XII.

Nada se oía.

—¡Eh! ¡hijo mio! ¡eh!—dijo Cantoncillo.—¿Dónde estás?

—¡Cantoncillo!—dijo desde un extremo opuesto la voz siniestra del rey, en que se sentía una cólera horrible.

—¡Por aquí, hijo, por aquí!—dijo Cantoncillo.

No tardó el rey en aparecer.

Cojeaba de una manera notable.

—¿De dónde vienes?—dijo á Cantoncillo.

—De dejar á doña Beatriz en la sala rica. Si tenias que hablar algo con doña Brianda no tenias necesidad de testigos. Pero ¿dónde está esa hermosa señora?

—¡En el infierno!—exclamó el rey.—¡Una lucha! ¡El farol apagado y roto! ¡Ese maldito perro!

—¡Ah! ¡el que tan bien te habia servido! ¡ah! ¡sí! ¡aquel bulto que ahí está tendido! ¡Muerto! ¡Y junto á él tu puñal real! ¡Así premias tú á los que te sirven! Pero déjame que te cure: aquí hay vino para lavarte la herida y mi camisa puede servirte de vendaje.

—No, no,—dijo el rey:—quiero primero buscarla á ella, se me ha escapado: si no ha encontrado la escalera, debe estar escondida en la bodega.

—Pero ahora no tenemos prisa,—dijo Cantoncillo,—y yo puedo hacerlo todo por tí, pues tanto te quiero. Óyeme, mi querido hijo; sé una vez dócil á mis consejos: ella no puede haber salido del castillo, ella parecerá: esto es una manía, que se te ha puesto en la cabeza, una dificultad que no has podido vencer todavía. Cuando la venzas te quedarás disgustado de tí mismo. Tú eres primero: estoy seguro de que ese pobre perrazo te ha echado abajo media pierna. Déjame que yo te cure aquí secretamente, que esto tiene mucho de incitador para la burla, y no debes dar lugar á que nadie se burle de tí. Yo soy discreto: conozco todas tus debilidades, y soy indulgente con ellas. Conque no te resistas. A ver, á ver la herida.

—Atarazado en el muslo derecho por encima de la bota,—dijo el rey.

—Pero la sangre ha corrido por dentro y no aparecen manchas en la bota: ven, hijo, ven, siéntate aquí sobre este barril. Ya sabes que yo soy buen cirujano.

XII.

Habia tal naturalidad, tal aplomo, tal interés, tal cariño, en la expresion, en la palabra, en el acento de Cantoncillo, que engañó al rey.

Ni aún el recelo tuvo don Pedro de que él fuese quien habia salvado á Brianda.

Se puso en sus manos para que le curara.

Le lavó con vino la mordedura en que estaba marcada la terrible caja de dientes del desventurado Belfegor; se sirvió de su propia camisa para hacer un vendaje; una vez curado, el rey recogió su puñal, que estaba sobre la sangre del perro; lo limpió, lo puso en la vaina que habia quedado en el cinturon del rey, y dando á éste su brazo le subió por las escaleras.

—¡Tengo fiebre!—exclamó el rey al llegar á la cocina.

—Mejor,—dijo para sí Cantoncillo,—la fiebre le postrará por más tiempo que el que yo necesito.

Cantoncillo llamó.

Pero no respondió nadie.

Todos estaban escondidos.

Al fin, á las reiteradas voces de Cantoncillo en la galería, acudieron dos ó tres servidores del castillo.

—Llevad á su señoría donde repose,—dijo Cantoncillo.

El rey fué conducido á una de las mejores cámaras.

De las que habia en el castillo para los huéspedes nobles.

Cantoncillo metió en la cama al rey.

—¿Sabes que me encuentro mejor?—dijo éste.

—Como que descansas al fin, hijo mio; duerme, duerme, que yo te guardaré el sueño.

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)



LOS TEATROS.



o es nuestro propósito, al menos en este momento, ejercer la difícil y por lo general poco simpática misión del crítico. Nos limitaremos á ser cronistas, á contar lo mejor que nos sea posible lo que hemos visto y oído á unos y á otros; en una palabra, sólo tratamos de hacer historia, como dicen los franceses y también algunos españoles, y sin perjuicio de aventurar ciertos comentarios, de cosecha propia, que en el trascurso de esta revista se nos vengán á las mientes, nada haremos ni diremos que no sea de todo punto ajeno al dogmatismo retórico y científico de que tanto se ha abusado en esta época, más fecunda desgraciadamente en críticas acerbadas que en creaciones de alto vuelo y de espontánea y robusta inspiración.

Además, tratándose de nuestro teatro, preciso es confesar que se encuentra en las peores condiciones para el que escribe. Todo el mundo pretende ser autor, y aún cuando los que saben su oficio se encuentran en minoría, la competencia es cada vez más grande, y el que no logra distinguirse por su mérito, se atrinchera para luchar en baratura, en fecundidad y á veces en influencia. El público, por otra

parte, es poco ó nada entusiasta, si se exceptúan algunas honradas familias, que sólo van al teatro en las grandes solemnidades civiles ó religiosas, de suerte que es preciso un conjunto de circunstancias difícil de reunir, para que una obra alcance quince ó veinte representaciones consecutivas.

En Francia y en otros países, el autor dramático escribe para todo el mundo. Todos le elogian con más ó menos entusiasmo y contribuyen con su óbolo al sostenimiento de la causa del arte; pero nosotros, los españoles, como decia el personaje de una comedia, lo hemos arreglado de otro modo. Recorred uno por uno todos los coliseos de la villa y córte y os encontrareis siempre con el mismo público. Los españoles somos por naturaleza extremosos, y, artísticamente hablando, nuestro pueblo se divide en dos partes: gentes que no van en su vida al teatro y gentes á quienes parece que les falta algo si no lo favorecen con su asistencia todas las noches.

Inútil es decir que estas últimas forman y constituyen, por derecho propio, ese mónstruo de cien cabezas que diariamente llamamos el ilustrado, el indulgente, el escogido público, y tambien con mucha frecuencia el *todo Madrid* donde tienen dignísima representacion, al decir de algunos revisteros almibarados, la aristocracia de la sangre y del talento, la banca, la política, el mundo literario y otras no ménos respetables y elevadas entidades.

Ahora bien; como todos hemos convenido en que lo corts no quita á lo valiente, nada tiene de extraño que mostrándose el consabido público tan respetable, tan selecto, y sobre todo, tan uniforme y asídúo, sea, á pesar de tantas y tan excelentes cualidades, una verdadera calamidad para los autores. Y la causa ó el fenómeno (porque ahora á cualquier cosa se le llama fenómeno) es bien fácil de explicar y no ménos sencillo de comprender.

La primera condicion de un público es que sea susceptible de impresionarse, de tomar un interés directo en las peripecias de la produccion dramática. Para esto es indispensable que los espectadores estén en una disposicion de ánimo tal que les permita identificarse con los personajes de la obra; y

nosotros preguntamos á quien se sirva darnos cumplida respuesta: ¿se encuentra en estas condiciones el público que generalmente asiste á nuestros teatros?

Una gran parte de él apenas fija sus ojos en el espectáculo. Lo forman aquellos que han tomado la costumbre de hacer la digestion en el Real ó en la Comedia, en Jovellanos ó en Ápolo. Van al teatro por seguir el alza y baja de lo que ocurre en la córte, por ver á sus amigos, por no oponerse á la magestuosa corriente de ese caudaloso rio que se llama *todo Madrid*.

Esas damas elegantes que por lo mismo que son el astro de todas las fiestas no faltan á ninguna, y que exhiben cotidianamente su peregrino rostro desde el aristocrático palco, os confesarán con adorable sonrisa, caso de que tengais la envidiable confianza de preguntárselo, que han visto ocho ó quince veces todas las óperas y comedias que se representan á la sazón, argumento sobradamente poderoso para justificar sus continuas distracciones.

Hay otra parte del público, quizá el más numeroso, que lo forman personas indiferentes é incapaces de sentir ni expresar nada artístico. Estos, sin embargo, suelen ser espectadores de buena fé y se concretan á juzgar por impresion sin preocuparse en lo más mínimo de si la versificación es fluida, de si los caracteres están sostenidos, de si existe unidad de pensamiento, ni de si el problema filosófico se encuentra bien ó mal determinado, cosas todas de las que discuten con la misma vaguedad con que todos hablamos de Júpiter y Saturno y decimos que uno y otro son tantas veces mayores ó menores que nuestro planeta.

¿Qué resta ya del indulgente, del ilustrado, del respetable público de que siempre estamos ocupándonos?

Unas cuantas personas sensatas de verdadera ilustración, ajenas á todo espíritu de parcialidad, que desgraciadamente están en minoría en todas partes, y algunos retóricos y críticos de oficio, á quienes los autores condenarian á destierro perpétuo, si tuvieran facultades para tanto.

Este es, poco más ó ménos, el público.

*
* *

Demos empiezo á nuestra historia. Siguiendo la costumbre establecida de rendir un tributo de respeto á la memoria de los autores antiguos, el clásico teatro Español abrió sus puertas al público en la presente temporada, poniendo en escena el drama *Sancho Ortiz de las Roelas*, cuyo protagonista fué confiado al Sr. Vico, que supo, como siempre, salir airoso de su empresa y conquistar legítimos aplausos.

Después, y con motivo del fallecimiento del ilustre literato y docto académico D. Juan Eugenio Hartzenbusch, acordóse, como era muy justo, honrar su memoria mediante la representación de alguna de sus obras, y con tal intento fué elegida entre las de su repertorio la que lleva por título *La Jura en Santa Gadea*, que es una de las más celebradas que han salido de la discretísima pluma del inspirado autor de *Los Amantes de Teruel*.

Ya era hora de ofrecer á los aficionados á cierto género de emociones el incentivo de un estreno, y comprendiéndolo la empresa así, anunció un drama nuevo, si bien no lo era tanto que no se hubiese representado en París anteriormente, bajo el sencillo título de *Le fils de Coralie*. Se trataba en efecto de trasplantar una delicadísima flor, cuya fragancia iba á extinguirse al cruzar los Pirineos, como mueren las palmeras y las aves del trópico al contacto de los hielos de Laponia. *Le fils de Coralie* ó *El Coronel Estéban*, título con que se tradujo á nuestro idioma, tenía un sabor francés tan marcado, que el público le franqueó sus fronteras en actitud reservada y como á condición de que se internase pronto en su territorio; y en efecto, después de algunas representaciones, no muchas por cierto, dejó el drama de figurar al frente de los carteles del teatro.

Nadie es profeta en su patria, ménos los franceses, que pierden un cincuenta por ciento tan pronto como van á otra parte.

¿Quiere esto dar á entender que el drama de Alberto Delphit no es acreedor á grandes aplausos? No, ciertamente que no. Lo único que puede deducirse de estas palabras, es que los escritores en Francia cuentan con una infinidad de elementos que en la mayor parte de los países no se encuentran. La recta interpretación de esas frases, es que Europa no

es París, como muchos franceses se figuran, y que sus producciones, saturadas casi siempre de espíritu parisiense, no suelen tener el carácter de universalidad que se necesita para que puedan recorrer el mundo con general aplauso. *Le fils de Coralie* es una hermosísima creación, es un verdadero drama lleno de pasión, de delicadeza y de ternura; pero ni el señor Echevarría, que es un profundo conocedor del teatro, ni ningún otro en sus circunstancias hubieran logrado españolizar el drama de Alberto Delphit, hasta el punto de hacerle echar raíces en nuestra escena.

Esto es sensible, y más para los que no ocultamos nuestras aficiones al género realista bien entendido, tal como lo comprenden Alejandro Dumas y Victoriano Sardou, pero es un hecho y es forzoso soportar su imposición.

Visto y juzgado *El coronel Estéban*, se anunciaron otros dramas de repertorio, y *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *Don Juan Tenorio*, *El castigo sin venganza*, y otras obras de todas conocidas, volvieron á turnar pacíficamente para solaz y recreo de los abonados al coliseo de la calle del Príncipe.

Poco tiempo despues, anuncióse con toda pompa y aparato una nueva producción de D. José Echegaray. Las localidades alcanzaron precios inverosímiles. Los amigos y admiradores inundaron el teatro, todo fué júbilo, satisfacción y contentamiento, y de cuanto allí ocurrió diremos cuatro palabras, y ya que no pudimos ser más diligentes y llegamos con gran retraso, vamos á tratar de no hacernos enojosos ni difusos.

Entre todas las obras que se han estrenado en el teatro Español, en lo que va de temporada, ninguna ha producido tan honda impresión en el público como el último drama de Sr. Echegaray, *La muerte en los labios*.

Los admiradores entusiastas é incondicionales de este aplaudido autor han agotado con tal motivo el vocabulario de los elogios; los críticos en su mayoría tampoco han podido reprimir el entusiasmo, y sus artículos, en vez de amargas censuras, envolvian cantos de alabanza, himnos apologéticos, entonados en loor del ilustre vate que tantos y tan ruidosos triunfos ha conquistado en nuestra escena. Con raras excepciones, puede decirse, que todo Madrid ha visitado

el clásico coliseo de la calle del Príncipe, para juzgar por sí mismo el mérito de la nueva producción; y en una palabra, *La muerte en los labios* ha sido objeto de todas las demostraciones, juicios y controversias que forman, por decirlo así, el indispensable atributo de las grandes obras, y que en modo alguno pueden confundirse con los benévolos aplausos que se tributan á otros dramas que no pasan del nivel ordinario, y de los que sus autores no pueden prometerse lauros imperecederos.

El Sr. Echegaray es hoy, sin disputa, de todos los autores dramáticos, el que acomete con más denuedo y brillantez los más árduos problemas, las más graves cuestiones filosóficas. En todas sus obras se advierten, sin embargo, los mismos defectos; que en un principio atribuimos todos á su inexperiencia. Existen en el órden artístico, como en el fisiológico, ciertos vicios constitucionales, orgánicos, que ningun específico es suficiente á curar, y algo de esto le sucede, á nuestro juicio, al inspirado autor de *En el seno de la muerte*. Concibe con facilidad portentosa las situaciones dramáticas más atrevidas y de más grande efecto, y sin embargo, muchas veces no encuentra para dar movimiento y vida á una creación elevada, grandiosa, más que recursos pueriles, faltos de verosimilitud, hasta inocentes en ciertos casos. Un atento observador diría que, enamorado de lo sublime de la idea, olvidaba con frecuencia los enojosos procedimientos y pormenores que hay que emplear para darle la debida forma; mas si esto fuere así, bueno sería recordar que, en los dramas como en los pleitos, no basta tener razón, sino que es forzoso hacerla patente por el camino más corto, porque de otra suerte, el litigio se involucra cada vez más, y la sentencia recae en sentido perfectamente opuesto á lo solicitado.

El último drama del Sr. Echegaray puede considerarse como una de sus mejores obras, así por la elevación del pensamiento, como por la valentía con que se retratan las pasiones; pero á pesar de todo esto, el autor, consecuente sin duda con su idiosincrasia artística, hace girar toda la acción sobre un recurso tan inverosímil y poco ingenioso, como el de suponer que un hombre á quien se confía un libro que

puede comprometer su vida y la de los seres á quienes consagra por completo su cariño, se entretenga en hojear aquél y exhibirlo con todo reposo en su mano, en sitio ó lugar donde debia abrigar el temor de ser descubierto al menor descuido, como en efecto sucede.

El Sr. Echegaray ha logrado vencer las inmensas dificultades del acto primero, brillante disertacion teológica, que el público oye sin pestañear, no obstante la aridez de la materia. Ha conseguido hacer un segundo acto notabilísimo, el mejor de la obra, cuyo efecto dramático es asombroso. Ha hecho, en fin, que el tremendo desenlace del tercero pasara sin protestas, y áun que se aplaudiese, si bien no con tanto entusiasmo como los dos primeros, y sin embargo, el Sr. Echegaray no ha encontrado otro resorte más poderoso para dar forma y movimiento á aquella concepcion verdaderamente grandiosa que el del libro arrebatado por los calvinistas de entre las manos imprudentes del discípulo de Miguel Servet.

Algunos otros detalles de la misma índole pudiéramos citar y que vendrian á confirmarnos en la idea de que el Sr. Echegaray encuentra casi siempre dificultades para vencer los pequeños obstáculos, en tanto que sabe dominar otros de extraordinaria magnitud; pero sea como fuere, es lo cierto que su último drama ha sido el que mayor número de aplausos y representaciones ha alcanzado en la presente temporada en el teatro Español, y nosotros, como meros cronistas que somos, debemos limitarnos á hacerlo constar así, sin entrar en otros juicios y apreciaciones, que son atributo exclusivo de la crítica.

Aún se representaba con gran éxito y excelentes utilidades *La muerte en los lábios*, cuando los carteles del coliseo de la calle del Príncipe anunciaban el estreno de otro drama, debido á la pluma de un escritor justamente celebrado por su talento. Titulábase aquél *El código del honor*, y es una obra en la que abundan los pensamientos bellos, las imágenes delicadas, la fluida y galana versificación de que su autor habia dado testimonio elocuente en todas sus producciones; mas no bastaron todos los encantos, todas las filigranas de la forma á salvar los defectos capitales de que adolecia el fondo. Un

autor dramático no está nunca libre de equivocarse; por eso vemos con tanta frecuencia que las obras en que mayores esperanzas se fundan, son las que dan origen á los más lamentables fracasos.

Posteriormente se representó en el mismo coliseo un drama en tres actos, original de los Sres. Cano y Cueto y Gimenez Placer, titulado *Bajo el Cristo del Perdon*. Sobre el mérito de la obra se ha hablado y se ha discutido mucho. Nosotros suprimiremos por lo mismo todo linaje de comentarios, limitándonos á manifestar que ha logrado un corto número de representaciones.

Para dar término á esta série de triunfos y desengaños, debemos decir que el sábado último acudió el público presuroso á presenciar el estreno de otro nuevo drama, escrito por el Sr. Cavestany. Titúlase aquél *Despertar en la sombra*, denominacion que algunos no encuentran bien justificada, y que desde luego acusa cierta inclinacion al género que hoy predomina. Se trata de presentar el adulterio bajo una nueva fase. Un médico que vive contento y feliz, rodeado de su familia, llega á saber que la que siempre habia creído su hija es el fruto de un amor criminal. La esposa adúltera, que ha sabido ocultar largos años su falta, muere de una dolencia al corazon y obtiene al fin el perdon de su marido, el cual tambien llega á considerar como á su propia hija á aquella infeliz criatura, causa inconsciente de sus desgracias.

No entramos á analizar los recursos dramáticos de que se sirve el autor para que se justifiquen de algun modo ciertas situaciones, porque entónces tendríamos que entrar en un estudio crítico que la falta material de tiempo nos impide hacer. Baste consignar que esta nueva produccion del Sr. Cavestany no brilla por el interés del asunto ni por la originalidad de su desarrollo, sin que esto sea obstáculo para que se encuentren en ella escenas delicadas y del mejor efecto, caracteres bien delineados y felices rasgos de poeta que acreditan las excelentes condiciones que en el Sr. Cavestany concurren para seguir con fortuna la difícil carrera que ha emprendido.

En cuanto al estreno de esta obra, todos convienen en

que fué de los más accidentados. Unos aplaudían, otros protestaban. Se entabló una verdadera lucha que dió origen á ciertas demostraciones exageradas por parte de unos y otros; pero al fin, puede decirse que el Sr. Cavestany venció, y tuvo que presentarse repetidas veces en la escena.

La ejecución de la obra fué esmeradísima, distinguiéndose mucho la señorita Mendoza, Vico y Calvo (D. Ricardo).

* * *

Hemos dejado para la última parte de esta desaliñada revista el teatro de la Comedia, del que nos ocuparemos con algun detenimiento, no sólo por su superioridad jerárquica entre los de su especie, sino también por razones de mayor trascendencia en el orden artístico.

Varias son las obras estrenadas en aquel coliseo desde que abrió sus puertas al público, dando empiezo á la temporada cómica actual, y entre otras recordamos las nominadas *La primera cura*, *Un grano de arena*, *La vecina del segundo*, *Solitos*, producciones todas que han tenido excelente acogida, y han sido justamente celebradas, por reunir cada una dentro de su género las condiciones apetecibles. Ultimamente, y á fin de dar mayor interés al beneficio del primer actor y director D. Emilio Mario, se anunció una comedia en tres actos y en verso, *El Guardian de la casa*, y el éxito obtenido por ésta y sus circunstancias especiales bien merecen que nos detengamos un momento para hacer de la misma un breve exámen.

El Guardian de la casa no es un juguete cómico en tres actos como otros muchos que diariamente se representan, y cuyo único mérito consiste en estar escrito en fáciles y chispeantes redondillas. No es tampoco una mera colección de equívocos y frases de doble sentido, puestos en boca de cuatro personajes grotescos, como suelen serlo algunas producciones que no por esta causa dejan de conquistar aplausos. *El Guardian de la casa* es una comedia, una verdadera comedia, con todos los atributos de tal. Su autor es un jóven estudiante de medicina, que poco tiempo há era completamente descono-

cido en los círculos literarios. Sin pretensiones, sin otro propósito acaso que el de probar fortuna, lanzóse al teatro valerosamente, y su primer campaña fué una derrota. Después se repuso de la caída y escribió de nuevo. Esta vez fué más dichoso, y *Carrera de obstáculos*, su segunda obra, logró un éxito satisfactorio; pero sin que hubiese motivo para sospechar que el joven escritor iba á colocarse muy por encima de la mayor parte de sus colegas. Por fin, alentado, sin duda, por el aplauso y los elogios de la crítica, se preparó á darnos por tercera vez elocuente testimonio de su ingenio, y *El Guardian de la casa* realizó con creces seguramente las esperanzas que él y sus amigos abrigaron desde el primer momento.

Ceferino Palencia ha revelado en esta ocasión verdadero genio, profundo conocimiento de la escena, de las pasiones y de la vida. Severo en su frase, sin alardear de ese hinchado lirismo que tan frecuente es entre nuestros poetas, pinta en cuatro rasgos el carácter de sus personajes. La trama de su comedia es sencilla. Allí no se agitan esos grandes problemas sociales que ponen en horrible tortura la imaginación del auditorio. Se trata simplemente de un padre simple y de una madre literata que han desatendido de un modo deplorable la educación de su hija, una preciosa muchacha llamada Carmen, que siendo excelente y abrigando los mejores instintos en el fondo de su alma, no hace más que tonterías ni piensa más que en componerse, ni aspira á otra cosa que á tener muchos novios y á no ser contrariada en lo más mínimo.

Un señor D. Justo, respetable anciano, amigo, muy leal por cierto, del que debiera ser jefe de aquella familia desdichada, sabe que su hijo único, modelo de virtudes, está prendado de Carmen y resuelto á contraer vínculos indisolubles con aquella mujer coqueta y frívola.

D. Justo, al conocer á fondo su carácter y condiciones, adopta la resolución más discreta, la de impedir á todo trance la desgracia de su hijo, con quien Carmen sólo tuvo relaciones cuando éste empezaba la carrera militar y del que ni siquiera recuerda el nombre. Carmen ignora que aquel joven, después de haberse separado de ella y de batirse valerosamente en América, no la ha olvidado un sólo momento;

pero una frase indiscreta que se le escapa á D. Justo en un arranque de amor paternal, hace surgir de repente la luz ante sus ojos.

Desde aquel instante empieza la trasformacion de Cármen, uno de los rasgos más felices de la obra. Aquella mujer veleidosa inclina tristemente la cabeza y medita. La conciencia es más elocuente en ciertos casos que la voz de todos los grandes tribunos. Compara su conducta y la de German (este era el nombre de su antiguo amante), y el frio del remordimiento hace que se conmuevan todas las fibras de su ser. Ella, caprichosa y coqueta; German, consecuente y apasionado. Ella, superficial y frívola; él, valeroso y ambicionando conquistar eterno renombre para ligar su destino al de la mujer que adora; ella, entreteniéndose en estériles devaneos; él, asegurando su porvenir y conquistando laureles. Todo esto se deduce de las acciones y de la actitud de Cármen; no se manifiesta por medio de interminables monólogos, segun es uso y costumbre entre otros autores de ménos instinto dramático que el que nos ocupa; todo esto viene sencilla y naturalmente, sin frases huecas, sin conceptos campanudos sin gimoteos, desmayos ni síncope de ninguna especie, en medio de un diálogo animado, lleno de chistes, tal y como sucede en la vida real, donde, como ha pensado muy acertadamente Ceferino Palencia, el drama psicológico y el carácter ligero, el tono frívolo con que en el exterior se manifiesta, suelen estar estrechamente unidos.

En vano trata D. Justo de probar á Cármen que su hijo nunca ha pensado en ella y que ha contraido enlace con otra. El instinto de una mujer no se engaña jamás en estos casos.

Ella ve siempre á German tierno y apasionado, sin otro deseo que amarla y hacerla dichosa.

¿Y qué hace D. Justo en tales circunstancias? Convencerse de que Cármen es buena, aunque mal educada, y despues de poner al padre de tonto que no hay por dónde cogerlo, y demostrar á la madre que no supo llenar su mision de tal, consentir en aquel enlace con júbilo, satisfaccion y propósito de la enmienda por parte de todos.

Tal es, á grandes rasgos, el bosquejo de la última produc-

cion del Sr. Palencia. El que esto lea quizá encuentre en todo ello puerilidad, inocencia, falta de intencion y de sentido dramático; pero á pesar de todo, cuente que al salir del coliseo de la Comedia se sentirá conmovido á la par que satisfecho, y quien sabe despertar emociones y elevar las ideas sin traspasar los límites naturales de la vida, que son á la vez los del teatro, bien merecido tiene el título de maestro en el difícil arte de hacer comedias.

El Sr. Palencia posee la única, la verdadera condicion del que trata de conquistar lauros en la éscena: profundo, verdadero sentido dramático, que es lo que más se busca y lo que ménos se encuentra desde hace mucho tiempo.

Algunas escenas, como la de D. Justo y Cármen en el acto segundo, son dignas de nuestros mejores dramáticos; y por sí solas bastan para acreditar el nombre de un poeta.

El Guardian de la casa ha sido ejecutada con intachable esmero por todos los actores que toman parte en la obra. La señora Tuban y el Sr. Mario principalmente, han sabido colocarse á la altura de los verdaderos artistas. Reciban, pues, nuestra cordial enhorabuena el jóven autor y sus dignos intérpretes.

AUGUSTO CHARRO-HIDALGO.





BOLETIN BIBLIOGRÁFICO ⁽¹⁾

Celestino Port.—*Recuerdos de un nonagenario, Memorias de Fr. J. Besnard, publicadas sobre el manuscrito autógrafo.*—Dos tomos.—París.—Precio, 15 francos.

Los aficionados á libros curiosos deben leer este importante trabajo, en el que los hechos y las cosas tienen el poderoso atractivo de ser referidos y relatados por un testigo presencial.

Los *Recuerdos de un nonagenario* son una especie de memorias escritas sin pretensiones de ninguna clase, y sin idea de que fuesen publicadas y conocidas por el público. Su autor fué un hombre sencillo, ageno á los intereses de partido, y que tuvo la imponderable suerte de vivir cerca de un siglo, entre los años de 1752

y 1842. Así que llegó á la última etapa de su vida reunió todos sus recuerdos, y gracias á esta circunstancia especial, podemos ahora discurrir y darnos cuenta de los hechos ante el cuadro fidelísimo que se destaca ante nuestros ojos, y que comprende desde el reinado de Luis XV hasta el de Luis Felipe.

Francisco Besnard, el autor de las memorias de que hablamos, tuvo una existencia variadísima, y ejerció distintos cargos y profesiones, que le permitieron enriquecer con nuevos datos sus *Recuerdos*. Primero ejerció varios cargos eclesiásticos; despues renunció á ellos, y desempeñó otros de distinta índole. En 1823 se estableció en París, y las circunstancias le permitieron entrar en relaciones

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicacion.

intimas con una multitud de personajes eminentes, de los que refiere anécdotas y detalles que positivamente no se encuentran en ningun otro libro de los publicados hasta el día. De este modo parece como que los hechos quedan mejor grabados en la memoria, y en algunos momentos hasta podemos hacernos la ilusion de creer que asistimos á los curiosos acontecimientos que forman la historia del siglo XVIII y la de principios del XIX. Así es como mejor puede estudiarse, bajo su verdadero aspecto, la vida de provincias, en otras épocas, tanto en las ciudades como en el campo; lo que pasaba en el interior de los conventos y de las escuelas, y lo que era París y el Directorio, el pueblo y la milicia, los consejeros del rey y la fastuosa córte de Versalles.

Cuando se estudian atentamente estos períodos históricos, y principalmente en un centro de la importancia de París, es cuando mejor pueden observarse los cambios, las trasformaciones de que es susceptible la humanidad en poco tiempo. En las ideas, en las costumbres, en el modo de ser existe una diferencia entre nosotros los hombres de hoy y nuestros abuelos, que sorprende la imaginacion y excita á pensar y á reflexionar hasta á los más indiferentes.

En medio de estas mudanzas, de estas trasformaciones continuas, nos preguntamos uno y otro dia si hemos salido ventajosos. La solucion del problema es difícil. El hombre, en su desenvolvimiento, pierde por un

lado lo que gana por otro, y si en general alcanza un mayor grado de civilization, conforme van acumulándose los siglos, no puede decirse por eso que logra ser más feliz ni más afortunado. Las ambiciones se despiertan á medida que sus deseos se van realizando; siempre hay "un más allá" donde dirige sus miradas con afan inextinguible; siempre huye tambien como una sombra lo que soñó era su felicidad, tan pronto como se aproxima el instante apetecido.

La historia, ese hermoso libro donde los pueblos reflejan sus pasiones, barajando las virtudes con los vicios, nos lo demuestra así. Nace un imperio colosal y su propia grandeza lo ahoga. Surge de entre las tinieblas un génio poderoso, un hombre privilegiado, nacido para inmortalizar su nombre y redimir su patria de servidumbre vil, y es víctima del puñal asesino ó de la calumnia cobarde. Nada vive completo, nada se perfecciona hasta el fin. Todo muere cuando acaso más ópimos frutos prometia. Lo que ganan los pueblos en juicio y madurez lo pierden en imaginacion y en sentimiento.

Se sacude la tiranía de los reyes de derecho divino, y otro ídolo, quizá de barro más deleznable, surge de entre las oleadas de la revolucion para hacer á un pueblo que arrastre nuevas cadenas y se doblegue ante su voluntad omnipotente. Mr. Besnard, el autor de esas memorias que aquí hojeamos, viviendo en medio de la Francia, la más tumultuosa, la más agitada de las naciones, ¡cuántas y

qué cosas no habrá visto en el largo período de su vida! ¡Cómo no ha de interesar un libro escrito por quien ha presenciado el tremendo oleaje de tantas pasiones!

Mr. Port, á quien se debe la publicación de las Memorias íntimas de Mr. Besnard y que las ha corregido y anotado con gran esmero, es, pues, digno de ologio, y nosotros no hemos de escatimárselo en la ocasion presente.

* * *

Eugenio Munt (Rafael).—*Su vida, sus obras y su época.*—Un tomo de 500 págs inas.—París.—Precio, 25 francos.

Muchas obras se han escrito destinadas á enaltecer ó propagar los méritos del más celebrado artista, del más poderoso génio de la pintura. En alguna de ellas han revelado sus autores una erudicion sin límites, un conocimiento profundo de cuanto se relacionaba con el ilustre maestro; pero seguramente ninguno ha logrado hacer un trabajo tan completo, tan interesante, tan grato para el que lo lee como el de Mr. Eugenio Munt.

Rafael, como todos los génios artísticos, como todas las glorias de la humanidad, ha encontrado escritores que lo ensalcen y lo celebren en todas partes; pero no le ha sido tan fácil ciertamente encontrar quien supiera comprenderle y analizarle con esa mirada perspicaz, con ese golpe de vista privilegiado que sólo es dado poseer á los que tienen un talento crítico de primer orden. Mr. Munt se encuentra en este caso, y la especiali-

dad de sus conocimientos le sirve tambien de auxiliar poderoso.

Para estudiar concienzudamente al insigne Rafael, ha acudido á las mejores fuentes, buscando datos y noticias de origen auténtico. Ha leído cuanto se ha publicado acerca del inmortal artista, ha recopilado las opiniones de cuantos le han precedido en esta tarea, y por último, y como si todo esto no fuera bastante, ha estudiado por sí mismo todas las obras de Rafael, juzgándolas y clasificándolas cuidadosamente, mostrándose así tan profundo historiador como hombre de verdaderos conocimientos artísticos, cualidades ambas que hacen más completo su trabajo.

Al recorrer las páginas de este libro, puede decirse que tenemos á la vista una historia del arte italiano y de la Italia en su conjunto, en la época de Rafael.

Con esto es suficiente para que nuestros lectores comprendan la magnitud de la obra llevada á feliz término por el concienzudo escritor de quien nos venimos ocupando.

* * *

Pedro Arnó.—*La Geografía al alcance de los niños.*—Un tomo.—Madrid.

Muy pocas páginas ha escrito el señor Arnó, y su infantil desvelo ha quedado, por tanto, reducido á un libro de muy pequeñas proporciones; pero, sin embargo, como en materia de libros no es siempre lo mejor lo que más abulta, hemos decidido ocuparnos del Sr. Arnó, quien, á nuestro juicio, es acreedor á los elogios que

con la mayor sinceridad pensamos tributarle en este momento.

Su obra, aunque modesta en la apariencia, reúne, á nuestro juicio, dos circunstancias que son muy recomendables tratándose de trabajos didácticos: la concision y la claridad. Conocemos muchos libros del mismo género que no son ni breves ni sencillos de interpretar, y en esto se funda principalmente el mérito del señor Arnó.

Entre otras curiosas observaciones de este ilustrado catedrático, creemos dignas de reproduccion las siguientes:

“El empirismo ha ido amontonando noticias sobre noticias, observaciones sobre observaciones, sin que nadie se haya ocupado de clasificarlas y ordenarlas para el uso conveniente. Si un librero hubiese formado un catálogo de muchos millones de libros, por el mismo orden en que se hubiesen presentado á sus ojos en un revuelto depósito; si un impresor revolviere y mezclara todas las letras que forman un hermoso poema, y en este estado empezara su tiraje; si Dios, por fin, despojara de sus leyes físicas á la materia y cada átomo quedara completamente suelto y deslizado de todos los demás, convirtiéndose el universo en un espantoso caos, entonces tendríamos espectáculos parecidos al que nos ofrecen los actuales libros de geografía.

“*Geografía Universal* suele ser el título de esos libros. Geografía significa descripción de la tierra, según la etimología de la palabra y las defini-

ciones que se dan de esta ciencia. Si se toma el nombre *Universo* en sentido de *Tierra*, el adjetivo *universal* es redundante; y si se toma en el sentido de *Cosmos*, las palabras *Geografía Universal* expresan una contradicción palmaria. Si el libro no describe más que una nación, no le corresponde el nombre de Geografía, porque éste expresa la descripción de la totalidad de nuestro globo, y el adjetivo ó genitivo que suele agregarse, en vez de ser un límite es una nueva contradicción.

“Si avanzamos un paso más en nuestra ingrata tarea de críticos, encontraremos una definición que dice: “Geografía es la ciencia que trata de la descripción de la tierra.”

“En nuestro sentir, la geografía no trata de la descripción de la tierra, sino que es la descripción misma. Nos remitimos para comprobar nuestro aserto á la etimología y al contenido de los libros. Tratando todas las descripciones en general, y por consiguiente de cualquier descripción en particular, la retórica en cuanto á la forma, y la lógica en cuanto al fondo del pensamiento. Estos ramos del saber prestan auxilio á la geografía, como lo prestan á todas las ciencias, desde que todas requieren orden y enlace en las ideas y formas propias, más ó menos bellas, en el lenguaje. Pero dejemos este punto, que no es de capital importancia para nuestro objeto, y entremos á considerar la división que sigue después, porque ella es la piedra angular del edificio y en ella está basado el orden, el crite-

rio y la distribución de todo el libro.

“Que “la geografía se divide en astronómica, física y política,” es cosa que repetimos casi todos los días con el aplomo del que está seguro de hablar corrientemente y como un libro; mas meditemos bien, aunque sea por primera vez, este conjunto de palabras; apliquémosles los más sencillos principios de la lógica y del sentido comun, y nos quedaremos admirados de haber repetido maquinalmente, por espacio de tantos años, semejantes despropósitos. Efectivamente, lo primero que ocurre á cualquiera es preguntar: si hay geografía física, ¿por qué no ha de haber geografía química? Y si hay geografía política, ¿cuál es el motivo que puede impedir el que haya geografía religiosa? Se comprende que podrian, por este orden, multiplicarse las preguntas indefinidamente. Resulta, pues, que la tal division es incompleta, y lleva consigo un pecado de lesa lógica.

“Consideremos ahora por otra parte que todo cuanto sabemos de los astros se reduce á propiedades físicas, de manera que la parte llamada física debe comprender todo lo que puede tratarse en la que se denomina astronómica, y tendremos por consiguiente que una de las divisiones estará incluida en la otra, lo cual constituye otro delito contra la lógica de no ménos entidad que el anterior.

“Pero hay todavía otra novedad de más bulto. Despues de la division de la geografía en las tres consabidas partes, aparece en algun rincon de los libros actuales la *geografía histórica*.

Esta falta ya no es sólo contra la lógica, sino que afecta tambien á la aritmética, desde que se habian contado tres y ahora resultan cuatro.

“Seguimos adelante. El significado de la frase “geografía astronómica” parece que no puede tener otra traduccion que geografía *de los astros*. Siendo esto así, ¿qué será una descripcion de la tierra que tiene por objeto descubrir los astros? Indudablemente que aquí se llega al extremo de faltar gravemente al sentido comun.

“Si analizamos la frase “geografía física,” no la encontramos por cierto más cuerda que la anterior. El calificativo *física* debe referirse necesariamente, ó á la tierra, ó á la descripcion. Si se refiere á ésta, preguntaremos: una descripcion, esto es, un discurso ó una série de pensamientos, ¿puede ser física? y si se refiere á aquélla, añadiremos: ¿puede la tierra dejar de serlo? Para contestar á esta última pregunta, téngase presente que la tierra es un *cuerpo*, que por más señas tiene una forma y es materia muy conocida.

“Tal es el prospecto que llevan en su frontispicio; ya puede colegirse cuál será la organizacion del resto de las obras de que nos ocupamos. Brilla en ellas un desconcierto capaz de confundir la inteligencia, de enredar las ideas más claras, de refir con toda nocion estética y de hacer perder lamentablemente el tiempo á nuestra juventud.”

Aunque un tanto difusas, hemos creido conveniente reproducir estas observaciones porque nos han pareci-

do fundadas, y somos en todo contrarios á la rutina, que tan preferente lugar ocupa en las obras de esta índole. No hay más que coger un libro de texto, sobre todo si se refiere á la primera enseñanza, y ya tenemos el modelo de todos los demás. Parece como que los autores sólo se proponen copiar unos de otros, formando así interminable cadena, y por más que se repiten las quejas, y se dice de continuo que la falta de método es la causa de que la juventud no aproveche lo que debiera, el mal sigue sin correccion y los discípulos

aprendiendo hoy para olvidar mañana.

Ya lo hemos dicho anteriormente. El Sr. Arnó ha escrito una obrita que se aparta del camino trazado y que no es, como otras, reproduccion de las que le antecedieron. Con claridad, órden y brevedad se exponen los más elementales principios de geografía que todos estamos obligados á conocer, y por lo ménos se revela en aquellas páginas la iniciativa individual y el criterio propio de que todos debieran estar poseidos.

H:





LA LEYENDA DE LACAR.

A «LE FIGARO» DE PARIS.

Alphonse XII n'avait pas assisté à la déroute de Lacar; dans la matinée de ce jour fatal un de ses officiers avait été frappé à ses cotes... il avait reçu noblement le baptême du feu; ses conseillers le déterminèrent à quitter le théâtre des opérations et à revenir dans la capitale; mais ce ne fut pas sans avoir visité Pampelune et les principales villes de l'Ebre.

MARTNER, capitaine de E. M.—*La guerre carliste*.—Paris 1876; pág. 159.

Los poemas de los héroes legendarios nacionales jamás se han formado para España del otro lado de los Pirineos. Desde los antiguos romances épicos de Roncesvalles hasta los últimos himnos patrióticos de Bailén, toda es una misma epopeya de la fé nacional, cuyos más brillantes actores se encarnan en los valerosos caudillos que una y cien veces libraron la patria amada de las tan frecuentes como frustradas tentativas de opresion, que del lado de la Francia se ha pretendido tenazmente, desde hace siglos, ejercer sobre nosotros. Despues de los moros, franceses y nada más que franceses han sido y aún son los enemigos seculares contra quienes, de antiguo, ha tenido España que ejercer el valor de sus hijos. Nuestros grandes nombres militares modernos se han alzado al prestigio de la gloria. Por el Gran Capitan, á orillas del Garella-

no; por el conde de Fuentes, en Durlans; por el general Castaños, en las llanuras de Andalucía.

Nuestras disensiones patrias, de Francia nos han venido, y siempre ha sido tan inconveniente para nosotros su alianza como su enemistad. En los sucesos que podemos llamar de la historia contemporánea, solamente nos recuerdan la rota de Trafalgar, la última guerra Lusitana, los héroes del Dos de Mayo, el desaire de Córdoba en Italia, y la protesta de Prim en Méjico. Sólo el letal contacto con ese país, fuente de los desastres políticos de Europa desde hace un siglo, nos proporciona el gérmen de todas nuestras desventuras de los últimos reinados, en que la perjudicial influencia de Francia en España únicamente se ha dirigido á desorganizar la robusta nacion no domada en 1808; ya asediándola con contumaces propagandas demoleedoras, ya encendiéndola en devastadoras y sangrientas guerras serviles. Despues de esto, ¿qué alabanza, qué encomio de nombres, de caractéres ó de tendencias, al parecer españoles, podrán hacerse del otro lado de los Pirineos, que en vez de exaltar nuestro entusiasmo, ó de excitar nuestra gratitud siquiera, no abran profundamente en los corazones leales la entrada á la sospecha ó á la desconfianza? De ese lado del continente, jamás España ha oido, desde el reinado de Luis XIV, desde los pactos de familia, desde la cautividad de Bayona, desde la intervencion de 1823, desde los matrimonios reales, desde las alianzas con el último imperio, sino consejos de muerte, entre funestos golpes de vergüenza y de humillacion. ¿A quién, pues, inspirarán, ni la benevolencia de la intolerancia, sus *idilios* y *leyendas* sobre nombres sin prestigio, que nos son execrados, sobre sucesos de bárbara ferocidad que encienden nuestra ira patriótica, sobre tendencias abominables que están condenadas unánimemente por el noble sentimiento del porvenir, por el inmarcesible lauro de las batallas de la libertad, y por el inevitable curso del destino y de la historia?

Los nuevos trovadores andariegos de estos fingidos romances no alcanzarán, por ningun camino, la palma de sus propósitos; su móvil es bien conocido, y desde hace tiempo está en España declarado.

Después de todo, preciso es admirar el valor que se necesita en un escritor que se estima, tanto para levantar en sus manos, á fin de ensalzarlo á las alturas del empíreo, el giron de una bandera arrastrada por el lodo (que no otra cosa puede representar en Europa, cuya conciencia está sobre el particular bien formada, la enseña del tradicionalismo enarbolada por D. Carlos), cuanto, para contradecir, con invenciones que tocan en los umbrales de la calumnia, hechos cuya notoriedad, al alcance de todo el mundo, serán perpetuamente el abismo de la fábula, á cuya única aureola tienen que refugiarse los que en su historia no cuentan sino tristes páginas, donde cada leyenda es un borron. En el artículo publicado por el *Fígaro* de París el 2 del mes corriente, firmado por el príncipe de Valori, al cual nos proponemos dar cumplida respuesta en el presente escrito, comienza el trovador legitimista haciendo poco honor á la memoria del infante D. Carlos María Isidro, el primer pretendiente, confundiendo en un deplorable paralelo las cualidades personales de aquel hombre, que al cabo, aunque extraviado por su fanatismo y sus ambiciones, fué siempre buen español, buen cristiano y buen caballero, con otras ciertamente no tan respetables cualidades.

Ni la bandera de 1833 ha sido la bandera levantada cuarenta años más tarde, ni el caudillo de 1873 ha sido en nada parecido al de la primera guerra civil. Entre una y otra fecha no hay más que dos cosas iguales y comunes; el heróico y sufrido soldado español, siempre el mismo en cualquiera de los dos campos; la desventura de la patria, la misma siempre también, en toda su abnegacion y en todos sus sufrimientos por la sangre y la fortuna perdidas y por los progresos paralizados. Por lo demás, la base esencial de la guerra encendida á la muerte de Fernando VII por el infante D. Carlos, era el derecho, bien ó mal interpretado, y la significacion política era el accidente. ¿Puede decirse lo mismo de la guerra de 1873? La política en ella lo ha sido todo: del derecho nadie se ha acordado siquiera, nadie lo ha discutido, nadie lo ha reconocido. De que esta política, léjos de tener como en 1833 el carácter propio de una parte de la nacion—como el

príncipe de Valori ha querido consignar en una frase contrahecha que atribuye al infante D. Carlos sobre los auxilios extranjeros—solamente ha sido el fermento de todas las causas perdidas en Europa; ¿se necesitan para acreditarlo más pruebas que los hechos que todo el mundo conoce? El estado mayor de D. Carlos, con la apariencia de un círculo de familia, ¿qué fué más que un cónclave de príncipes destronados, que luchando con el de España, creían asegurar otras más latas aspiraciones, si el acaso, más que el propio mérito les deparaba la victoria? El conde de Chambord concediendo las condecoraciones de su fantástica potestad á los que se señalaban en la guerra de España, ¿qué otra cosa queria significar, sino el vasallaje francés y de familia á que se pretendia reducir en la hipótesis del triunfo á esta magnánima nacion? ¡Brillante porvenir se nos reservaba! Un nuevo pacto de familia y un reparto de vasallaje entre un pretendiente desahuciado á la corona de Francia y una numerosa comitiva de aspirantes á reyes en el duque de Parma y los condes de Bardi, Bari y Caserta, todos con D. Carlos tributarios del nieto del Rey guillotinado. ¿Era este el patriotismo en que el nuevo D. Carlos se confundia con el primer infante rebelde de su nombre? En cuanto á los elementos de la última guerra, todos provinieron del ultramontanismo europeo: el último pretendiente no ha obtenido de la Península, excepcion hecha del país vasco-navarro, más recursos que los adquiridos por el crimen y la violencia.

¡El valor de D. Carlos! No tenemos el honor de conocer al príncipe de Valori: con frecuencia leemos en el *Fíguro* artículos muy bien escritos en elogio de su ídolo tradicionalista, que no resplandecen ciertamente por la exactitud de los hechos que á las cosas de España se refieren, y á algunos de los cuales hemos contestado con tan mala fortuna, que no hemos conseguido hacer pasar nuestra réplica de las oficinas del *Fíguro* á las ilustradas columnas de este célebre periódico: no podemos tampoco apreciar los móviles de su reciente lucubraci6n; pero se necesita gran desenfado y despreocupacion para hacer del valor del último pretendiente el poema que en vano intenta formarle su blasonado trova-

dor. Es verdad que D. Carlos ha llamado por el órgano de sus partidarios, *traidores*, á los que ante la realidad degradante que se les ha ofrecido, en el ejército y en la corte por él formada, han sufrido la dolorosa prueba de la decepcion y del desengaño. La mayor parte de estos desengañados, en cambio, le han aplicado á él epítetos que la cortesía debida á quien lleva en sus venas sangre de príncipes nos impide mencionar. Estos epítetos se han generalizado en periódicos, en libros, en documentos judiciales, en la corriente de la opinion bien ilustrada.

Tal vez podrá ser hasta una calumnia; pero si es calumnia, no puede ménos de parecer deplorable que se haya dejado correr por Europa sin que ninguno de los cortesanos del alegre pretendiente sostenedores de sus principios haya procurado desvanecerla. ¿Qué se ha de decir de sus demás cualidades? Cuando inspirados por el áurea de las lisonjas *aretinas* se lee en algunos escritores propagandistas que, «dotado desde niño del instinto de los hombres de Estado y de los hombres de guerra, D. Carlos tiene el alma, el patriotismo y el teson de su abuelo, á cuyo ejemplo ha decidido no abdicar jamás,» la sorpresa apenas deja límite á la reflexion. ¡Hombre de Estado porque es firme, y hombre de guerra no sabemos por qué! Tambien Ana Conmeno, en su *Alexiada*, escribia de su padre presentándole fugitivo del campo de batalla, que *habia huido como un valiente*. Tal vez aquí esté el secreto de las cualidades brillantes de D. Carlos en la guerra y en el gabinete; porque al ménos si su gran cualidad como hombre de Estado consiste en imitar á su abuelo, mostrando su firmeza en su propósito resuelto de no abdicar jamás, como el príncipe de Valori consigna, lícito es preguntar: ¿qué otro partido le quedaba? Si lo mismo hubiera sido para él abdicar que no abdicar, ¿en qué estriba el mérito de su resolucion forzosa? El término de la ecuacion para él seria siempre el mismo; una infinita correlacion de ceros. Pero hé aquí que si como á hombre de Estado nadie le ha reconocido hasta ahora ninguna virtud, excepcion hecha del *Fígaro*, tal vez pudiera estar adornado de cualidades eminentes de hombre de guerra. Por lo ménos sobre esto hay datos

más positivos y pruebas más tangibles con qué ilustrar el juicio. ¿No ha dirigido una campaña de dos años? ¿Sus historiadores no le acumulan tantas victorias? ¡Ah! el príncipe de Valori es demasiado francés para tener obligación de conocer como nosotros la historia de nuestra patria, por más que sea la historia de ayer de mañana y esté relacionada con las esperanzas fervientes de un partido que tiene tantas raíces en Francia. La historia de esa campaña, sin embargo, no arroja sobre el campo de la crítica más que datos, sumas y juicios negativos.

Merodeados en España ó colectados en otros países de Europa, el pretendiente ha despilfarrado mil millones en dos años; ha contado con ejércitos de más de ochenta mil combatientes; ha tenido armas y pertrechos de guerra casi siempre en abundancia, y sin embargo, sólo ha podido sostenerse en las montañas de un determinado territorio de la Península, donde la opinion le era de todo punto favorable. Los soldados más distinguidos, á quien en definitiva él no ha tenido otra condecoracion que darles que el título de *traidores*, cuando no han satisfecho sus aspiraciones, organizaron la guerra, formaron ejércitos en varias otras comarcas de la monarquía, y algun aventurero, más sangriento que heróico, llevó el terror de sus atrocidades hasta poblaciones de Castilla, bien cercanas de la metrópoli. Todo inútil: mientras la nacion veia su ejército desorganizado por la revolucion, su Tesoro exhausto, su Gobierno en la anarquía; mientras Madrid estaba sin guarnicion é indefensas las provincias y el espíritu conservador de la sociedad se deshacia en clamores hácia algo que representara un principio de fé, un átomo de autoridad, D. Carlos, con todos los elementos que de dentro y de fuera recibia, manteníase al abrigo de sus montañas vascas, escondiendo entre ellas la poquedad de su espíritu, insensible al impulso que arrastra el ánimo ménos guerrero hácia las empresas de la temeridad, donde en momentos solemnes, como los que describimos, el arrojo conduce al entusiasmo, el entusiasmo al heroismo, y el heroismo al triunfo.

Sobre tan bellas cualidades, el príncipe de Valori escribe su poema: oigámosle como á los cuentos de Edgard Poë,

puesto que al cabo también el poema termina con patéticos desenlaces. ¡Oh! preciso es confesar que el príncipe de Valori es un gran poeta: ¡qué tonos! ¡qué colorido! «La providencia, dice, había elegido perfectamente á don Carlos, para hacerle el representante de la causa de Dios, (¡qué blasfemia!), del derecho (¡qué ignorancia!), y de la libertad (¡qué sarcasmo!) de España. Reflejaba en su exterior físico la grandeza moral de su misión. De estatura elevada, de bello semblante, con cierto aire de magestad esparcido en toda su persona, de una atracción particular para ingerirse en los corazones y de una cortesía insinuante y encantadora, etc., etc.: tal es el príncipe calumniado por los que no tienen sus cualidades. Cuando desnudó la espada, hubo en España como un renacimiento de gloria y de nuevo heroísmo.» No imponía su autoridad de rey en la campaña; ántes, prestando atento oído á los consejos de sus generales, decía: *Aunque yo soy el Rey, no tengo más que veintiseis años y me inclino ante vuestras canas.* Y cuando después de haber invertido tantos meses, tantos recursos y tantas esperanzas en fortificar la línea del Carrascal, mediante los movimientos del general Moriones, que liberaron á Pamplona de su largo asedio, presencié el abandono de aquellas obras estratégicas sin ver á un enemigo, sin oír el disparo de un fusil, por resultar completamente estériles, después de la feliz operación del general alfonsino, no pudiendo contener aquel ardor, que el príncipe de Valori le ha reconocido, ordenó la concentración de todas las fuerzas carlistas en Puente la Reina, dejó que la chusma culpára á Mendirry de traidor, le mandó tomar la defensiva y dispuso atacar á Lacar resueltamente, gritando:—Señores, como Rey y como general, yo asumo sobre mí la responsabilidad de esta jornada, y sólo exigiré de vosotros la de la ejecución de las órdenes que yo dé.—¡Qué inspiración tan sublime! ¡Qué victoria tan estupenda! ¡Qué humanidad tan exquisita con los vencidos y los prisioneros! Nunca vieron ojos humanos triunfo más completo. A punto hallóse D. Carlos de coger prisionero al Rey D. Alfonso. Al ménos, desde una altura en que el príncipe de Valori lo supone testigo de la batalla

por él dirigida—¡indigna el extremo de la invencion! *il aperçut dans la direction d'Esquinza, un groupe de cavaliers: ils fuyaient à toute vitesse. C'était D. Alphonse: quelque minutes plus tard, il aurait été pris...* ¿No asombra esta ofensa á la verdad? ¿No se indigna el ánimo al transcribirla?

La sorpresa de Lacar fué un hecho desgraciado de la guerra, que deslustró en el ejército alfonsino un día de brillantes episodios para la limpia historia de nuestro ejército disciplinado. Sin embargo, ninguno de los accidentes de aquel hecho tan decantado por los partidarios de D. Carlos, tiene nada de relevante y heróico en el sentido propio que en el arte de la guerra se da á las acciones dignas de renombre. De parte del ejército real hubo en efecto una falta grave, redimida al costoso precio que en campaña se pagan las faltas todas: de parte de las bandas del pretendiente, el encarnizamiento salvaje de una horda desenfrenada, ávida de despojos y de sangre, á pesar del matiz de humanidad que el príncipe de Valori ha inventado para hacer resaltar los sentimientos del conde de Bardi en aquella luctuosa jornada. ¿No están contestes por ventura todos los historiadores de la última guerra civil acerca de los hechos de aquel día? El príncipe de Valori se halla, en lo que le conviene, de acuerdo con Piralla; pero si tal es la autoridad de este escritor, ¿por qué no sigue consecuentemente su testimonio histórico de los sucesos? Si el príncipe de Valori fuese español, sabría que la última obra de este autor, los *Anales desde 1843 hasta la conclusion de la última guerra civil*, es una vasta compilacion donde se encierra con culto espontáneo á la verdad, cuanto de una y otra parte se ha escrito, y lo que es más interesante, cuanto de una y otra parte, *al habla* se le ha revelado ó textificado con los documentos originales.

El capitán de estado mayor del ejército francés Mr. Martner ha escrito, con el título de *La guerra carlista*, otra narracion sumaria de los sucesos militares de España desde el principio de la insurreccion tradicionalista de 1873 hasta su fin en 1876. En ella están, desde la página 145 á la 159, la relacion de todo lo concerniente á la funcion militar de 3 de Febrero; ¿por qué el príncipe de Valori no la ha consul-

tado? Por último, también en París, D. Francisco Hernando publicó bajo el criterio carlista en 1877 otro libro con el epígrafe de *La campaña carlista*, en el cual desde la página 381 á la 383, la sorpresa de Lacar se refiere con todo su colorido. ¿Será también sospechosa la narración de este autor? Ninguno ha parecido digno de ser seguido por el príncipe de Valori en su artículo publicado en el *Fígaro* el día 2 de este mes.

Preciso es restituir los hechos á la verdad; por fortuna, hay demasiados testimonios públicos que la esclarezcan, y son hechos de ayer, que todo el mundo conoce. Nosotros no hemos de poner ni un sólo dato de nuestra cosecha. D. Fernando Laserna en *La Restauración y el Rey en el ejército del Norte*, Piralá, Hernando y el capitán Martner, en las obras citadas, serán nuestros veraces guías en esta noble empresa.

Desde el 1.º de Febrero comenzaron las operaciones bajo el mando supremo del Rey D. Alfonso XII. ¿Qué misión había llevado al Norte? Sus proclamas al país vasco-navarro lo acreditan: «He subido al trono (decía en estos documentos »el Rey magnánimo, nuncio bienhechor de la paz), he subido »al trono como quería, sin que haya corrido por mi causa »ni una gota de sangre. Si disputais el paso á mi ejército, »fuerza será pelear; pero veré la pelea con hondo dolor. »Antes de desplegar en las batallas mi bandera, quiero pre- »sentarme á vosotros con un ramo de oliva en la mano.» ¿Era este el lenguaje de D. Carlos? ¡Ah! D. Carlos no entendía más que de la guerra, hecha por otros para gozar él del triunfo, quedándose en la eventualidad de la derrota con el dictado de *traidor* para aplicárselo con saña á todo el que no contara tanto con la fortuna como con su propia decisión. El Rey D. Alfonso desplegaba á la vez una bandera de sólidos principios, pues decía: «Si acudísteis á las armas movi- »dos de la fé monárquica, ved ya en mí el representante le- »gítimo de una dinastía, á la cual juraron en otro tiempo »fidelidad eterna vuestros leales pechos, y que fué con vos- »otros lealísima hasta su pasajera caída. Si ha sido la fé reli- »giosa la que ha puesto las armas en vuestras manos, en mí »teneis ya un Rey católico como sus antepasados, y en todas

»partes recibido por los cardenales y los más piadosos pre-
»lados, como el reparador de la injusticia que ha experimen-
»tado hasta aquí la Iglesia, y una de sus más firmes columnas
»en el porvenir.» Es verdad que al príncipe de Valori sólo
han parecido estas declaraciones epítetos ambiguos y *reticen-*
tes, y no sabemos lo que habrá juzgado de las demás frases
del Rey, dirigidas también al ejército á su llegada al Norte.

No obstante el espíritu apasionado, se verá obligado á con-
fesar la nobleza que rebosaban aquellas promesas solemnes
que despues se han cumplido: «No os pido hoy abnegacion y
»sufrimiento, ni mañana os pediré vuestra sangre por ambi-
»cion ó juvenil amor á la gloria. No: todos esos sacrificios
»los quiero para conquistar la paz.» De todas maneras, la
experiencia en cortos dias se encargó de demostrar dos cosas:
primero, el mágico efecto que debieron causar aquellas pala-
bras en el corazon del ejército y del país rebelde; segundo, el
encono y la desesperacion que fué necesaria consecuencia de
los nuevos aunque velados sentimientos en el ánimo de los
que, desde su posicion desde aquel dia vacilante, los obser-
varon. Todos los hechos de la campaña de los primeros dias
de Febrero, por parte de los carlistas, respondieron á la saña
de esta nueva situacion. Por ventura, ¿no habia motivos para
que D. Carlos de ella se recelase? En Larraga, cuando en la
mañana del 2 de Febrero llegó el Rey, despues de haber dor-
mido la noche anterior en Artajona, á tiro de fusil de las
trincheras carlistas, ¿no salieron las mujeres del pueblo á re-
cibirle y á aclamarle, haciendo votos al cielo por la conclu-
sion de la guerra?

Entónces fué cuando el jóven Monarca recibió su bautismo
de fuego. Habia llegado á Oteiza encantado de la manera
como una corta fuerza de 500 hombres decididos, al mando
del brigadier Pino, habia tomado esta villa y áun la cumbre
del monte Esquinza y la ermita de San Cristóbal. Breves
instantes permanecié D. Alfonso en la poblacion, tomando
luego el camino de la montaña, seguido del general en jefe y
fuerzas de la division que le acompañaba. «Mientras el Mo-
»narca, dice el historiador Sr. Laserna, testigo presencial,
»se encaminaba al monte, la artillería carlista desfilaba por

»la carretera de Puente la Reina á Estella. Al llegar á la al-
 »tura de Arandigoyen, descubriendo á D. Alfonso, que pues-
 »to á la cabeza de su comitiva presenciaba los movimientos
 »del enemigo, desde la meseta de un pequeño cerro, comen-
 »zó á hacer disparos sobre la real persona. Al tercer cañona-
 »zo, todos oímos clara y distintamente el silbar de la grana-
 »da que pasó por encima de nuestras cabezas, y al ver la
 »tropa que el Rey alegre y sonriente soportaba impávido el
 »fuego de los cañones, grandes aplausos y entusiastas vivas
 »retumbaban. Ocho ó diez granadas dirigió el enemigo al
 »lugar en que D. Alfonso estaba, sin que éste, á pesar de las
 »respetuosas observaciones que se le hicieron, se separase de
 »aquel punto; y al llegar á tal número los disparos, los ca-
 »ñones enmudecieron, el enemigo continuó su marcha hácia
 »Villatuerta, y el Rey, torciendo la rienda á su caballo, tomó
 »al trote la direccion del Esquinza, internándose en el bosque
 »sólo completamente, puesto que marchaba siempre ocho ó
 »diez cuerpos de caballo delante de su comitiva.»

En la noche del día 2, el Rey durmió en las alturas del monte, en medio del ejército carlista, dueño de Mañeru, Cirauqui, Alloz, Murillo, Arandigoyen y Villatuerta, á la distancia máxima de tiro de cañon de cada uno de estos pueblos que rodean la ermita de San Cristóbal. Su alojamiento consistia en un destrozado cuarto de la derruida torre. Cenó alegre y festivo con los jefes y oficiales de las brigadas á quienes convidó, y, al despuntar el alba, despertó al ruido de un intenso fuego de fusilería. Al salir á la placeta á enterarse de lo que pasaba, *desoyendo las observaciones y hasta los ruegos:—* ¿Qué pasa? preguntó al comandante del regimiento de Castilla Sr. Torrijos.—*Fuerzas salidas de Cirauqui, contestó éste, nos atacan, señor: voy con permiso de V. M. á reforzar aquellas trincheras con dos compañías.* Al pronunciar estas palabras cayó herido á los mismos piés del Monarca, el cual acudiendo solícito á él, le dijo:—*¡Ánimo, señor teniente coronel!*—*Gracias, señor,* murmuraba con voz desfallecida el agraciado; mientras apagaba su frase otro penetrante grito de dolor, lanzado á espaldas de D. Alfonso. Un desgraciado músico caia atravesado por un balazo. «El peligro era inminente, añade el

»historiador referido: las balas silbaban al rededor del
 »Rey: al comandante y al músico, siguieron cuatro ó cinco
 »víctimas más, cayendo todos en la misma placeta, y el caba-
 »llo del ayudante de S. M., general Espina, murió de un bala-
 »zo en la cabeza. Temiendo una catástrofe, todos los jefes
 »y ayundantes de su estado mayor, rodearon al Rey; supli-
 »cándole que entrase en la ermita; pero D. Alfonso, sonrien-
 »do con admirable tranquilidad, dijo:—*No tengan Vds. cuida-
 »do por mí; que se cure á los heridos en el acto y al comandante
 »que se le coloque en mi lecho de campaña. Un Rey no debe ocul-
 »tarse cuando silban á su alrededor las balas.* Al cesar el com-
 »bate, once heridos habian caido al lado de D. Alfonso (1).»
 A las dos de la tarde se dirigió el Rey al cerro de Muniain,
 una de las derivaciones del Esquinza, para observar desde
 allí los movimientos del enemigo, pues desde su cumbre se
 domina completamente todo el plano que contiene Santa
 Bárbara y los montes de Guinguillano, Mañeru, Cirauqui,
 Alloz, Murillo, Abarzuza, Arandigoyen, Villatuerta, Monte-
 muro, Estella y toda la falda del monte Jurra. Hora y media
 permaneció S. M. en el cerro, y á las tres y media descendió
 de él tomando á campo-traviesa el camino de Oteiza, sin
 más escolta que el escuadron de húsares y una compañía del
 regimiento del Rey.

A aquella hora, ni sobre Lacar se habia emprendido la
 cautelosa operacion de los carlistas, ni el ataque que al ano-
 checer se proyectó contra el cerro de Muniain. Esto es lo
 escrito por todos los testigos veraces: contra esto se lanza
 la fantástica leyenda del príncipe de Valori. No obstante,
 Mr. Martner, capitan de estado mayor del ejército francés, ya
 lo habia consignado en su libro *La Guerre carliste*: «*Alfon-
 so XII no habia asistido á la sorpresa de Lacar; en la mañana de
 este dia fatal oficiales y soldados habian caido heridos á su lado* (2).
 No nos proponemos hacer poema contra poema: los que ena-
 genado su papel en la historia, le buscan en la falsa ficcion
 de la poesía, ni áun en ese palenque lograrán ganar una

(1) LASERNA, *obra citada*, pág. 277.

(2) MARTNER, *obra citada*, pág. 159.

línea del terreno que han perdido. Sus nombres están juzgados, y la única prueba de estimación que podrían perseguir en su fatal destino, es que las sombras del silencio envolviesen para siempre en la misericordia del olvido las faltas atroces que salpican de lodo su carroza. El recuerdo de Lacar, que para nosotros es un duelo, para los carlistas no es ciertamente un título de verdadera gloria militar que deba desvanecerlos. El juicio de los hombres verdaderos de guerra no lo encomia ciertamente.

El capitán Martner lo formula en breves palabras: *una de las condiciones capitales de esta tentativa audaz era el secreto; tratabase, en una palabra, de una verdadera sorpresa...* Cómo se hizo la marcha y la reunión de las tropas para formar á cubierto las columnas de ataque; cómo, *mal guardadas por sus avanzadas, las tropas liberales se vieron sorprendidas por este ataque inesperado*, materia es si se quiere digna de estudio, bajo el punto de vista de la guerra de las emboscadas y sorpresas en las montañas. Nada de esto disculpa sin embargo las faltas de nuestra parte en aquel día, faltas que con toda severidad han sido juzgadas por las leyes, causando lutos que respetamos.

No concluiremos, sin embargo, esta parte de nuestro escrito sin alguna rectificación también esencial, al malamente inspirado artículo del príncipe de Valori. Gala procura hacer el último panegirista de D. Carlos de los sentimientos humanitarios de los invasores de Lacar en la tarde mencionada del 3 de Febrero.

Permítanos desmentir también hechos que por desgracia ocurrieron de diferente modo que se relatan. Las escenas que sucedieron á la entrada de los carlistas en Lacar, refiérelas así en globo el historiador Sr. Pirala: «penetraron también en Lacar por la parte de Murillo los batallones primero y tercero de Castilla y segundo de Navarra; y á la bizarría y encarnizamiento con que todos comenzaron el ataque, sucedió el desorden más espantoso; mezclados los doce batallones, sólo trataban de repartirse el botín; y en aquel momento, las cuatro y media de la tarde, dice uno de los jefes de aquella fuerza: «Si hubiéramos sido atacados, nuestra vic-

»toria se hubiera convertido en una derrota veinte veces ma-
 »yor que la de la brigada enemiga. Todos los jefes de cuerpo
 »hacían esfuerzos sobrehumanos para reunir sus batallones,
 »y el que más reunía sesenta hombres, con los cuales seguía
 »en persecucion del enemigo» (1).

Laserna refiere con gran minuciosidad los hechos singula-
 res: baste á nuestro propósito sólo un ejemplo. «El alférez
 »de Astúrias, D. Andrés Franco Gonzalez, al salir con su
 »compañía á tomar posiciones para la lucha, cae herido y
 »queda abandonado algun tiempo. Llega un gastador de Va-
 »lencia, le recoge, se encamina con él á Lacar, y al ir á pe-
 »netrar en la villa, un peloton de carlistas, con un oficial á
 »la cabeza, les cierra el paso. El prisionero es respetado
 »siempre, el herido más; pero aquellos hombres, llenos de re-
 »ligioso y caritativo sentimiento, entendieron la cosa de otra
 »manera y cerraron con él y con el gastador á cuchilladas y
 »golpes. De un sablazo en la cabeza, cayó Franco Gonza-
 »lez y perdió el conocimiento. El frio de la noche le desper-
 »tó; miró á su alrededor; cerca de él había un cadáver, acri-
 »billado á bayonetazos; era el infeliz gastador, completamen-
 »te desnudo.

»Apartó con horror y lástima la vista de aquel cuerpo
 »inerte, y se contempló á sí mismo; estaba desnudo tambien
 »y tenía otras heridas más, una en el costado derecho, otra
 »en una pierna y otra en la espalda, que con una nava-
 »ja le habian cortado la camiseta interior, rasgándole la piel.
 »La pérdida de sangre era horrible, flotaba casi sobre un rojo
 »lago; espantosos dolores le enloquecian, y la sed y la fiebre
 »le abrasaban. Alzó con gran trabajo la cabeza, miró anhe-
 »lante, aplicó el oido, ¡nada! un silencio de muerte reinaba
 »por todas partes. Dejó caer el desgraciado la frente, cerró
 »los ojos, y se dispuso á morir, cuando oyó inmediato un li-
 »gero ruido. Pidió socorro, y acudieron varios hombres: eran
 »carlistas.—*Amparadme*,—murmuró el herido.—*¿Quién eres?*
 »—le preguntaron.—*Un oficial de Astúrias*. Los insultos y los

(1) PIRALA, obra citada, pág. 288.

»golpes cayeron sobre él, y ya estaba decretada su muerte
 »cuando llegó al galope el comandante del primero de Alava,
 »y compadecido, lo pudo salvar.» ¿Son estos los hechos de
 humanidad que en el *poema* de Lacar decanta el príncipe de
 Valori y por los que el conde de Chambord concedió al con-
 de de Bardi la cruz de San Luis?

Por mucho que nos alejemos de aquellos horribles suce-
 sos, nuestra memoria los conserva demasiado fielmente. Las
 leyendas en que se poetizan sus horrores, no serán leídas jamás
 en España sin levantar la protesta de todos los corazones
 honrados. La historia para los carlistas es como su religion,
 como su política, como sus guerras; todo asechanzas, mal-
 dades y alevosías. En vano pretenderán en esta hidalga tierra,
 amante de sus reyes y de sus instituciones liberales, hacer
 escuela de sus negras doctrinas, que rechaza indignada la
 opinion pública. Sólo á impulsos de discordias intestinas,
 por fortuna ya imposibles, brotaria de nuevo en nuestro suelo
 el germen maldito de sus funestos ideales. Basta el origen
 para exaltar contra tales tentativas el sentimiento nacional.
 Basta el nombre que simbolizan para producir el tédio y el
 horror. Bastan los medios que escogitan para suscitar las
 calorosas protestas de los que aman la dignidad y el honor
 inmaculado de todas las cosas venerandas, contra las cuales
 se dirigen. De esa protesta que ha de hallar eco en todo el
 ámbito de la monarquía, nos hacemos heraldos é intérpretes,
 porque despues de la lectura del artículo del *Fígaro*, nadie
 hay en España que no asegure que el príncipe de Valori,
 en lo que de Lacar cuenta, sirve los intereses de su ídolo,
 desfigurando los hechos de tal suerte, que hace forzosa la
 protesta que desde aquí levantamos con toda la energía que
 nos presta la verdad.

EL CONDE DE LAS ALMÉNAS.

14 de Febrero de 1881.



CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.

I.



URANTE la última quincena ha tenido lugar una crisis ministerial, que muchos consideran como una verdadera crisis política ó de gobierno. No creemos que así sea; pero, como cronistas, tenemos la obligación de referir y explicar ó comentar todo lo que se dice. Cuando, como ahora, se trata de cuestiones en las cuales ha de fallar la opinion pública, las noticias que se dejan circular acaban por serlo todo. Poco importa que los ministros tengan un programa propio aceptable, si por callar y dejar hablar, son causa ocasional de que las masas, extraviadas por falsos informes, se persuadan de que se les lleva á donde, de seguro, no se les quiere llevar. Una noticia falsa, si se generaliza ó logra circular por todas partes, puede convertirse en una palanca horrible. Con frecuencia los Gobiernos son, no lo que son, sino lo que se cree que son. La historia prueba cuán cierto es esto, y por lo mismo,

cuán grande es la responsabilidad de los hombres políticos que, ó se encierran en fórmulas vagas, ó no hablan á tiempo y con la claridad debida. Pero, no comencemos por el fin. Ante todo, veamos cuál ha sido la historia de la crisis.

El ministerio Cánovas, que tenia mayoría en ámbas Cámaras, se proponia resolver varias cuestiones económicas, todas graves y de sumo interés para el país. Para llevar á cabo este tan noble y tan útil propósito, necesitaba apelar al crédito, y para apelar al crédito con éxito, era indispensable poder hacer creer y creer que sus promesas podian ser atendidas, porque su existencia estaba bien asegurada. El Ministerio, aunque tuviese mayoría en las Córtes, no podia negociar con ventaja, mientras tuviese enfrente personas muy calificadas, que á todas horas y en todas partes y ya sin reserva, asegurasen que no podia estar lejana la crisis. Este rumor, por la índole y alta posicion de las personas que lo propalaban, no podia ser ni despreciado ni siquiera desatendido. Por necesidad habia de producir una agitacion nada favorable á la solidez y prestigio del Gobierno.

Convencido de esto el Ministerio provocó, como debia, la cuestion, y convencido de que los rumores que circulaban no carecian de fundamento, inclinándose con el más profundo respeto ante la real prerogativa, presentó su dimision y se retiró, cual cumple á un Ministerio verdaderamente monárquico, dando vivas entusiastas al Rey.

El Sr. Cánovas, aunque ha dejado el poder, léjos de perder su prestigio, lo ha aumentado muchísimo. Tanto en España como en el extranjero, todo el mundo le hace justicia, presentándolo cual un gran hombre de Estado, cuyos consejos han sido y pueden volver á ser útiles á la Corona y al país. Caer así no es caer; por el contrario, es levantarse, y levantarse mucho.

El Sr. Sagasta, llamado por S. M. el Rey, en pocas horas logró formar un Gabinete compuesto de personas todas respetables, y algunas, como el general Martinez Campos, de gran autoridad en todo el país. Contra las personas que forman el nuevo Ministerio, bajo el punto de vista de la categoría, no es posible decir nada. Todas tienen las condicio-

des necesarias para llenar bien el puesto que ocupan. Esto lo exige la justicia, y nosotros no faltamos á la justicia por nada del mundo.

II.

¿Cómo ha sido recibido el nuevo Ministerio? En honor de la verdad, si contra sus personas no hay nada que decir, en lo que atañe á sus primeros actos no se encuentra mucho que alabar.

El nuevo Ministerio, al presentarse ante las Córtes, pronunció algunas palabras, que por lo vagas é incoloras, tranquilizan poco á los conservadores, y alientan quizás demasiado á los enemigos del orden. No se duda de los hombres que forman el Gobierno; pero los que no los conozcan bien, acaso teman que su silencio proceda de la falta de programa ó de que no puedan ponerse de acuerdo.

Como en la política todo es público, no hay quien ignore que los ministros proceden de campos distintos, y tienen historia diversa y quizá hasta compromisos contrarios. Hace pocos dias se vió que si el Sr. Sagasta, en un conflicto, caeria del lado de la libertad, el general Martinez Campos siempre se quedaria al lado del Rey. Tambien se vió que el Sr. Posada Herrera, segun declaró en su famoso telegrama, «está donde está el general Martinez Campos,» y nada dice en favor de los discursos de los Sres. Sagasta y Balaguer. ¿No prueba esto que hay y no puede dejar de haber dualismo? Ya sabemos que se negará, porque estas cosas se niegan siempre al principio; pero ¿es lo mismo negar, por exigirlo así la razon de Estado, que probar que no existe lo que se niega?

En 1854 se negaba el dualismo entre Espartero y O'Donnell, y en 1868 se juraba y se perjuraba que entre Serrano y Prim no podia haber disidencias. Esto no obstante, ya se vió despues lo que eran estas negaciones. Lo que está en la misma naturaleza de las cosas, por más que se niegue, siempre acabará por salir á luz.

Este dualismo, pues; esta oposicion de tendencias, que no

puede dejar de existir, por necesidad ha de hacer que los partidos políticos se dividan, para inclinarse cada cuál á la tendencia que más le favorece.

Esto explica la acogida que han tenido los nuevos ministros. Tanto en España como en el extranjero, puede asegurarse que todo lo que se ha dicho y se sigue diciendo se reduce á las voces siguientes:

1.^a La de todos los partidos, que en presencia de tanta vaguedad y de tanto silencio, no ocultan que nada puede afirmarse con seguridad completa.

2.^a La de los conservadores, que, aunque siempre con dudas, esperan que el elemento conservador de Martinez Campos se sobreponga al elemento revolucionario de Sagasta. Los que así piensan desean que el general Martinez Campos vigile como vigilaba el general O'Donnell en 1854 y 1855. El general Martinez Campos, que tiene el Ministerio de la Guerra, podría no verse como se vió el duque de la Torre en 1868. Estas precauciones son necesarias, no porque no inspiren confianza las personas, sino porque cuando se rompe el dique, no se puede hablar de lealtad ni de nada. El torrente cuando se desborda lo avasalla todo. La cuestion, pues, está en cuidar de que el dique no se rompa.

3.^a La de los revolucionarios que, aunque sepan que el Sr. Sagasta no falta á sus compromisos, confían ó quieren confiar en que sus amigos y las circunstancias lo arrastren cada vez más hácia la izquierda. Por esto *La Democracia* dice ya que en el fusionismo la revolucion es el derecho, y por esto Castelar, Martos, etc., se forjan ó quieren forjarse la ilusion de que acabará por preponderar el elemento Sagasta, y las cosas caerán del lado á que se inclinan. Esta esperanza de los amigos de la anarquía no podrá ménos de ser una advertencia saludable para todo el Ministerio, y muy principalmente para el presidente del Consejo de ministros. ¡Es tan peligroso el que los revolucionarios esperen con razon y los conservadores teman de buena fé!

No se olvide que este no es el lenguaje de la política ni mucho ménos el de los partidos. Nosotros hablamos sin passion, con el más completo desinterés y sin más deseo que

el de señalar el mal para que se conjure, si es posible. Lo que nosotros decimos en voz alta no es sino lo que todo el mundo está diciendo en voz baja. El Ministerio, que no puede estar á la vez con tirios y troyanos, necesita publicar un programa, en el cual diga terminantemente que, por más que grite y haga la izquierda, jamás pasará el Rubicon. El Sr. Sagasta dirá sin duda en el Congreso lo que el general Martinez Campos dijo en la alta Cámara. Los monárquicos no podemos pedirle ménos.

III.

El nuevo Ministerio por necesidad ha de tropezar con las dificultades siguientes:

1.^a Su conducta en la oposicion. Los fusionistas han estado haciendo una oposicion personal, violenta é injustísima, que ahora les ha de dar grandes disgustos. ¡Plegue al cielo que las nuevas oposiciones no piensen en la ley de Talion! Alguna vez ha de comenzar la prudencia, que tan necesaria es siempre. Si los fusionistas han sido agresivos en la oposicion, pruébeseles que el amor al país está por encima de todo. El partido que haga así su propaganda, cuando llegue al poder se verá libre de remordimientos que lo inquieten y lo confundan. ¡Cuánto daría hoy el fusionismo por no haber combatido al Sr. Cánovas como lo ha combatido! No pensemos, pues, sino en el castigo de la propia conciencia.

2.^a Las cosas, ó la historia, que es diversa; los fines, que todavía no parecen idénticos, y los medios, ó los caminos, que aún no se han acabado de señalar. La doctrina del Sr. Sagasta nunca ha sido la del general Martinez Campos. ¿Lo será hoy? ¿Podrá serlo en lo sucesivo? ¡Ojalá lo fuese!

Aquí todo el mundo ve dos políticas, que difícilmente se podrán conciliar. Los adictos al Sr. Sagasta creen que se ha hecho casi una revolucion y piden cambios políticos radicales y hasta destituciones en masa, como despues de dias de barricadas. Por el contrario, los adictos al general Martinez Campos parecen persuadidos de que no hay más que un cambio de Ministerio, ó cuando más, un *turno pacífico*, que

no obliga á duplicar la plaga ya horrible del personal de empleados.

Esto último es tanto más racional cuanto que el Sr. Cánovas, al verificarse la restauracion, tuvo valor hasta para disgustar á sus mejores amigos, negándose á destituir á los empleados de la revolucion. Este ejemplo, que tanto se censuró ántes, prueba ahora que la fuerza está siempre en la razon y la prudencia, no en la intransigencia y la arbitrariedad. Además, el Sr. Sagasta, al ir á destituir á los actuales empleados, por fuerza tendrá que contenerse viendo que se ensaña contra sus hechuras.

Los que hacen la oposicion, como la ha hecho el Sr. Sagasta, difícilmente se libran de tan penosos conflictos. Cuando tratan de derribar prometen todo lo imaginable, y luego, cuando llegan al poder, se encuentran con que han prometido mucho más de lo que pueden cumplir, ó lo que aún es peor, con que una misma cosa la han ofrecido á veinte personas distintas. Esto, que no es más que un detalle, hace siempre imposible la marcha de los Gobiernos inclinados al radicalismo. En prueba de ello, sólo indicaremos que ya á estas horas los más enconados enemigos del Sr. Sagasta son las tres cuartas partes de los comités sagastinos. Ayer eran casi sus entusiastas adoradores, y hoy no encuentran palabras bastante fuertes para calificar lo que llaman su ingratitud.

¿Y de qué nace esto? De que el Sr. Sagasta ha prometido mucho y los sagastinos han esperado ó creído demasiado. Los organizadores de los comités no podian ni figurarse que habian de estar cuatro y cinco y más dias en Madrid sin poder ni ver á su jefe. Lo de siempre. Los Gobiernos *populares* son imposibles. Los provincianos y cortesanos que consideran la política como una industria, necesitan acabar de ver que los tribunos, por más que deseen ser leales, no pueden ni tener memoria cuando llegan al poder.

3.^a Las dificultades personales. Cuando la política, como ahora, es lucha de partidos, las ambiciones lo son todo y las doctrinas son nada ó casi nada. Las personas que ayudan á triunfar, al llegar la hora de distribuir el botin, ó piden más

de lo justo ó proponen exclusiones, que no dejan de mortificar. El radicalismo, que no es sino el personalismo, acaba siempre por convertirse en una torre de Babel.

El Sr. Sagasta tiene que luchar hoy con los *amigos*, que matan diciendo que nada quieren, y los cooperadores, que no se contentan con lo que se les da.

El Sr. Posada Herrera ni viene á Madrid, ni ha querido ser ministro, ni acaso quiera ser gobernador del Banco de España. Hé aquí un amigo que hace suma falta y que, por no estar muy entusiasmado, sin duda, se niega á venir. El Sr. Posada, que tanta falta hace, mata por rehusarlo todo. ¿Si será que ve desde léjos y teme el conflicto que forzosamente ha de venir? Si el Sr. Sagasta hace unas elecciones y apela el conocido sistema de los *Lázaros*, ¿podrá ser presidente el Sr. Posada Herrera? Y, si se ve venir lo que por fuerza ha de venir, ¿convendrá cooperar ahora para ser excluido ó despedido despues?

El Sr. Romero Ortiz, que por su significacion especial, no debia ser ministro, acaso no se resigne á aceptar el puesto pasivo que se le confie. ¡Otra dificultad! Así comienzan las disensiones. El Sr. Romero Ortiz, tan nombrado ántes, calla por completo ahora. ¿Es que no está del todo satisfecho? La abnegacion no suele ser la virtud que más brilla en los hombres políticos.

El Sr. Navarro Rodrigo, que se creia con derecho á todo, ni ha entrado en el Gabinete ni parece llamado á desempeñar un papel de primera clase. ¿Se creerá postergado ó desairado?

El Sr. Pelayo Cuesta no ha querido ser ministro de Ultramar. ¿Es porque no está conforme con los ministros acerca de la política que debe llevarse á nuestras Antillas? ¿Es que deseaba el ministerio de Gracia y Justicia? ¿Es que sintió no ser oido ó consultado al tratarse de la formacion del ministerio? Como quiera que sea, la renuncia del Sr. Pelayo Cuesta, si ha dado una cartera al Sr. Leon y Castillo, acaso no dé gran fuerza al Gabinete de la fusion. El público da siempre á estas renunciaciones más valor político-personal que el que quizá tengan. Nada perjudica tanto á una situacion como las dimisiones de sus amigos.

El Sr. Balaguer no debe estar tampoco muy contento. Después de pasar meses y meses, como reclamo, en las provincias, en el día del triunfo se queda fuera del Ministerio y en candidatura probable para una plenipotencia, no de las de primera clase. Añádase á esto que no se sabe si habrá tenido voz y que, de seguro, no ha tenido ni tiene voto en el capítulo. Aunque esto no podía ser de otra manera, no parece que el Sr. Balaguer está del todo contento con su suerte. Aunque sus amigos no le den gran importancia, acaso él se conozca mejor y se tenga por astro de primera magnitud.

En punto á personalismo, la cosa ha llegado á un extremo maravilloso. Según parece, hasta habia quien pensaba en excluir del Ministerio al propio general Martinez Campos. Por lo visto, para que no fuese excluido, fué necesario que el Sr. Alonso Martinez, hablando muy formalmente, manifestase que no aceptaria ninguna cartera y se retiraria al instante á su casa si el general que proclamó al Rey en Sagunto no se encargaba del ministerio de la Guerra. Esta protesta del Sr. Alonso Martinez era tan prudente como oportuna; pero el hecho de que fuese preciso hacerla, acaso pudiera calificarse en términos no del todo benévolos.

¿Por qué se queria que el general Martinez Campos quedase fuera del Ministerio? El Sr. Alonso Martinez, al ver esto, recordaria, sin duda, que en 1854 tambien se mostraba empeño en que el general O'Donnell, á quien se debia todo, ó no formase parte del Gobierno, ó se encargase de una cartera inofensiva. O'Donnell, que no obstante los abrazos, conocia bien el mundo, insistió en que si no se le daba el ministerio de la Guerra, se retiraba á su casa sin aceptar nada.

Cuando se trata de fusiones políticas, siempre hay que pensar y obrar así. Crear una situacion para ponerla en manos ajenas, es por lo ménos una asombrosa insensatez. Los que excluyen, por algo y para algo excluyen.

Se ha dicho que el Sr. Sagasta, ántes de formar el Ministerio, fué á ver al duque de la Torre. Esto no se podrá elogiar nunca. Los protectorados ó son para todos ó para uno sólo. Si son para todos, bueno es que todos hablen. Si son para uno sólo, la cuestion no se sabe lo que es. En estas ma-

terias nunca se pecará por exceso de desconfianza. Como en política todo parece lícito á ciertas gentes, siempre será lo mejor que se sospeche de todo lo que no se dice ó se hace ante todos. En cuanto comienzan los cabildeos parciales, aparecen los grupos, y tras los grupos las diversas tendencias, y tras las diversas tendencias, todo lo demás, que por sabido se calla.

Lo grave que hay en todo esto es que, quiérase ó no, el duque de la Torre y el Sr. Sagasta serán siempre los vencidos por el general Martínez Campos en 1875. Como este recuerdo no ha de borrarse fácilmente, casi hasta se extrañaría el que la confianza pareciese demasiado ciega. Carlos V, despues de haber vencido y hecho prisionero á Francisco I en Pavía, cediendo á la ley de la necesidad ó para hacer alarde de la grandeza de su ánimo, mostrando una confianza que no tenia, atravesó el territorio francés, y hasta aceptó el hospedaje que en su propio palacio le ofreció el Rey de Francia. Aunque Francisco I no habia dado motivos para que se pudiese en duda su caballeridad, como la política estaba de por medio, los historiadores dicen y repiten que el rasgo de Carlos V es más para admirado que para imitado. Se ha supuesto igualmente que ni el Monarca español llegó á creerse enteramente seguro, ni el Rey francés dejó de dar motivos para que se creyese que vacilaba. Sea de esto lo que sea, lo que consta es que Carlos V se puso á merced de Francisco I estando todavía pendientes las cuestiones de Alemania, los Países Bajos é Italia, que no se resolvieron hasta que, al comenzar el siglo pasado, Luis XIV nos venció, nos humilló y nos redujo casi á la impotencia.

Recordamos estos hechos para hacer ver que cuando las cuestiones son de carácter permanente no se resuelven sino por el triunfo definitivo de una de las dos partes. Una cuestion personal desaparece, con solo el olvido del agravio; pero una cuestion que por su esencia tiene carácter permanente, por más que se cubra con velos, siempre quedará en pie.

En 1854, los amigos del general O'Donnell se disgustaban cuando oían hablar así. No sabemos si este disgusto era ó no sincero; pero estamos seguros de que en 1856, cuando

ya todo el mundo veía lo que eran las proyectadas *etapas*, no se encontraba un sólo unionista que no agradeciese los servicios que habían prestado *los imprudentes ó díscolos* de la primera hora. Los señores marqués de la Vega de Armijo y Alonso Martínez que en 1856, al comenzar el año, formaron el centro parlamentario ó de defensa, podrán decir si es ó no exacto lo que decimos.

IV.

¿Qué marcha se propone seguir el nuevo Gabinete? Hasta ahora sólo se sabe que, por prudencia ó por necesidad, no ha querido hacer declaraciones de ninguna especie. Como se han cerrado las Córtes, lo cual puede tener tanto de bueno como de malo, ni se han dado explicaciones acerca de la crisis ni siquiera se ha dicho qué es lo que se piensa hacer. Los fusionistas, que en la oposición mostraban tantos deseos de hablar, al llegar al poder, se han apresurado á cobijarse bajo el manto del silencio. Recordamos esto, no para hacer resaltar la inconsecuencia, sino para que los pueblos vean lo que suele ser la lógica de las oposiciones.

Acerca de la política del Gobierno lo que hasta ahora se ha dicho es:

1. Que por medio de un real decreto se iba á derogar la ley de presupuestos, en la parte relativa á las condiciones que se exigen á los empleados. Esto, si se confirmase, disgustaría mucho al país. La ley que se intenta derogar es utilísima á todo el mundo, y sólo puede disgustar á los que intenten tomar puestos por asalto ó hacerse generales sin haber sido capitanes, ni siquiera soldados. Parece que el elemento conservador del Gabinete se opone á que el Sr. Sagasta realice su proyecto de habilitar á los miembros de sus comités para que sean todo lo que quieran. Si se hiciese esto, las Córtes, la prensa y el país protestarían con voz muy alta y con muchísima razón. Las leyes deben ser para bien de todos, no para provecho exclusivo de unos cuantos amigos del Sr. Sagasta.

2. Que se van á abrir las puertas de España al Sr. Ruiz

Zorrilla, al Sr. Salmeron y todos los demás emigrados. Esto, si se agradece, es algo; si se rechaza, no sabemos lo que será. Por lo pronto, ya ha publicado *La Correspondencia* un telegrama, en el cual se asegura que el Sr. Ruiz Zorrilla no vendrá por ahora á Madrid, aunque se le indulte y se le nombre diputado. Este telegrama, que debe ser autorizado, tiene todo el carácter de una protesta, por no decir de un desprecio. El Sr. Ruiz Zorrilla no pide ni acepta gracia. Su resolución parece irrevocable. Por ahora no vendrá á España.

¿Qué hará el Gobierno en vista de esto? ¿Le suplicará de rodillas, que acepte el indulto? ¿Le ofrecerá un premio y hasta la glorificación de su conducta política?

Las *gracias* suelen ser peligrosas, cuando en vez de desarmar al enemigo, le arman para que pueda dañarnos más fácilmente. Por esta y otras razones, nosotros, que vemos con gusto los indultos, hasta temblamos cuando oímos decir que ciertos *perdones*, que no han de aceptarse, figuran en los programas políticos. Con estas cosas las amnistías no son para los *amnistiados*, sino para los que *amnistian*. Y hasta puede ocurrir el caso, como ha ocurrido en París, de que los amnistiados declaren que no amnistiaron á sus amnistiadores. Las amnistías que revelan miedo ó deseo excesivo de agradar, por lo comun tienen malísimas consecuencias.

3. Que volverán á las cátedras que tenían los profesores destituidos, previo el necesario expediente legal. No sabemos si esto podrá hacerse por medio de un mero decreto. Esto ya lo verá el Gobierno. Por nuestra parte sólo indicaremos que la devolucion de estas cátedras exige no poca meditación. No intentamos perjudicar á nadie; pero faltariamos á nuestro deber, si no manifestásemos que la tal devolucion se consideraria como una derrota para el Gobierno, si llevase el carácter de un triunfo para los ex-catedráticos. Si se trata sólo de una *gracia*, nada diremos; pero si, por el contrario, se tratase de una apoteosis revolucionaria, lo sentiríamos, no por nosotros, sino por el Gobierno y por el país. Los espartanos morian por defender sus leyes. ¡No nos degrade mos nosotros, glorificando la guerra sistemática á nuestras leyes!

4. Que se concederá un amplio indulto á los periódicos procesados ó penados por delitos de imprenta. Esto se ha hecho tan frecuente, que ya ni se agradece ni se comenta siquiera. Antes los indultos llamaban la atención; pero ahora casi ni se piensa en ellos. La verdad es que los indultos se han convertido en una institución permanente.

5. Que se permitirán los banquetes revolucionarios. Esto no nos parece del todo mal. Los tales banquetes, como cuestan caros, llevan la pena en sí mismos. Si, pues, no se trata más que de comer y pagar la comida, casi casi sería preferible que se gastase en platos y vinos lo que pudiera invertirse en otras cosas ménos inocentes. Según Rousseau, el hombre, cuando come, está en paz con la naturaleza entera.

Ahora, si las comidas son más que comidas, si lo que se busca es resucitar los banquetes políticos de 1828, en Francia, entónces la cuestión tomaría un aspecto muy diverso. En casos parecidos, contra el propósito de perturbar, está el deber de impedir de veras las perturbaciones.

6. Que acaso se vacile en lo relativo á la política extranjera. Aunque así se asegura, no podemos creerlo. Nuestro Gobierno no puede permitir que se intente traer á España la cuestión que no ha podido acabar de plantearse en Grecia. Esto hay quien lo desee en París; pero no puede haber quien lo quiera aquende los Pirineos. El Sr. Sagasta declaró en el Congreso que su política era de neutralidad completa. Ya se sabe que la neutralidad completa es de todo punto imposible; pero, aunque así sea, aceptamos la fórmula, porque, como nadie ignora, hoy por hoy, la neutralidad sólo es y sólo puede ser una negativa al partido jacobino francés, que, como Napoleón I, nos pide nuestro dinero y nuestra sangre, para que le sirvamos de comparsas en sus proyectadas aventuras.

La política exterior de España no puede ser sino lo que sigue:

1. Empeño en conservar la paz mientras nos sea posible.
2. No apoyar nunca al gambettismo, que tan decidido parece á provocar conflictos en todas partes. En este punto, todas las promesas que se nos hagan serán como las que hizo

Napoleon I á Godoy y Cárlos IV. La política de aventuras no puede ser la nuestra.

3. En caso de conflicto, no pudiendo permanecer neutrales ni quedar aislados, unirnos á las potencias que, además de no provocar y estar siempre á la defensiva, no nos piden nada nos lo aseguran ó garantizan todo. Si, como teme el ministro francés Saint-Hilaire, llegase á estallar la guerra general, que no nos ocurra lo que en 1808, que, cuando nos vimos invadidos por el ejército francés, nuestro ejército estaba peleando en el Norte de Europa, en favor de Francia. La célebre expedición, mandada por el marqués de la Romana, dirá todo lo que se quiera en favor de nuestro valor; pero no dice gran cosa en loor de nuestra prevision y nuestro buen sentido. Por esto conviene que de vez en cuando recordemos nuestra propia historia.

V.

Como donde está *El Siglo Futuro* no es posible que haya paz, los periódicos carlistas continúan ocupados y muy ocupados, no en combatir el racionalismo, sino en despedazarse unos á otros. ¿Si será esto lo que se propone *El Siglo Futuro*? Impidiendo la defensa de la verdad y el bien, se presta un gran servicio á los amigos del mal y el error. En vista de lo que sucede, ya casi hay que dudar si el periódico rigorista será un sectario destacado, que esté como en comision en el campo en que ahora figura. Visto lo visto y recordando la célebre protesta de los señores Villoslada, conde de Canga Argüelles, Tejado y Aparisi y Guijarro contra la direccion del Sr. Nocedal, no puede negarse que todo parece, por lo ménos, muy misterioso.

El exclusivismo, tan anticatólico como impolítico, de los rigoristas, no puede contribuir sino á que cada dia disminuya más el número de los fieles.

La Fé, que es como el centro de los carlistas de toda la vida, ha sido excomulgada pública y solemnemente por don Cárlos. ¡Tal ha sido el gran triunfo de *El Siglo Futuro* ó de el Sr. Nocedal! Pero, ¡qué triunfo! No ha habido nadie, ab-

solamente nadie que tome esta excomunion por lo sério. La prensa, toda entera, continúa considerando á los hombres de *La Fé* como á los únicos verdaderos representantes del carlismo. *El Siglo Futuro*, que se creia excomulgador, ha salido excomulgado. El desprecio de su sentencia deja muy mal parada su autoridad. Por todas partes se oye decir que si Maroto fusiló á los generales carlistas en Estella, Nocedal ha excomulgado á la *La Fé*, hija legítima de *La Esperanza* en Madrid.

Por fortuna para *La Fé*, las gentes de *El Siglo Futuro* están en Madrid, y, gracias á los liberales, no pueden emplumar ni siquiera llevar al borde de cierta célebre sima. ¡Ay de *La Fé* si la cosa hubiese ocurrido en otros tiempos y en Estella! Verdad es que los leones de tiempos de paz, como diria Tertuliano, no tienen costumbre de dejarse ver donde, como en Estella, se quemaba la pólvora en abundancia.

La Fé, excomulgada, al dar cuenta de su tan cómica excomunion, publicó un artículo, por cierto bien pensado y muy bien escrito, en el cual terminaba diciendo que, «leal como un lebel herido por su dueño, léjos de rebelarse, continuaria lamiendo la mano que la heria.» Esto, que era una gran defensa para *La Fé*, figurará en la historia como un gran cargo contra el señor, que osa herir al lebel que le defiende. El golpe no puede ser más terrible. ¿Habrá disgustado mucho á *El Siglo Futuro*? ¿Si seria esto lo que buscaba? La verdad es que *El Siglo Futuro* está haciendo méritos para que se le conceda el Toison de Oro.

El Sr. Nocedal, que por estar obcecado tira demasiado de la cuerda, lleva ya perdido el pleito. Por más que clama contra la union católica, no puede lograr que los obispos oigan sus clamores, y ó no contesten ó contesten mal. ¡Cómo ciega el amor propio herido! ¿Se figura el Sr. Nocedal que los obispos, por complacerlo, van á olvidarse de todo lo que les enseñan la geología y el derecho canónico?

Las contestaciones de los obispos eran ya anoche 37. Entre todas no hay más que una contraria á la union católica, y es de un prelado muy venerable por su dignidad, pero no español. Los periódicos extranjeros han dicho, y *El Siglo Futuro*

ha dejado decir, que el señor obispo de Daulia habia sido obispo auxiliar de Madrid. En esto hay un error grande y no involuntario por parte de *El Siglo Futuro*. El Sr. Serra, obispo de Daulia, pertenece á la *Propaganda*, y como obispo misionero, ha estado en la Australia. Por falta de salud, ó por otras causas, que en nada le perjudican, el Papa Pio IX le llamó á Roma, le dispensó de la obligacion de volver á las misiones, y le permitió vivir, sin cargo alguno eclesiástico, en España. Bueno es hacer constar esto, para que se vea que el único obispo que ha combatido la union católica no ha tenido ni tiene silla propia, ó jurisdiccion en España. Lleva ya veinte años de vivir en la Península; pero siempre como obispo enfermo, dispensado de toda clase de trabajos apostólicos. Ni el Gobierno español lo ha presentado para ninguna mitra, porque como obispo, no era español, ni la Santa Sede ha creído oportuno el llamarlo para utilizar de nuevo sus servicios.

Falta añadir que este prelado, al oponerse al dictámen de todos los obispos españoles, no ha presentado razones teológicas, sino observaciones meramente políticas, que sólo prueban que mira como necesaria la obediencia á la jefatura del Sr. Necedad.

El señor arzobispo de Granada, examinando con el debido detenimiento la cuestion, ha contestado en términos que no puede ménos de elogiar todo el mundo. Este ilustre príncipe de la Iglesia, teniendo á la vista toda la doctrina canónica relativa á las asociaciones ó congregaciones religiosas, ha señalado todos los peligros que conviene evitar y todos los errores contra los cuales hay que estar en guardia. Como su lenguaje es verdaderamente episcopal, se expresa como debe expresarse un teólogo, condenando el *laicalismo*, tanto de la izquierda como de la derecha, lo mismo de los *liberales* que se van al racionalismo que de los *rigoristas* que se inclinan á Montano ó Jansenio. *El Siglo Futuro*, sin decirlo, ha intentado refutar esta contestacion; pero, ¿cómo? Citando unos cuantos textos de Pio IX, que nada, absolutamente nada dicen acerca de la cuestion. Este periódico se descuida bastante en este punto. Con frecuencia cita cartas de Pio IX, que ó no dicen lo que se supone, ó dicen todo lo contrario.

Bien lo sabe *El Siglo Futuro*. Acaso por esto casi siempre cita de una manera vaga, sin indicar ó señalar con exactitud el documento pontificio al cual se refiere. Esta táctica, que tan inútil es, no prueba sino que el diario rigorista sabe que hace guerra á la verdad y tiene miedo á la luz. Sin embargo, su habilidad va á servirle de poco. El día ménos pensado va á tropezar con algun amigo de la verdad que le haga ver cuán *liberales* son sus citas. Seria curioso este trabajo. Nosotros casi tenemos tentaciones de emprenderlo.

Terminaremos este punto exponiendo una observacion, que prueba lo que es el catolicismo de *El Siglo Futuro*. Este periódico, que siempre nos está hablando de su sumision incondicional á la Iglesia, ni por cumplir dice ahora que consulta á los obispos ó que somete la cuestion al juicio de la Santa Sede. Nada de esto; por sí y ante sí ha resuelto la duda, y sigue impertérrito su camino, sin ver si se separa de los prelados, ó si está en oposicion con el Sumo Pontífice. Para nosotros esto no es nuevo; pero conviene que lo vea todo el mundo.

El mismo periódico, que si no conoce ni de vista la teología, no se cansa de dogmatizar, ha publicado unos cuantos aforismos que no pueden ser más antiteológicos. Su autor, ya que no con pruebas, intenta convencer con rotundas y absurdas afirmaciones. Por supuesto que sus nuevos *cánones* ó reglas jamás se ven confirmados por los teólogos ni por los Sumos Pontífices. Alguna que otra vez se cita un pasaje de Pio IX, que, como ya hemos dicho, ni por la tangente toca á la cuestion. No hay ni más ni ménos que esto en toda la nueva teología de *El Siglo Futuro*.

X.





REVISTA EXTRANJERA.



RECIA.—La cuestion griega no se ha resuelto todavía ni mucho ménos; pero ya no presenta la gravedad que ántes presentaba. No se ha conjurado el peligro; pero es innegable que por el momento, parece más lejano. Las últimas circulares de monsieur Saint-Hilaire casi obligaban á creer que al entrar la primavera seria imposible evitar el choque. Este temor, que nada tenia de infundado; ha ido desvaneciéndose poco á poco, gracias á la actitud de las grandes potencias y, en parte no escasa, gracias tambien á la energía con que el ministro Saint-Hilaire descartó ó refutó la peligrosa política de Gambetta.

Los griegos continúan armándose, ó por lo ménos hablando de armamentos; pero, por más que se aparente otra cosa, la verdad es que va ya decayendo bastante el entusiasmo.

El ardor bélico, ántes tan grande, ya no se encuentra sino en las columnas de los periódicos.

La prensa de Atenas, que cuando habia peligro se mostraba prudente, ahora que se ve el conflicto léjos, no habla sino de avanzar, de vencer, de apoderarse de territorios, etc., etc. En todo esto no hay más que un entusiasmo artificial ó de encargo, que ya ni llama siquiera la atencion. Todo el mundo ve que los periódicos hablan alto para que las masas no adviertan que el Gobierno está negociando y áun aceptando órdenes en voz baja.

El Congreso ateniense, que no está tan locuaz como ántes, há pocos dias mostró el deseo de que el Gobierno le llevase varios documentos diplomáticos importantes, que por ahora no deben ver la luz. El presidente del Consejo, con una prudencia no conocida en los últimos cuatro meses, manifestó que los documentos pedidos no debian publicarse y que Grecia necesitaba no disgustar ni dejar de seguir á Europa. Estas últimas palabras son la confesion más explícita de que ya no existen los antiguos bríos. Tanto mejor. Así se librará Grecia de su ruina y librará á Europa de un gran peligro.

Hace dos semanas se dijo que el representante de Francia en Grecia habia sido insultado por las turbas en un paseo público de Atenas. Los periódicos de París niegan esto; pero no ocultan que la situacion de su representante es ahora no poco crítica. ¡Como que se ve en la necesidad de negar todo lo que ántes prometia! Los griegos lo esperaban todo de Francia, y ahora ven que, como suele decirse, Francia es su peor cuchillo.

Inglaterra.—Los ingleses van como buque con viento de proa. Por todas partes no encuentran sino obstáculos que dificulten su marcha. Gladstone, que tantas cuestiones ha complicado, va á tener que dejar el poder sin haber resuelto ni una sola.

La cuestión parlamentaria, tan llena de peligros hace una semana, está hoy como en calma ó letargo. No se habla de ella; pero se ignora si es porque no hay que decir ó porque se teme hablar.

Los diputados obstruccionistas, empeñados en imposibilitar ó retardar indefinidamente las votaciones, pronunciaban discursos y más discursos, haciendo que las sesiones llegasen á treinta y dos y hasta cuarenta y seis horas. El reglamento de la Cámara de los Comunes favorecía este abuso, por exigir que jamás se diese por terminada una discusion mientras hubiese un sólo diputado que deseara hablar. Los representantes de Irlanda, que constituian el grupo obstruccionista, se dividieron en tres grupos, de los cuales uno estaba siempre como de servicio en el Congreso, y los otros dos, turnando, se retiraban á descansar. De esta manera, los diputados de cada grupo, unos quince, mientras estaban de turno, pronunciaban ó leian discursos interminables.

El presidente de la Cámara, recordando que *salus populi suprema lex est*, saltó por encima de leyes y reglamentos, dió por terminada la discusion y pidió despues un *bill de indemnidad* á la Cámara. La mayoría se lo concedió al momento; pero los diputados obstruccionistas, aparentando una indignacion que no podian tener, gritaban levantando la voz hasta el cielo. La mayoría, que ya estaba cansada de sufrir, á propuesta del presidente, votó la expulsion de 36 diputados, que uno á uno y por la fuerza pública fueron expulsados al instante.

Además, el Gobierno pidió y la Cámara votó en el acto una reforma del reglamento, encaminada á impedir abusos escandalosos, como los que acabamos de reseñar.

Suprimido así el obstruccionismo, el *bill* de proteccion de la propiedad en Irlanda ha sido aprobado casi sin discusion.

El Gobierno, pues, tiene ya atribuciones para proceder contra los agitadores, aunque intenten escudarse con la inviolabilidad del diputado. Por temor á esta nueva ley, los jefes de la agitacion han ido desapareciendo poco á poco. Parnell, que está al frente de todo, segun se dice, está ahora en París, de donde, despues de conferenciar con varios de sus amigos, se dirigirá á los Estados-Unidos. Al ménos, así se cuenta. Despues ya veremos si va á América ó si aparece en Irlanda.

Algunos periódicos dicen que los irlandeses tienen ya armas y esperan algunas más de Holanda y de los Estados Unidos.

Un periódico de Londres afirma que algunos fenianos han pasado de Irlanda á Inglaterra con propósitos muy parecidos á los de los nihilistas rusos. Esto pudiera ser cierto; pero, como hay tanto interés en exagerar, conviene no perder de vista que la prensa inglesa suele abultar lo que ocurre ó se dice en Irlanda.

The Times dice que se temen incendios, y que la policía sigue la pista á los sospechosos de fenianismo, que, segun se cree, son los incendiarios.

Los obispos de Irlanda han dirigido al Papa una carta colectiva, en la cual le aseguran que se exagera bastante lo que ocurre en su país y que ellos reprueban todo lo malo; pero que no pueden negar que la agitacion es motivada, porque las leyes agrarias allí vigentes son injustísimas. Los obispos, que se someten en todo al Sumo Pontífice, condenan todo lo que sea inmoral y revolucionario; pero no se atreven á sostener que la agitacion, en sí misma considerada, es injusta. Lo que, en sustancia, dicen los prelados, es que si fué lícita la agitacion de Brighth, hoy ministro, en favor de la reforma electoral, no puede negarse que tambien es legal ó lícita la agitacion de los irlandeses contra los defectos de las leyes agrarias. Planteada así la cuestion, se resuelve por sí sola.

En la Cámara alta ha habido un lord que proteste contra uno de los obispos irlandeses, porque en una carta pastoral dijo que, si está conforme en combatir la insurreccion, no puede responder de lo que ocurra mañana, si la reforma de las leyes agrarias, que se ha prometido, no satisface al pueblo.

Lo raro de esto es que lord Stanley, que es quien ha hecho esta interpelacion, no pide que el obispo comparezca ante la justicia británica, sino que su carta pastoral se remita al Papa. Esto es cosa nueva en Inglaterra. Podrá ser hijo de la necesidad ó de las circunstancias; pero de todos modos, bueno es que se dé el ejemplo, que hace tres siglos no se daba, de

no someter la doctrina de un obispo católico á tribunales legos, y además protestantes.

Los boers siguen obteniendo grandes ventajas. Las últimas noticias deben ser muy desfavorables para la causa inglesa. El general gobernador del Cabo de Buena Esperanza, despues de decir que los encuentros de estos dias no han sido *decisivos*, insta para que se le envíen refuerzos con gran urgencia.

Esto se agrava no poco con la circunstancia de que la prensa europea se vaya declarando, en gran parte al ménos, en favor de los boers. Antes estos insurrectos contaban sólo con el apoyo de la prensa de Holanda. Ahora tienen ya en su favor casi todos los periódicos alemanes, muchos austriacos, no pocos belgas y suizos, y la mitad al ménos de los franceses. Las agencias telegráficas, que tambien se muestran benévolas, han llegado ya á asegurar que Inglaterra al fin acabará por reconocer la independencia de la república del Transvaal.

Corre el rumor, al parecer bastante fundado, de que la Gran Bretaña, en lo relativo á la cuestión griega, aceptará ó ha aceptado ya la opinion de Austria y Prusia. Si esta noticia, que pasa por cierta, se confirma oficialmente, probará que Gladstone renuncia en todo á su política *liberal* ó de sentimentalismo. Lo más grave que habia en la cuestión griega era el empeño que mostraba Gladstone en apelar á todos los medios imaginables para suscitar complicaciones graves, que ocupasen y distrajesen á Rusia en Oriente. Si ahora Inglaterra retrocede, tanto mejor para la paz del mundo.

Rusia.—El nihilismo no da ahora grandes señales de vida. Bien se echa de ver que ó le falta la proteccion extranjera ó la represion produce sus naturales efectos. En estos casos, el mal depende, en gran parte, de la impunidad que una tolerancia cruel suele conceder á los criminales. Por no hacer una prision á tiempo, despues suele haber necesidad de apelar á medios violentísimos.

El ejército ruso continúa avanzando en el Asia Central. El

Turkestan está ya casi todo en su poder. Las últimas victorias le han salido bastante caras; pero, acaso sean decisivas.

Los periódicos rusos, contestando no se sabe si irónicamente á la prensa inglesa, dicen que el ejército moscovita no se apoderará sino de los territorios que las necesidades de la estrategia les obligue á dominar. Inglaterra, en público al menos, se dá por satisfecha con esta tan vaga explicacion. ¿Hará lo mismo en los consejos de la diplomacia? Nos parece difícil. Rusia, que es poderosa y tiene una ambicion inmensa, se va acercando mucho á las posesiones inglesas de la India.

Y no es esto sólo. Prusia y Austria, que ponen veto á Rusia en Oriente ó en el camino de Constantinopla, le conceden libertad completa en el extremo Oriente ó en las cercanías de la India. Mr. Goschen, embajador de la Gran Bretaña en Constantinopla, debe celebrar importantes conferencias con los Gobiernos de Berlin y Viena. ¿Tendrá este viaje de Mr. Goschen, alguna relacion con las nuevas conquistas de Rusia en Asia? ¿Ofrecerá Inglaterra abandonar á Grecia, si en cambio se le promete contener en su marcha triunfal al ejército ruso? Como en la diplomacia no hay más que misterios, sólo nos atrevemos á indicar, que lo que hemos dicho es lo que se dice, y lo que, por añadidura, parece lo más verosímil y más fundado. Inglaterra, que no ha podido suscitar la cuestion greco-turca, se ve de nuevo obligada á pensar en el extremo Oriente, que era cabalmente lo que menos queria.

Los periódicos ingleses dijeron hace unos quince dias que se habian encontrado en Caboul unos papeles importantes, de los cuales resultaba que los generales rusos estaban en combinacion con los caudillos afghanos para levantar el Afghanistan contra la Gran Bretaña. La prensa moscovita, léjos de negar el hecho, lo confirma, manifestando que, así como Inglaterra favorecia á los enemigos de Rusia, Rusia, en legítima defensa, favorecia á los enemigos de Inglaterra. Esto no puede ser más claro ni más elocuente.

Prusia.—Uno de los periódicos más autorizados de Berlin,

la *Gaceta de la Alemania del Norte*, ha publicado en la pasada semana dos artículos que, por el origen que se les atribuye y la tendencia que tienen, merecen especial mención. En uno, que es como la primera parte, se recopilan varios hechos bastante conocidos, con el fin de hacer ver que la política de Gambetta es una amenaza constante contra la paz. En el otro artículo, que es como la segunda parte, aunque no la más lastimosa, sin negar ni atenuar lo dicho ántes, se muestra un velo con el cual pudiera cubrirse todo, si se dan las garantías pacíficas necesarias para que todo se pueda cubrir.

La *Agencia Havas*, que es el periódico semi-oficial del Gobierno francés, ha copiado el segundo artículo, y nada ha dicho acerca del primero. Esto es lo mismo que copiar la sentencia y omitir los resultandos y considerandos.

A pesar del silencio de la *Agencia Havas*, los periódicos franceses han traducido y copiado los dos artículos del diario alemán, y por lo tanto, lo que este diario ha dicho, que tan significativo es, puede ya ser conocido y meditado en Francia entera.

Las moniciones de la *Gaceta de la Alemania del Norte* se consideran como un fiel extracto, si no una copia literal de las observaciones presentadas al Gobierno francés por el Gobierno prusiano. Por esto tienen el carácter, si no de un *ultimatum*, al ménos de una de esas advertencias que se hacen en público, cuando se ve ya cerca el rompimiento. La prensa francesa no piensa siquiera en negar esto.

Se supone que Prusia parece dispuesta á ponerse de acuerdo con la Gran Bretaña en lo relativo á la cuestion griega. Esto sería exacto, si se añadiese que, en el caso presente, no es Prusia la que cede, ni es Inglaterra la que impone su voluntad ó su programa. Durante el ministerio Beaconsfield, que era conservador, la Gran Bretaña procedía de acuerdo con Austria y Prusia, y, siguiendo esta línea de conducta, se hacía á sí misma y hacia á Europa entera no poco bien.

Pero á la caída funesta de Beaconsfield, se formó el ministerio *liberal* ó ideológico de Gladstone, que todo lo trastornó

por completo. Este hombre político separó á Inglaterra del concierto europeo y preparó la cuestion griega, con lo cual, léjos de favorecer á su patria, no ha logrado otra cosa que comprometerla más y más cada dia.

Y ¿qué es lo que hace ahora Gladstone? ¿Continúa alejándose del concierto de las potencias? Todo lo contrario. Su agente oficial, Mr. Goschen, no ha ido á Berlin y á Viena sino para proponer la vuelta al concierto, comenzando por aplazar, por lo ménos, la llamada cuestion griega. Mr. Goschen no habla ni de ligas con Francia contra Turquía ni de conflictos artificialmente preparados con el solo objeto de resucitar complicaciones á Europa. El *mea culpa* de Gladstone, que no puede ser más evidente, es una nueva prueba de la derrota de la diplomacia revolucionaria y del triunfo diplomático que contra el gambettismo anglo-francés acaban de obtener Austria y Prusia.

Esta nueva actitud de Inglaterra, que es sincera, porque es hija de la necesidad, deja aislada á la república francesa y da una gran fuerza á la diplomacia conservadora. En esto ya no cabe duda. Prusia, en lo relativo á la cuestion griega, no ha pedido sino dos cosas, á saber:

1. Que Francia no tenga verdadera iniciativa ni imponga, como la imponia ántes, su voluntad. Para Mr. Bismarck será siempre cuestion de vida ó muerte el que ni Prusia pierda las ventajas que obtuvo en la última guerra, ni la Francia republicana sea lo que era la Francia bonapartista.

2. Que Francia ó el gambettismo no lograra dividir á las grandes potencias para provocar el conflicto, apoyándose en esta division. Así es que la diplomacia prusiana no ha cesado de trabajar en Italia para impedir desbordamientos revolucionarios; en Rusia, para evitar escisiones peligrosas, y en la misma Gran Bretaña, para conseguir que Gladstone no empujase demasiado á Francia. Esta política, de seguro poco grata á los gambettistas, no ha podido ser más útil al mundo entero. Prusia ha tenido la habilidad ó la dicha de plantear la cuestion en términos que, al luchar por sus pro-

pios intereses, no parece sino que lucha por el bien de toda la humanidad.

Túnez.—Italia, que parecía sola en Túnez, tiene ya á su lado á la misma Inglaterra. Esto, que ántes se sospechaba, es ya un hecho completamente oficial. Como cuando se buscan pretextos se hallan siempre, el Gobierno inglés no ha tardado mucho en encontrar razones que materialmente le obliguen á colocarse en frente de Francia.

Una compañía francesa compró ó aparentó comprar una finca rústica, perteneciente á un ex-ministro turco, que está ahora en desgracia y teme que se le confisquen sus bienes. Un inglés que, según se supone, es agente secreto de su Gobierno, viendo ó sospechando lo que había, apeló á una ley tunecina, que le permitía anular la venta, y mal ó bien ó como pudo, como se hacen las cosas en Túnez, la dió por anulada. Con esto tenemos ya una finca rústica, que es bastante considerable, que se disputan una compañía francesa, que no se sabe si la ha comprado, y un súbdito inglés, que no se puede asegurar si litiga con legítimo derecho. Pero, sea de esto lo que sea, lo cierto es que Francia protege á su compañía mercantil y el Gobierno inglés protege á su comerciante británico.

El Gobierno francés, que por lo visto no pensaba más que en la oposicion de Italia, envió dos fragatas á las aguas de Túnez, con el encargo de que protegiesen á sus nacionales en la regencia tunecina. La pretension en este caso debia reducirse á que los jueces africanos fallasen, teniendo á la vista los magníficos cañones de la escuadrilla francesa.

La Gran Bretaña, que no admite una sentencia dictada bajo esta presion, para ejercer presion en sentido contrario, hizo que de la escuadra de Malta se destacasen dos fragatas y fuesen á colocarse en frente y muy á la vista de las dos fragatas francesas surtas en el puerto de la Goleta.

Esto ocasionaria naturalmente reclamaciones, que han dado por resultado el que las cuatro fragatas, inglesas y fran-

cesas, se alejen de Túnez en un mismo día y á una misma hora. Así el tribunal podrá dar la razon al que alegue mejor derecho, sin temer que su sentencia no sea del agrado de las baterías flotantes de los buques franceses.

Forzoso es convenir en que esta solucion, por más que tenga un carácter muy pacífico, no ha sido un triunfo ni mucho ménos para Francia. El protectorado francés en Túnez, que se ejerció siempre durante el imperio, no podrá ya ejercerse por la república. Aunque el gambettismo desee lo contrario, como su deseo no es justo ni conveniente, necesitará, como de costumbre, bajar la cabeza y resignarse á tomar los tiempos como vienen.

Francia.—Ya no se oculta que las últimas elecciones de ayuntamientos han sido una grandísima derrota para el partido revolucionario. Las dos terceras partes de los ayuntamientos, por lo ménos, son conservadoras ó tienen mayoría conservadora. Un periódico revolucionario, *Le Journal de Geneve*, dice que la guerra á los crucifijos ha costado á la república *más de quinientos* ayuntamientos. ¡Algo daría el periódico que esto dice porque los *más de quinientos* fueran sólo *más de cinco mil!* De los cuarenta y seis mil municipios, el Gobierno republicano no ha podido triunfar ni aún en doce mil.

Ahora, para remediar lo que llamaremos el mal, se está apelando al recurso, ya conocido, de anular actas. Lo que acerca de esto cuentan los periódicos no puede ser más escandaloso. Las actas revolucionarias, sean lo que sean, se aprueban todas sin discusion. Por el contrario, las conservadoras no pasan, sino cuando se ve que, por estar unánime el distrito, la anulacion seria enteramente inútil. ¡Qué respeto á la ley! ¡Qué ejemplo para los pueblos que ven y contemplan esto!

Al tratarse del proyecto de ley del divorcio, los oradores ministeriales, que lo han combatido, se han limitado á declarar que la persecucion religiosa priva de muchísimos votos al Gobierno. Esto no es sino una confirmacion explícita de lo que acabamos de indicar. Las elecciones mu-

nicipales, que han tenido un carácter en extremo conservador, han alarmado no poco á las gentes gambettistas. El pueblo francés, en política, lo pasa todo; pero cuando se toca á lo religioso, su paciencia no es ni con mucho tan grande.

Mr. Naquet, el *apóstol* del divorcio, ha sido derrotado en el Congreso. Su proyecto de ley, que es la corrupcion y disolucion de la familia, no ha podido reunir mayoría ni aún en la Cámara popular. Naquet sabia que no podia triunfar en la alta Cámara; pero de seguro no se figuraba que seria derrotado hasta en el Congreso. Sin embargo, así ha sido. El miedo á los colegios electorales, ya tan próximos, ha hecho que los centralistas, los constitucionales y hasta muchos gambettistas se unan á la derecha para derrotar á Naquet y al grupo de los enemigos jurados de la familia.

Gambetta, durante la discusion del divorcio, no ha querido ni presidir. No ha votado porque, por miedo á los electores, no se atreve á declararse divorciador; y no ha presidido, para que no se pudiese sospechar que con su presencia ejercia presion contra los divorciadores. ¡Qué comedia! ¡Cómo abunda el personalismo en las repúblicas!

En cambio, los periódicos de Gambetta no han podido declamar más en favor del divorcio ó contra la sociedad doméstica. Estas gentes no pueden pensar sino en destruir. Son como limas, que no pueden vivir sino royendo.

La derecha no ha pronunciado ni una sola palabra en esta cuestion. El mismo monseñor Freppel no ha creido oportuno despegar sus labios. Esto se explica bastante bien. Como el pleito iba ganado, no se ha querido que los oradores de la derecha, al entrar en combate, promoviesen algun incidente que lo comprometiese todo. Un calificativo algo fuerte hubiera podido bastar para que se hiciesen protestas, se exaltasen los espíritus, y en medio del tumulto se votase de cualquier modo.

Los votos, no seguros, que quizá pasasen de ciento, sin duda alguna hubiesen tomado opuesta direccion. Son bastantes los diputados que, si se atreven todavía á votar contra el divorcio, ó sea contra el abandono de la mujer y los hijos, ja-

más se atreverían á aparecer como secuaces de un orador católico. ¡No tienen valor para tanto!

La extrema izquierda tampoco ha dejado oír su voz. Es que, por la razón contraria, temía que sus oradores asustasen á los oportunistas que se inclinaban á votar el divorcio, aunque no sin miedo y vacilaciones. Un comunista ó internacionalista, al defender lo que se llama el *amor libre* ó negar la familia, hubiese aterrado á no pocos radicales, que todavía no han acabado de ver que el radicalismo no es sino la destrucción sistemática de todo. Los argumentos de la montaña hubieran valido cien votos más á los defensores de la familia ó enemigos del divorcio.

Naquet jura y perjura que no se da por vencido. Por el contrario, según dice, pronto presentará de nuevo su proyecto.

L.

